



Un amigo en la ciudad  
JUAN APARICIO BELMONTE



Lectulandia

Andrés está enamorado de Gretchen, la misma joven rubia con la que se metía en líos cuando ambos pertenecían a la tribu urbana de los góticos, y con la que ahora vive y tiene una hija. Pero un día nota que ha cambiado su percepción de ella y no solo de ella sino también de sus amigos, de su trabajo y de su hija. Al emprender una aventura en pos de una solución descubre paulatinamente que su ciudad, Madrid, también se ha vuelto extravagante y que el pasado y el futuro no están dónde él pensaba. Solo un inesperado amigo podrá dar sentido a su particular confusión, a su particular lucidez.

**Lectulandia**

Juan Aparicio-Belmonte

# **Un amigo en la ciudad**

ePub r1.0

Titivillus 20.11.17

Título original: *Un amigo en la ciudad*

Juan Aparicio-Belmonte, 2013

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi viejo camarada Tron, que sabrá perdonarme.

# El principio

# 1

Podéis pensar lo que os venga en gana, pero hoy sé que con veintipocos años tuve más que un sueño premonitorio y experimenté los que se podrían considerar mis últimos instantes de vida. Yo era un anciano gordo y algo borracho, y estaba con una niña de dos o tres años, muy rubia, en un salón más bien pequeño de paredes desnudas. Infinitos mosquitos de muchos colores golpeaban las ventanas desde la calle. Esa niña rubia era mi nieta. Traté de que no percibiera mi malestar —un ataque al corazón— y avisé al portero mirando al techo, pero sin hablar, como si allí se encontrara un interfono invisible que me proporcionara una comunicación telepática.

—¿Puede usted subir, por favor? —vine a decir acompañando mi mensaje mental con toses artificiosas, como si estas hicieran posible aquel.

—Es curioso —respondió el portero, también tosiendo—. Estaba pensando en usted.

—Una premonición: memoria del futuro —le expliqué casi sin aliento—. Usted sabía que le iba a llamar.

—¿Le ha entrado algún insecto?

—No. Pero venga, por favor: me muero.

Sonreí a mi nieta, pellizqué una de sus mejillas. Le expliqué con toses que necesitaba dormir, que me encontraba muy fatigado, que esperara a mi lado, que su madre llegaría pronto. Le di uno de sus juguetes, una suerte de cubo diminuto de textura rugosa, y ella lo agitó. Entonces, apareció allí, en medio del salón, algo así como el holograma de un osito de peluche rosa, de cuyo acordeón surgió una nana sin letra. Los mosquitos seguían golpeando los cristales como un ejército que asediara mi piso, y aunque aquella situación tan extraña me causaba repugnancia, no así temor ni sorpresa. En mi «sueño» premonitorio, la humanidad llevaba casi un lustro teniendo que salir a la calle con escafandra para protegerse de esos insectos de colores.

Miré a mi nieta. Era una niña tan guapa y despierta, con esas pecas tan graciosas. Escribí en un papel: «No hay que tener miedo, mi niña. Siempre estamos viviendo. Siempre, por tanto, te querré. Un beso enorme», y se lo metí en el bolsillo del vestido.

Me dejé caer sobre el sofá. Me moría sin miedo, pero con pena, con un ardiente deseo de ver crecer a mi nieta en un mundo mejor.

Un tambor parecía recibirme en otra realidad.

Desperté con el estrépito de la batería que surgía de unos altavoces. Todo temblaba. El sofá era tan mullido como la chica que tenía debajo. La miré y forcé la tos para sacudirme el estupor. Tenía el aspecto lúgubre de todas las chicas de aquella fiesta noctámbula y siniestra, en la que mi pequeña tribu urbana se concentraba en sí misma para jugar a un esoterismo barato y medio gótico, con música de grupos como Joy Division o los Cure.

—¡Vengo de estar muerto!

Todos se rieron en la penumbra del bar, tan humosa como sofocante.

—Os lo digo en serio. Me comunico con el futuro... Un día tendré una nieta muy rubia en un mundo invadido por mosquitos de colores.

Más risas.

Nos fuimos como locos, más borrachos que drogados, a un cementerio del noreste de Madrid para continuar la juerga como siempre, buscando aventuras sórdidas y sensaciones de ruptura con el mundo adulto. Entre las lápidas algunos de mis amigos corrieron desnudos, con el cuerpo pintado de negro, pero yo preferí quedarme cerca de un pequeño mausoleo con tres chicas muy risueñas —era un chaval con buena planta, resultón—, mientras me preparaba para la huida en el caso de que vinieran los vigilantes.

Aparecieron.

El miedo me hizo escuchar el estrépito de disparos que eran solo gritos y pisadas, pero en menos tiempo del que había supuesto me encontré a salvo, fuera de la cerca y bajo un árbol del descampado meseteño, oscuro y despoblado que rodeaba el camposanto. El viento limpiaba nuestras ropas y silbaba. Conmigo estaba una chica de piel muy blanca, de ojos azules muy atentos y coleta de caballo resplandeciente. Era delgada y extrañamente silenciosa. Me dijo que por la mañana me había visto discutir de ciencia ficción con no sé quién y que mi postura le parecía francamente patética. Jamás hablaba en grupo, casi nunca le había escuchado decir más de dos palabras seguidas en nuestras reuniones tribales, y de repente me agredía con aquella afirmación rotunda y fuera de tono que, sin embargo, despertó mi curiosidad por ella. Una persona que no había existido para mí, casi ni como presencia, se hizo en apenas unos segundos una chica muy deseable, enormemente interesante bajo el árbol achaparrado y en la oscuridad casi completa. Los gritos de nuestros amigos en la huida se perdían en una lejanía salvadora. Estábamos ella y yo, solos.

—¿Cómo te llamas?

—Gretchen. Nombre alemán.

—¿Y dónde estabas hasta ahora?

—Donde tú no me veías, supongo.

—Ah.

—¿Sabes lo que menos me gusta de ti?

—¿Qué?

—Que te emborrachas con agua.

—Si solo fuera con agua...

Y ella sonrió.

Teníamos por costumbre, mis amigos y yo, acudir a entierros elegidos al azar de entre los que señalaban las esquelas del *Abc* o *El País*, y hacerlo vestidos de negro pero



desaliñados, metiendo miedo —éramos sedicentes góticos— con el aspecto de la tribu urbana joven y orgullosa que representábamos, con botas militares y los ojos enrojecidos por los porros y ennegrecidos por la pintura. Nos mezclábamos con los familiares y amigos afligidos del muerto para no hacer más que eso, asistir, presenciar el dolor ajeno con nuestra actitud discreta pero burlesca, sostenida en la búsqueda de las miradas cómicas de los demás miembros del grupo. Solo había una chica que prefería quedarse al margen de nuestro ceremonial y esa chica era Gretchen. Fuera de la cancela del cementerio o de la iglesia, ella se mantenía no solo de espaldas a nuestro morboso juego sino también casi del grupo, al borde de la expulsión, porque aquellas acciones eran más que nada una prueba de adhesión gregaria. Yo era quien peor hablaba de Gretchen cuando no la teníamos delante. Yo era quien defendía con mayor ahínco que debía dejarnos en paz si no le gustaba participar en nuestros «rituales siniestros».

Éramos un grupo de universitarios venidos del noroeste español, y ella era la única madrileña, la única que conocía la ciudad desde niña: la más inquietante de todas las chicas que integraban el grupo formado por una veintena en los momentos más generosos y por apenas cuatro cuando la lealtad se resquebrajaba por culpa de los exámenes o las visitas familiares.

Algunos se mofaban de mí cuando escuchaban mis invectivas contra la *Llamita*, como la llamábamos por los reflejos rojizos de su rubia cabellera, pero en el fondo deseaban hablar del asunto para escucharme y reírse de buena gana. Entonces, de pronto, aparecía ella y sus ojos fruncidos eran como un flechazo de culpa y arrepentimiento en mi corazón indefenso por un enamoramiento imparable.

Era una chica que mataba de golpe mi autoestima, porque veía en ella todo lo que temía y amaba desde niño, cuando mi madre hablaba de Madrid como un lugar casi siempre infernal, en el que la droga y la violencia corrompían aún más su espíritu de ciudad apabullante. Ella era madrileña, o sea, admirable.

—Maldita sea, no sé qué pinta con nosotros la Llamita —decía yo.

Y los demás me miraban sin hacerme caso, escuchando en mis palabras lo contrario de lo que oían. Donde yo decía expulsión, ellos leían amor; donde yo decía insípida o antipática, ellos escuchaban guapa, inteligente, perfecta, todo lo que yo pensaba, tal vez, sin saberlo aún. La Llamita empezó a ser atractiva a los ojos de los demás y yo me tragaba los celos ayudado por las cervezas y los güiscolas de El Redentor, nuestro lugar de encuentro, un bar de Lavapiés al que acudíamos los jueves, viernes y sábados. Me parecía que el inusitado atractivo que de repente los otros encontraban en ella tenía que ver con un afán competitivo de conquista y no con una manifestación limpia de los sentimientos. Si antes no les había gustado, ¿por qué ahora sí? ¿Por qué querían estar a su lado, hacerla reír, ahora, precisamente ahora que el dolor amoroso se apoderaba de mí? Sin embargo, a preguntas de ellos, yo ocultaba mi enamoramiento cubriendo mis sentimientos con un lenguaje muy agresivo, y clamaba por su exclusión del grupo. Empleaba palabras malsonantes de las que los

demás se aprovechaban para reírse con ellas en primer lugar y luego para filtrar mi animadversión aparente a la propia Gretchen y desbancar así al peligrosísimo adversario que, sin ser consciente aún, era yo. Dejé de vestir de negro, dejé de interesarme por los rituales de mis amigos. Me encerré en mi habitación del piso de estudiante que compartía con dos ingleses aburridos en el barrio de Ríos Rosas, tal vez la zona menos noble del noble distrito de Chamberí, y estudié más de lo que había estudiado nunca. Pasé de ser un joven díscolo a un joven deprimido y empollón cuando poco a poco dejé de formar parte del grupo. Solo la tenía a ella, a Gretchen, como una obsesión que lejos de permitirme actuar me encerraba en mí mismo, me convertía en un mal poeta que redactaba versos muy cursis, en un cobarde que temblaba cuando la tenía delante.

Fue Gretchen quien se empeñó, muchos años después, en que saliéramos de casa y lleváramos a nuestra hija rubia al parque. Caminábamos en silencio, como siempre que discutíamos. Como un vapor pegajoso, nos acosaba un calor húmedo, raro para Madrid. En su sillita de paseo, la pequeña Anita fruncía el ceño como si adivinara la tensión que nos mantenía callados. En las zonas de sombra, bajo los toldos de las tiendas o las marquesinas de las paradas de autobuses, nos detuvimos para darle agua de su biberón y ella nos arrojó una mirada azul que iluminó con su agradecimiento. Pese a ello, se quejó un rato. Algo menos que yo, que necesité desabotonarme la camisa y coger aire, resoplar como si así pudiera expulsar una angustia irreprimible.

—¿Qué te pasa, Pir? —me dijo Gretchen.

—¿Por qué me llamas así?

—Siempre te he llamado así.

—Es ridículo.

—Todos los apelativos cariñosos son ridículos si se miran desde fuera.

—Es que tú lo has dicho desde fuera.

—No es verdad.

—Perdóname, entonces. Tengo que terminar la dichosa traducción y no consigo hacerlo.

—Aún estás en plazo. No sé por qué te preocupa tanto. ¿Por qué estás tan irritable, Andrés?

No me atreví a mentar lo que me sucedía.

Entramos en el parque, un recinto vallado con césped y algún que otro árbol, pero, sobre todo, con canchas de pádel para que se desahogaran los oficinistas y los yuppies del barrio. También había un absurdo y pequeño campo de golf, ejemplo de corrupción urbanística, y una pista de atletismo cuyo trazo de caucho seguimos para llegar a la zona infantil: un espacio esquinado de arena con un tobogán, dos columpios, un castillito de madera desvencijado y dos balancines con forma de rana, el uno, y de caballito de mar, el otro. Nada más pisar la arena, muy cerca de los zapatos de bailarina de Gretchen, cayó una pelota de golf.

—Podría haberle dado a Anita o a cualquier otro niño, es indignante.

Peleona como de costumbre, Gretchen se fue a poner una reclamación en la caseta del guarda jurado.

Después de empujarla un rato en el columpio, Anita quiso que la bajara. Le di su pala y el cubo para que jugara con la arena. Ella me dio, a cambio, una piedra azulona, una rama seca, un papel arrugado y sucio con una frase manuscrita, un palillo de chupachús y una colilla. Alisé el papelito para hacerlo legible. Decía con una letra angulosa, como pidiendo auxilio: *¿Por qué me evitas? Dime que no, dime que no es por lo que yo pienso.* Miré a mi alrededor: madres y niños, ni rastro de presencias sospechosas. Arrojé lejos la colilla. Mi hija lloriqueó un poco. La seguí

por el parque hasta que ella se encaprichó con el castillo y me pidió que la subiera y la bajara de él lo menos quince veces. Llegaron más padres con sus niños. Y aproveché el momento para volver donde el columpio y así releer el mensaje del papelito, pero este había desaparecido. Escarbé en la arena hasta que me pareció que mi acción despertaba el recelo de dos madres que cuchicheaban sentadas en el murete. Llamé a mi hija y traté de que colaborara conmigo en la excavación, pero ella no quiso, así que impidió mi coartada.

De noche, Gretchen salió a cenar con un grupo de amigas de su trabajo, procuradoras de los tribunales como ella. Yo encendí un cigarrillo cuando nuestra hija, por fin, se rindió al sueño: su respiración era un rumor suave en la oscuridad. Cuando me quise dar cuenta, el pitillo se había consumido en el cenicero. Recorrí la casa registrando cajones, pantalones, chaquetas y cestas de llaves, y no hallé ni una hebra de tabaco que llevarme a los pulmones.

Me estaba mordiendo las uñas y el timbre del teléfono me hizo levantar del sofá.

No contesté. Sin saber por qué, aquella llamada me produjo miedo y la rara pero sólida intuición de que estaba relacionada con el futuro, como si proviniera de allí con malas noticias.

Intenté describir por escrito lo que me sucedía dejándome llevar por la intuición, pero solo pude trazar unos signos muy raros en el papel: triángulos que semejaban vaginas, círculos que parecían pechos femeninos o barrigas, rayas que recordaban a cuernos de toro.

Nada.

Por la mañana, compré y añadí a mi librería, repleta ya de elucubraciones sobre universos paralelos y aventuras siderales, un libro acerca de viajes en el tiempo y demás misterios. Leí aquellas páginas con un lápiz de subrayar. Me puse de pie varias veces para pasear por el salón con el libro abierto entre las manos, como si no encontrar en aquellas páginas la clave de mi desconcierto me pusiera aún más nervioso de lo que ya estaba. Fue decepcionante llegar a la última línea. Todos los entrevistados, presuntos expertos, se me antojaron muy necios, amén de farsantes, menos uno o dos. Cerré el libro con rabia y saqué una cerveza de la nevera, luego otra, y así hasta que me pasé al brandy. Muy borracho, lancé el libro por la ventana y lo vi caer como una paloma abatida.

Gretchen me dijo que alguien había lanzado una lata de cerveza desde nuestro edificio. Y que me notaba distinto de un tiempo a esta parte, que si me ocurría algo. Guardé silencio porque la mera idea de hablarle de mi problema me provocó taquicardia y un frío agudo en las sienes, y tuve que agarrarme a la estantería para no caer. Pero ella estaba en la cocina y no presencié mi tropiezo. Que si la lata de

cerveza casi golpea a un peatón. Que si el portero iba a poner una denuncia en comisaría.

Me agradaba que Gretchen intentara saber qué me ocurría, pero también me entristecía no poder responder con franqueza a sus dudas, así que salí de casa para huir de su curiosidad. Después de una larga caminata por el vecino barrio de Tetuán, bastante más proletario que el mío, donde el contraste de las callejuelas de edificios bajos y dispares, siempre vacías, y la bulliciosa aglomeración de rostros en su arteria principal —Bravo Murillo— me servía de infalible distracción, me senté a beber una cerveza en una terraza cubierta con sombrillas. Era curioso cómo la vida siempre se escapaba del camino previsto: estaba hecha de rebeldía.

Tantas veces había temido sufrir accidentes tontos, como el impacto de una maceta que se desprendiera de un balcón, un atropello en un paso de cebra o una electrocución cambiando una bombilla, y de pronto mi desgracia llegaba de manera inefable, como por ensalmo.

En casa, Gretchen me recibió poniéndome sobre el pecho, como una condecoración agresiva, un folio.

—¿Qué es esto?

—Un diagrama. Rellena los huecos vacíos, por favor.

Tuve la esperanza de que aquel papel contuviera una fórmula mágica con la que resolver el misterio de mi extraña zozobra. Me senté a escribir en los huecos vacíos, pero solo aparecieron aquellos signos esquemáticos que remitían a vaginas, pechos femeninos y cuernos de toro. Con aquel diagrama, ella quería conocer qué pensaba yo de la familia, del futuro, de las amistades, de nuestros años de convivencia y matrimonio, de nuestra hija Anita y de no sé cuántas cosas más.

«Pienso que mi familia es lo primero», escribí con angustia, como si un peligro grave la amenazara.

Fui a la cocina y, tras arrugarlo bien arrugado, tiré el papel al cubo de la basura orgánica sin saber por qué.

Un concierto de los Rolling Stones, al que fui a regañadientes, supuso una tregua para nuestra incomunicación de pareja. Dejamos a nuestra hija al cuidado de mis suegros, que vivían en un luminoso y amplio décimo piso del barrio de La Estrella, no muy lejos del parque del Retiro —el Central Park de Madrid— y nos dirigimos en metro al estadio Vicente Calderón.

—De jóvenes, jamás nos habríamos perdonado ir a un concierto de estos tíos —le dije a Gretchen cuando tomamos asiento en nuestras localidades de fría piedra.

Lo que parecía un conato de respuesta quedó en nada por culpa de los acordes de *Satisfaction*.

Situados en el segundo anfiteatro, contemplábamos el espectáculo desde arriba en diagonal.

En el escenario la banda permanecía tranquila mientras el viejo cantante corría por una plataforma que recordaba a un gran pene. Esta plataforma se introducía en el público, dividiéndolo en dos, como si la muchedumbre fuera la pelambreira púbica y movediza de una vagina gigantesca. Jagger era, así, un espermatozoide brillante que a veces regresaba hacia su disparadero. Corría como un adolescente que hubiera tomado anfetaminas. Se agitaba como si sufriera descargas eléctricas o como si alguien invisible le golpeará el culo con un chicote. Solo verlo me agotó. Tanto ejercicio no podía ser bueno y me pregunté qué sentido tenía correr de aquella manera para alguien que podría vivir cómodamente arrellanado en un sofá el resto de su vida.

—¿Te has sentido alguna vez rara, como si lo vieras todo distinto? —le pregunté a Gretchen.

Su respuesta fue aplastada por el estallido de los fuegos artificiales. Crecían y desaparecían unos monstruos hinchables con aspecto de astronautas. Keith Richards estaba en la pantalla gigante, en primer plano, como una bruja tocando la guitarra. El ruido era fenomenal, sobrecogedor y pensé que nada como la música para provocar emociones de unión. Los dedos de Richards parecían las raíces de un árbol. Cogí una mano de Gretchen, tan fría y suave como me figuré.

—¿Te has sentido alguna vez injustamente tratada por la vida?

—¡Vámonos!

La gente estaba contenta cuando terminó el concierto. A la gente, reflexioné, le gustan los finales, salvo la muerte, y es curioso, porque todos los finales son un remedo de la muerte. Mezclados con la muchedumbre, Gretchen y yo nos separábamos de nuevo, porque ella desaparecía de mi vista, se extraviaba entre tantasucas y espaldas, y cada vez que nos reencontrábamos era como si ya hubiéramos perdido parte de la complicidad que habíamos recobrado sin palabras con la música de aquellos vejestorios. La situación me pareció un símil adecuado de la evolución de mi matrimonio, acaso de cualquier matrimonio. La convivencia obligatoria iba distanciando a las parejas hasta separarlas del todo, aunque no físicamente, y, salvo que mediara antes un divorcio, terminaba generando una relación de mutuas renunciás y tranquila derrota en la que los cónyuges rehusaban a continuar conociéndose porque ya se conocían demasiado bien, y solo de tanto en tanto recuperaban la complicidad que un día tuvieron gracias a momentos inusuales y gratificantes: una fiesta de cumpleaños sorpresa, una cena romántica en un lugar de vacaciones, el éxito de un hijo, un ascenso salarial inesperado, no sé.

### 3

De niño, en Zamora capital, una adolescente me escupió al verme orinar contra las ruedas del Seat 127 rojo de su padre. Aquella chica era muy guapa y su salivazo me causó tanta sorpresa y horror que deseé huir o ser rescatado por un ser ultraterrenal. Llegué a casa muy contrariado, casi temblando, y por primera vez vi a mi madre como una mujer única, en el sentido de que ella nunca me haría daño, al menos conscientemente, pero por primera vez también la intuí frágil, susceptible de sufrir agresiones similares a la que yo había sufrido esa tarde. El mundo, de repente, se me había hecho grande, infinitamente más grande que mi apacible casa zamorana. Comencé a admirar a mi padre, porque a él nada parecía dolerle. Era un borracho lleno de aplomo, que estaba poco en casa, un hombre demasiado ocupado en ganar dinero vendiendo productos lácteos por el mundo, y cuyas borracheras no eran violentas pero sí agresivas, porque su embriaguez e hiperactividad se volvían excesivas para un hogar acostumbrado a su ausencia. De todas formas, yo le quería mucho. Mi madre era una especie de talento fijo y gratuito, que estaba siempre para mí sin pedir un precio, pero le faltaba el carisma de la distancia. Él estaba ausente incluso cuando regresaba y se quedaba en casa una o dos semanas. Y su ausencia lo convertía en un héroe a mis ojos de niño en busca de un referente, un niño contagiado por la admiración que su madre sentía por aquel hombre robusto y de bigote cosaco que jamás se quejaba. Yo deseaba ser como él, oler a tabaco, reír con estrépito, gritar ante el televisor en los partidos de fútbol. Yo deseaba descubrir algún día, cuando fuera mayor, una mirada como la que mi padre recibía de mi madre sin dar nada a cambio.

Y lo que ocurrió tantos años después fue que era yo quien le regalaba esa mirada a Gretchen, y no al revés. Lo que sucedió fue que yo me convertí en mi madre y no en mi padre, y Gretchen era esa figura que estaba ausente incluso cuando se encontraba cerca, que era inalcanzable porque no se entregaba nunca del todo, la misma figura a la que me quería parecer de niño y de la que me enamoraba de joven.

Su entierro, el de mi padre, muerto de un derrame cerebral en el aeropuerto de Lisboa, fue el acontecimiento crucial que me permitió la conquista de Gretchen. A aquella ceremonia acudieron todos los del grupo, alejados ya de mí desde hacía unos meses. Su atuendo era correcto. No llevaban cadenas, sino cinturones. No venían con el pelo alborotado o cardado, sino peinado con raya a un lado o hacia atrás. No se habían pintado los ojos, salvo las chicas, pero para parecer más convencionales y respetuosas.

El cementerio zamorano me pareció muy grande y engolado: la decoración de

nichos y columbarios era ostentosa, y muchos panteones y tumbas estaban protegidos con barandillas de forja. El rincón donde los operarios sepultaban a mi padre era más discreto y se había llenado de rostros conocidos, pero tan extraña me resultó la mezcla de mis familiares zamoranos con mis amigos de Madrid que me sentí muy alterado. Mi malestar no lo causaba tanto el fallecimiento de mi padre como la sensación de ser un anfitrión sobrepasado por la inquietud y el pronóstico de un conflicto inminente entre invitados. Habitado a la presencia de mis amigos para colaborar en una burla discreta pero evidente al dolor de los demás, cuando los tuve cerca, pese a que iban con actitud circunspecta y afán sincero de acompañarme en el sentimiento, no pude reprimir la sospecha de que tarde o temprano empezarían a comportarse como de costumbre y no verían en mis familiares a personas de luto merecedoras de respeto, sino a un grupo de víctimas cuyas expresiones de dolor serían propicias para ser tomadas a broma y comentadas entre risas, porros y cervezas en la oscura telaraña de voces y humos de El Redentor.

La única persona en todo aquel ceremonial que se me antojó auténtica y capaz de empatizar con mi dolor fue Gretchen, cuando ya terminada la horrible misa lúgubre, contraria a los deseos de mi padre ateo, la divisé alejada unos metros de la iglesia. Parecía contemplar la escena desde fuera, con esa curiosidad distante, paradójica, que mantenía en nuestras «acciones siniestras». Y mientras yo recibía el pésame de mis familiares y amigos —demasiado apenados, teatrales, los zamoranos; lejanamente irónicos los madrileños—, mis ojos buscaban como hipnotizados los de Gretchen, y esa mirada ambivalente me decía lo siento, lo siento mucho, sé por lo que debes de estar pasando, pero también ¿ves?, ¿ves lo mal que te sientes ahora? Tú te has reído de gente en situación parecida y los remordimientos son invencibles, siempre surgen aunque permanezcan agazapados.

Rompió a llover, una lluvia sorprendente, dura como pocas que yo haya vivido, tan dura que pronto se transformó en un granizo que llenó los alrededores de la ermita de gritos y paraguas. Algunos se cobijaron en los coches; otros, en la misma iglesia. Gretchen y yo, como si calculáramos nuestro encuentro con discreta y habilidosa precisión, bajo el mismo roble.

—¡En un árbol no, insensato! —me gritó mi tío Luis—. ¡Que atraen los rayos!

Pero lo insensato habría sido desperdiciar la oportunidad de estar a solas con ella. El estruendo era de piedras rompiendo el suelo. Si hubiera cerrado los ojos habría pensado que me hallaba en un escenario bélico, pero allí estaba yo, solo con Gretchen, buscando en su mirada azul una señal de aceptación y ánimo que cambiara mi suerte y me diera la paz. Quise decir algo que demostrara mi aplomo, pero comencé a llorar. Los mocos y las lágrimas me invadieron el rostro como si fuera un niño:

—Era un borracho —balbucí avergonzado—. Mi padre era un borracho... Maldita sea...

Ella no dijo nada, pero sus ojos por primera vez no estaban fruncidos, sino muy



abiertos, como si mi rendición al llanto fuera para ella mejor que la más ardiente declaración de amor o demostración de entereza.

—La muerte de un juguista... —continué—. Porque mis amigos jugaban con sus padres, no sé, al fútbol, a lo que fuera. Yo no, yo iba con él al bar, a verle hacer el payaso frente a todo el mundo. Eso, cuando estaba en casa... Cuando no estaba llamaba por teléfono a veces, pero siempre para pedirme que le pasara con mi madre... Hola, papá, le decía, y él, «ponme con tu madre, anda»... Joder, yo solo he tenido madre... Solo madre...

Y Gretchen me abrazó.

Nos fuimos a vivir juntos y parecíamos la pareja perfecta, o eso decían, pero yo sabía que no era cierto. Porque ella era como mi padre, autónoma, lejana y fácil de querer, y yo me sentía el lado débil de la pareja, más sumiso y tembloroso, mucho más dependiente. Solo a través de la pena lograba que ella me hiciera caso cuando nuestra relación se enfriaba.

—Si un día me dejas, me volveré loco.

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué no?

—Porque es una bufonada muy tuya. Pero sin gracia.

«Qué vas a estar loco. Gretchen no te ha dejado. Tienes que guardar la calma, respirar». Esto lo escribí en un papel muchos años después y me lo guardé en el bolsillo.

Mientras redactaba ese texto sobre el anaquel de aluminio, mi jefe se llevaba el pañuelo a la frente y hacía indicaciones al conductor de una furgoneta que se adentraba en la nave marcha atrás. Estábamos en uno de esos almacenes del extrarradio amplios, oscuros y calurosos que olían a pegamento o tiza. Gretchen me telefoneó. Hablé un buen rato con ella y fue una conversación plácida, sobre asuntos caseros, la compra, la guardería, cosas que comprendí y que estaban muy lejos de representar un cambio o ruptura en nuestra relación marital. Cuando colgó, seguí deambulando por el almacén como si aún estuviéramos de charla y pudiera conservar así la agradable sensación de reencuentro doméstico que su llamada me había regalado. Desde la distancia, detrás de los sacos que contenían el batido en polvo, mi jefe me miraba mal y seguía dando instrucciones al conductor de la furgoneta.

Divisé una concentración de ancianos frente a mi portal, ya de noche, cuando volvía del trabajo. A medida que me acercaba descubrí que no todos los manifestantes eran ancianos; también había cuarentones, treintañeros, veinteañeros y hasta niños. Y enfrente, varios furgones de la policía nacional con las luces de las sirenas en movimiento pero sin emitir sonido alguno. Una grúa colosal, amarilla y oscura parecía contemplar en respetuoso silencio la reunión, como un melancólico dinosaurio de hierro. Aquello me decepcionó porque había albergado la esperanza boba de que mis vecinos se reunían para solidarizarse conmigo y denunciar mi problema, pero qué va, estaban allí para protestar, como cada semana, contra la instalación de una antena de telefonía móvil. Envidié la capacidad de mis vecinos para compartir una misma preocupación. Me pareció un privilegio y casi tuve ganas de arengarles a seguir por ese camino, el de la unión, el de la protesta.

La felicidad era difícil de hallar, seguramente imposible para cualquier ser humano, pero la infelicidad estaba siempre al acecho: se parecía mucho a la sensación de aislamiento que me invadía y que, gracias a aquella antena, mis vecinos podrían orillar al menos durante unas horas cada semana. La felicidad era conseguir que los planes se cumplieran sin sobresaltos, que el coche nuevo durara diez años sin averías excesivamente onerosas, que la casa no tuviera goteras, que los niños no enfermaran más de lo normal. La felicidad humana, pensé, es que las previsiones se cumplan, o sea, que no existe la felicidad.

—¿Qué ocurre abajo? —me preguntó Gretchen cuando entré en casa.

—La gente está contenta porque, al parecer, esa antena nos va a producir cáncer. Todos los jueves cumplen con la reunión.

—No te entiendo, de verdad. ¿Te pasa algo, Andrés?

Me asomé a la ventana y encendí un cigarrillo.

Al cabo de un rato, ella (y su maravillosa, inconfundible trenza rubia, herencia de su madre alemana) deambulaba entre los concentrados como una luciérnaga rodeada de escarabajos. Regresó a casa tan preocupada como los vecinos, tan feliz como ellos. Entré en el cuarto de baño para lavarme la cara. Entonces, oí un timbre.

Cerré los ojos y me tapé los oídos para no contestar al teléfono móvil.

—¡Te están llamando! —me avisó Gretchen, tocando a la puerta.

—Apágalo, por favor... apágalo. No estoy para nadie, Gretchen. Para nadie.

Cuando se me pasó el ataque de pánico, ella quiso saber por qué había reaccionado así. Le quité el teléfono móvil y comprobé que la llamada había sido realizada desde un número oculto.

—¿Qué te pasa, Andrés?

Me cubrí las sienes con las manos, tomé aire y salí del piso con un portazo involuntario. Cuando regresé a casa, dos horas después de haber estado deambulando por el barrio, Gretchen ya dormía, lo que me ahorró una discusión.

Al día siguiente quedé a comer con dos amigos en un tabernón del centro con reputación de bueno y económico, y con manteles a cuadros rojos y blancos, pero tampoco ellos ni el lugar lograron que me sintiera mejor. Todo era tan raro. Los comerciales sabemos que hay que proporcionar autoestima al cliente para obtener su interés en el producto que deseamos vender, pero yo era un vendedor que ni siquiera creía en sí mismo, como si para mí todo tuviera la inconsistencia del humo. Mi propio producto, el producto de mis antiguas convicciones, se me antojaba un fraude sin saber por qué. Aquel tabernón estaba siempre abarrotado de albañiles y ejecutivos que más bien eran grises oficinistas con sueldos tan baratos como los precios de la carta y se me apareció como un lugar especialmente ramplón. Mis amigos, mientras, hablaban en torno a unas cervezas y unas aceitunas negras y se mostraban de acuerdo en casi todo, tanto que me costó distinguirlos. Se pasaron todo el primer plato diciendo que yo era poco listo, comiendo con la boca abierta, y no supe cómo defenderme. Me di cuenta de que no sabía, además, si eran mis amigos o tan solo compañeros de profesión. Se quejaban de un pedido que no había entregado a tiempo y de cosas así. Hablaban de batidos de chocolate y de trozos de fruta con pasión y de un congreso sobre máquinas expendedoras en Londres al que yo ya no iba a acudir, porque, al parecer, mi jefe había decidido asistir en persona en vista de mis últimos errores de bulto. Me comí las lentejas muy concentrado en el plato: tropezones de zanahoria y chorizo en la espesura marrón. De vez en cuando, alzaba la vista para pedir perdón por ser tan negligente en mi trabajo, pero lo hacía sin convicción, como si quisiera vender joyas sabiendo que eran baratijas. Mis amigos me dijeron que antes yo no era así, que qué demonios me estaba pasando. Tragué saliva para no desvelarles

la verdad, porque yo tampoco la conocía, pero ante su insistencia tuve que llevarme las manos a la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Nada, una jaqueca.

Se miraron sin añadir más.

Cuando terminamos el postre, nos sirvieron tres orujos de hierbas. La camarera era también la propietaria del negocio: una mujer grande, de ojos azules casi transparentes y voz masculina que se imponía con autoridad al griterío del tabernón.

Nos contó la historia de un desahucio inminente, temía perder el negocio, pero su desgracia me pareció nimia al lado de la mía. Se fue y brindamos por nuestros trabajos. Nada más depositar el vasito en el mantel, recibí la llamada telefónica de mi jefe. Me recriminó algo sobre un albarán mal redactado. Al salir a la calle, lloviznaba y mi jefe me seguía gritando por el móvil. Me reí con amargura y en silencio, porque me di cuenta de que había celebrado con un brindis tener un trabajo en el que un tipo tan desagradable me insultaba impunemente; era una risa irreprimible, como si mi desconcierto tuviera su lado divertido, o como si la tensión necesitara un desahogo bajo aquella lluvia finísima, casi fantasmagórica, que se volvía amarilla al cruzar los haces de las farolas recién encendidas.

De repente, tanto mi jefe como sus clientes me importaban poco, casi podría confesar que había algo vengativo en mi conducta cuando estaba con ellos. Los recuerdo siempre hablando de batidos y de bebidas energéticas en torno a unos whiskies casi vacíos. Tan concentrados solían estar, que no solo no reparaban en mi presencia cuando yo entraba en el oscuro restaurante japonés donde apuraban sus negociaciones y sobremesas, y al que yo acudía para cerrar los flecos de la compraventa previa llamada de mi jefe, sino que aquel día uno de ellos alzó la mano como si yo fuera el camarero y me exigiera otro whisky o más hielo con displicencia. Tosí, tosí mucho y en ese momento supe que mi cuerpo intentaba verbalizar mi problema, definirlo, pero no era posible hacerlo, al menos no lo conseguía de manera comprensible para nadie, ni siquiera para mí, como si la tos fuera la manifestación de una lengua extrañísima, extranjera en su sentido más puro. Tomando súbita conciencia de mi presencia, los comensales se levantaron de la mesa para auxiliarme con palmadas en la espalda, pero mi tos se hizo más estrepitosa. Y mientras buscaba con la mirada la ubicación del cuarto de baño en el restaurante oscuro y minimalista, vomité muy cerca de los zapatos relucientes de mi jefe salpicando los bajos de sus pantalones.

Por la tarde, él y yo entramos en una camisería de la calle Serrano, en el centro de la milla de oro madrileña. El local estaba tan perfumado que tosí. Mi jefe se apartó.

—Ni se te ocurra —me advirtió de muy mal humor—. Ni se te ocurra hacerlo de nuevo.

Se probó cuatro o cinco cinturones delante del dependiente y del espejo. Yo carraspeaba a su lado como protesta simbólica. Más caros, los quiero mucho más caros, parecía querer decir, pero lo que dijo es que los deseaba así y no así, de esta manera y no de la otra.

—No sé qué te pasa últimamente —me dijo—. Pero estás insoportable.

Fuimos a otra tienda.

Mi jefe se contorsionaba para poder contemplarse el trasero en el espejo; sin embargo, como tantos hombres españoles, carecía de trasero. Era como si las piernas, largas para un tronco tan breve, le surgieran directamente de la cintura. Tenía una nariz puntiaguda, unos ojos de tamaño dispar y saltones situados a distinto nivel bajo una frente sin arrugas (la única arruga estaba en su ceño, siempre fruncido), un pecho abultado pero no por efecto del ejercicio físico o de la obesidad sino por una suerte de protuberancia natural, ósea, y unas manos de dedos largos y uñas excesivamente pulcras y brillantes para un varón que se decía heterosexual. En la oficina le apodábamos el ornitorrinco. Cuando por fin se decantó por un cinturón —de cuero, reversible y con hebilla dorada—, pude despedirme de él. Llegué a mi barrio y, en vez de subir a casa, entré en un bar. Me apoyé en la barra de cinc, pedí el brandy que estaba deseando y allí me quedé, ante la mirada elusiva y siempre indiferente de la guapa camarera rusa. Intenté recordar cómo me comportaba yo antes de mi problema.

Pero entonces divisé en la calle, al otro lado del escaparate, a mi vecina pelirroja. Al parecer, ya estaba recuperada de su desafortunada caída por las escaleras de nuestro edificio. Debían de haberle dado el alta en el hospital. Ella miró hacia el bar con unos ojos enrojecidos e inquisitoriales, fue solo un instante, aunque suficiente para que yo sintiera la necesidad de refugiarme en el cuarto de baño.

Solo salí cuando comprobé que se había marchado.

A veces, me atacaba un remordimiento grande y confuso, no sabía por qué, y pensaba en ello sin llegar a ninguna conclusión sobre su origen, como si fuera una obsesión de bulímico que sustituyera la comida por una culpa tan dañina como un empacho venenoso.

En una oportunidad quise creer que mi problema se terminaría pronto. Estaba en el parque infantil y de pronto vi a alguien cuyo aspecto me llamó mucho la atención.

Saqué a la niña del balancín pese a sus protestas y empecé a seguir al tipo. Se parecía a un político muy famoso, poderoso, importantísimo, aunque algo apocado y huidizo, y también al exnovio de mi vecina. Intenté racionalizar mi persecución, pero no lo logré: era el instinto el que me guiaba. Nos separaban tres metros de distancia, más o menos. Él andaba y yo también. Él aceleró y lo imité. Él paró y me choqué con su espalda.

—Creo que me confunde con otra persona —me dijo.

Al cruzar la calle, los dos corríamos. Al bocinazo de un coche lo siguió la estridencia de un derrape.

Una tormenta de claxons arreció en torno a mí. Todos los conductores me pitaban, me gritaban, me insultaban con indecorosos aspavientos, como si yo fuera el protagonista de una película cómica en la que mi terror no tenía más función que producir la risa de unos espectadores invisibles. Hasta los edificios, disfrazados de monjas gigantescas, parecían inclinarse sobre mí para censurar mi pasividad. El sudor me caía por las mejillas igual que un ejército de gotas al ataque de mi cuello.

Cuando el semáforo cambió de disco, terminé de cruzar la calle. Anduve hacia casa muy nervioso, bañado en angustia y tratando de serenar a mi hija, que sollozaba. Yo miraba al suelo. Lo vigilaba como un perro en busca de un rastro. Me agaché para recoger de la acera unos papeles manuscritos. Buscaba algún mensaje que me diera pistas para desentrañar el misterio de mi situación. Encontré uno que decía en letra grande y mayúscula: «Llámame, y adiós a tus dudas. Te lo mostraré todo. Todo».

Insomne, salí de la alcoba mientras Gretchen dormía y, a oscuras, marqué en el teléfono el número consignado en aquel aviso.

—¿Dígame? —respondió una voz sensual de mujer.

—¿Qué ocurre?

—Nada, cariño. Dime lo que quieras.

—Yo quiero saber qué me pasa.

—Tendrás que venir aquí y yo te lo diré, guapo...

—Un momento... ¿estoy hablando con una...?

Ella colgó.

Dios santo, qué error el mío. Di vueltas por el salón para ordenar las ideas, asombrado de mi propia estupidez. Encendí el ordenador. ¿Qué demonios me estaba pasando? Apenas perfilados por el resplandor de la pantalla, los muebles eran bultos inquietantes, hombres jorobados, bichos al acecho, como si aquella penumbra fuera la metáfora de mi situación personal: donde los demás veían luz, yo encontraba sombras. Me resultaba irritante no saber a quién pedir socorro, necesitaba averiguar más de mi problema, conocer qué me causaba tanta desazón, pero dónde, maldita sea, dónde y cómo hacerlo. Me serví una tila para vencer el insomnio y recordé que, antes de que todo sucediera, mi vecina solía venir a casa para quejarse de los ruidos que, según ella, generaba mi familia. Nos reprochó que dábamos muchos portazos y que mi hija lloraba más de lo normal. En ocasiones, golpeaba la pared a modo de protesta. Por entonces, yo era un individuo apacible, con el cerebro correctamente amueblado, así que en varias ocasiones intenté serenar a aquella mujer de ojos grandes y cabellera imponente, pero comprobé que era una tarea no solo fatigosa sino casi imposible. Hay personas que necesitan crearse problemas para no hacer frente a otros peores de muy difícil o inviable solución, y mi vecina era una de ellas. Seguramente sufrió acoso sexual de niña o se sentía demasiado pelirroja (pese a ser muy guapa) o aborrecía su escasa inteligencia —que contrastaba horriblemente con su belleza— u odiaba a su padre maltratador o suspendió unas oposiciones a policía nacional, no lo sé. El caso es que necesitaba conflictos vecinales para no mirarse en el espejo y verse reflejada en sus miedos, sus complejos o sus inseguridades, o las tres cosas. Un día terminamos en una discusión durante la cual, con cierta malicia, le aconsejé que tuviera hijos con su apocado novio cuanto antes, porque criar niños era tan cansado y ocupaba tanto tiempo que apenas le quedarían ganas de molestar a los demás.

No recuerdo cómo se lo tomó entonces, pero sí recordaba muy bien sus acusaciones injustas.

Encendí la vitrocerámica para hervir más agua. Pero en vez de tila, bebí brandy y, algo borracho, me acerqué al teléfono, descolgué y marqué los números que se me ocurrieron, como si a través del instinto pudiera dar con alguien que me ayudara a solucionar mi problema. Pero la monocorde señal telefónica me indicó la inutilidad de mi empeño la mayoría de las veces, salvo una en la que comuniqué con la vecina.

—¿Dígame?

Colgué.

## 6

En nuestra luna de miel se produjo mi primer enfrentamiento serio con Gretchen, fue una señal de lo que sería nuestra convivencia marital cuando nos conociéramos mejor. Habíamos hecho todo lo que se supone que debe hacer una pareja de turistas en viaje de novios por India: visitar el Taj Mahal, callejear por Nueva Delhi entre bicicletas, motos y autobuses destartados, entre olores nuevos y no siempre agradables, y comer polvo, el polvo de los caminos; habíamos soportado con buen talante el asedio de niños sucios y desdentados, dolorosamente alegres y suplicantes; habíamos obtenido la visión dura de los tullidos, y el regalo mentiroso de los vendedores, aquellas sonrisas suyas, sonrisas como la mía cuando voy a vender los batidos en polvo a algún cliente y muestro mis dientes cada vez menos blancos; habíamos presenciado las ceremonias alrededor del río Ganges, tan repulsivo, en una de las cuales creímos participar pagando a un indio de rostro picado de viruela, menuda farsa, y habíamos asumido con una resignación beatífica el ataque de los insectos, inaceptable agobio si lo hubiéramos sufrido en Madrid; habíamos notado y comentado con agrado la vitalidad de los indios y también nos habíamos conmovido al presenciar escenas de pobreza nunca vistas por nosotros, como un niño escuálido bebiendo agua del río igual que un perrito abandonado. Habíamos disfrutado de la India gracias a que no éramos indios y podíamos volver a casa, conscientes de que la diarrea y el ardor de estómago serían pasajeros.

—No es verdad, Pir, esta gente parece realmente feliz... —replicaba Gretchen ante mis observaciones pesimistas.

Una noche huimos de unos huelguistas que asaltaron nuestro *rickshaw* para vengarse del conductor, al parecer un esquirolo, en una negrura apenas discutida por la claridad de algunos toldos que, en la frenética evasión, nos rozaban los hombros desde las fachadas de las casas ocultas. Manos y pies nos tocaban y se interponían entre nosotros sin que apenas los viéramos. El temblor del vehículo y el ruido de las voces nos hablaban de la pelea de nuestro conductor contra los asaltantes y Gretchen y yo pedíamos clemencia, pero clemencia para nosotros que estábamos aterrados. El movimiento del vehículo se hizo más trepidante, aceleró y frenó, volvió a acelerar y pareció que caíamos por un precipicio. No fue así. Pero por fin habíamos volcado. Y tocábamos algo seguro con las manos, tierra blanda y grimosa, pero tierra al fin y al cabo. Nos arrastramos por el fango hasta reconocernos en la oscuridad y hallar refugio junto a un muro de adobe. Yo quise decir algo que tranquilizara a Gretchen, que respiraba con agitación, o tal vez algo que demostrara mi temple, mi valentía; sin embargo, aunque no lloré como en el entierro de mi padre, la voz no me salió y de nuevo fue ella quien demostró más entereza.

—Ya está —me dijo—. Tranquilízate, Pir, ya ha pasado todo.

Por fortuna, los asaltantes, convertidos en una masa informe y ruidosa, se alejaron de nosotros arrastrando a su víctima entre bofetones.



El vehículo, a lo lejos, era destrozado por los huelguistas, y el conductor, zarandeado entre crueles risotadas, lloraba con un pánico verdaderamente conmovedor. Echamos a correr de la mano, pero no tanto por miedo a aquellos asaltantes que nada tenían contra nosotros, según nos hicieron ver con gestos elocuentes, como por miedo a presenciar la paliza inminente que iba a recibir aquel hombre que pasaba violentamente de unos brazos a otros como un muñeco de trapo en poder y bajo el capricho de unos críos sanguinarios. De haber presenciado la paliza, la aventura se habría transformado en algo duro, real, y habría dejado de ser la película hermosa que creíamos estar protagonizando en aquel país exótico.

—Qué felices son en la India —dije cuando me sentí a salvo.

—Tu ironía, ahora, no es adecuada, Andrés —respondió Gretchen, cortante.

Pero el viaje se estropeó al día siguiente, cuando ella se empeñó en que debíamos tirarnos en paracaídas tal y como nos ofrecía un comercial muy pesado y sonriente que andaba siempre por el vestíbulo del hotel intentando camelar a los turistas. Yo me había licenciado en filología y ella en derecho, maldita sea, es decir, yo era sedentario, me gustaba leer novelas de ciencia ficción para viajar lejos sin moverme del sofá o la cama, y ella era aventurera, le gustaba creer que se podía hacer justicia en los tribunales y, peor aún, en el mundo. Así que fuimos a un descampado de las afueras de Nueva Delhi y montamos en aquella avioneta comandada por un tipo gordísimo y albino. Tardamos mucho en llegar a los 4500 metros de altitud necesarios para dar el salto, y lo hicimos dando vueltas con el motor rugiendo con aparente cansancio. Mientras los indios charlaban despreocupados, nosotros nos manteníamos en silencio. A veces, uno de ellos me miraba y sonreía, y le decía algo al otro monitor o al piloto, y los tres celebraban el comentario con carcajadas desagradables.

—Venga, Pir, que es solo un salto, ya verás qué bien te sientes luego —me dijo Gretchen forzando la sonrisa—. El subidón de adrenalina te limpia por dentro. Lo dice todo el mundo. Ya verás.

—Yo soy licenciado en filología, yo no soy un aventurero como tú, Gretchen.

—Confía en mí, por favor, Pir, ya verás cómo lo disfrutas.

Cuando llegamos arriba yo estaba mareado. El motor paró y escuché el tambor de mi corazón como una señal de desastre. Vi a Gretchen suspendida en el vacío, preparada para el salto. El cielo entero, azul y venenoso, se extendía delante de mi mujer como un magma vivo y codicioso que deseara alimentarse de su carne y de la mía.

—Joder —exclamé una y otra vez, como si mi voz hubiera sido secuestrada por esa palabra.

El monitor, pegado a la espalda de Gretchen, parecía concentrado y su mono blanco, igual que el de ella, retemblaba con el viento. Gretchen me hizo el gesto de la

victoria, sonrió con intención de disimular su nerviosismo y desapareció por el hueco dejándome sin aliento.

Entonces llegó mi turno, pero no quise saltar y retrocedí como un cangrejo, con el instructor a la espalda empujándome hacia el abismo.

—Joder, no quiero, joder.

Forcejeé entre las mochilas y los bártulos tirados en el suelo frío de la avioneta y logré evitar el salto cuando el indio se convenció de que mi histeria era peligrosa. Se desenganchó de mí y me señaló un rincón, donde me senté con la cabeza entre las piernas como un niño caprichoso que se sale con la suya con enfado y remordimientos. Descendimos lentamente, en un silencio que solo rompió el monitor para mascullar incomprensibles imprecaciones que el piloto albino acompañó con asentimientos de cabeza y gestos despectivos hacia mí. Al llegar abajo vi venir a Gretchen con el mono blanco aún puesto, reluciente por el efecto del sol. Venía con una sonrisa enorme en su rostro embellecido por la alegría. Su cabello era oro que brillaba como su entusiasmo, un entusiasmo al que no pude responder como me habría gustado y que hizo más doloroso y evidente mi fracaso.

—¡Qué maravilla! ¿Te ha gustado, Pir? ¿Te ha gustado? No me digas que no es toda una experiencia. ¡Es como nacer de nuevo! ¿Y cuando se abre el paracaídas? Es como si Dios existiera... ¡Quiero volver a saltar!

Si el salto suponía un triunfo sobre el miedo, una liberación mental y emocional, una inyección de adrenalina que aligeraba el peso moral con el que todos cargamos, el nosalto supuso una derrota humillante, el agarrotamiento personal, el empecinamiento en lo que yo tenía de malo o peor, en los complejos y las inseguridades.

—No he saltado —confesé con vergüenza—. No pude.

Su rostro cambió de color, como lo hacía el de mi padre cuando yo me negaba a echar un pulso con el hijo del dueño de su bar preferido.

Los indios nos gritaban. Se movían a nuestro alrededor. Hacían gestos feos. Gretchen me defendió para mayor bochorno mío. No, no, lo que yo había hecho no se podía hacer, había puesto en peligro mi vida y la del saltador, decían los monitores. Nos aseguraron que estudiarían pedir una indemnización por mi comportamiento. Con el forcejeo entre el monitor y yo, nos dijeron, pudo haberse dañado el paracaídas y nosotros caer libremente hasta estrellarnos contra el suelo. Jamás habían tenido un cliente como yo.

—Todo fue por tu culpa, maldita sea —le dije a Gretchen en el hotel.

—Andrés, no pasa nada, no has saltado y ya está. No le des más vueltas, por favor.

—Pero yo no quería subir a esa avioneta, maldita sea, yo quería hacer turismo normal, no eso, y tú me obligaste... Aún a sabiendas del vértigo que tengo.

—Yo no te obligué a nada, Andrés, solo que me pareció buena idea... Pasemos página, ¿quieres?

—Insististe mucho, una y otra vez... Y yo no quería, y ahora no puedes comprender mi humillación. Tendré que cargar con ella toda la vida. Esos indios se burlaban de mí con una crueldad atroz... Seguro que aún se están riendo.

—¿Qué humillación, Andrés? No digas tonterías. Y los indios han reaccionado muy bien, podrían haberse enfadado mucho más.

—¿Ves? Tú también lo piensas... Eres una cínica.

—Mira, Andrés, déjalo ya.

—¡No pienso dejarlo, Gretchen! ¡Yo soy el hombre, maldita sea, el hombre!

—Ave María Purísima —se burló ella de mí, santiguándose, como si fuera la única respuesta posible para desahogar su tensión.

Me santigüé yo también, muchos años después, nada más percibir el vacío de la penumbra y ese olor a cera, incienso o crisantemos propio de las iglesias espaciosas. Avancé hacia el altar deleitándome con el ritmo de mis pasos en el entarimado y tomé asiento en el primer banco. Algunos feligreses, todos ancianos, me miraron. Acababan de recibir el pan ázimo. Le pregunté al señor encorbatado que tenía a mi lado si le quedaba algún pedacito, pues había llegado tarde. Su mirada me bastó para comprender que mi comentario resultaba tan repentino como inadecuado.

—Perdón.

Cuando terminó la misa me santigüé otra vez. Ese gesto me fascinó, como si me transportara a mi juventud sacrílega, a ese periodo de mi vida en que la cercanía de Gretchen me provocaba siempre una erección. Lo repetí cuatro o cinco veces hasta que empecé a sentirme incómodo y culpable. Sonó mi teléfono móvil cuando me dirigía hacia la salida intentando confundirme con los fieles: los batientes de la puerta se abrieron y la luz del sol se arrastró unos metros por la nave central y tembló, miedosa, a mis pies.

—Estoy en misa —dije sacudiendo las piernas, jugando a apartar el sol de mis empeines—, ¿qué pasa?

Algunos parroquianos me miraron. Mi jefe me dijo que varios clientes se habían quejado de no sé qué folleto, de no sé qué traducción de cuya factura, al parecer, yo era responsable, que por qué había escrito la palabra «feto» donde debía decir «fruta».

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

—Maldita la gracia que tiene —repuso—. Quiero que mañana estés puntual en el almacén, por favor.

—Vale.

—Si me fallas otra vez, será la última. Te lo advierto. Por mucho que aprecie a Gretchen.

—Estoy saliendo de misa, pero nadie me ha querido dar una hostia.

Escuché su risa aguda y larga como la de una mujer frívola.

—Madre mía, cada día estás más marciano —me dijo.

Después de dudar un rato, me arrodillé en el confesionario.

—No soy especialmente religioso —le expliqué al amable párroco—, nunca lo he sido, pero mi madre sí, mucho, y eso que se casó con un ateo...

—Hijo, por favor, que hoy tengo poco tiempo...

—Estoy pasando un momento muy duro y, no sé, he visto la veleta desde mi ventana y me ha parecido que era como un faro en mitad de mi naufragio, y que tenía que venir a hablar con alguien... Yo también soy un poco veleta, últimamente... Detesto a mi jefe, desconfío de mi mujer; además, creo que siempre intenta quedar por encima de mí... Me pongo nervioso ante mi vecina... Vislumbro un futuro de

desastres...

—¿Por qué, hijo?

—Sería muy difícil de explicar... pero el mundo en el que vivo de pronto es demasiado azaroso, incontrolable... Cuando era joven todo parecía más lógico... En aquella época las cosas tenían sentido... Sabía dónde estaba y quién era.

—Al grano, por favor, hijo... Estoy aquí para confesar pecados. No tengas miedo. Vuelve al principio.

—¿Qué principio?

—Lo de tu mujer... ¿Le pegas?

—Jamás le he dado una hostia, si se refiere a eso.

—Váyase, por favor, no tiene ninguna gracia. Si lo que quiere es burlarse de Dios, hágalo en su casa. Váyase.

Salí muy disgustado, y tropecé con una bolsa de El Corte Inglés. Envolvió mi zapato como una boca plastificada y entre los bancos de la iglesia pataleé para librarme de su mordisco sin lograrlo. El párroco me amenazaba con llamar a la policía, como si yo estuviera imitando a Mick Jagger frente a sus ojos algo medrosos, pero solo pretendía desembarazarme del plástico agitando el pie con frenesí.

—Es la bolsa, la maldita bolsa —le dije—. ¡No es ningún baile satánico!

Logré zafarme del plástico cuando los gritos del párroco se hicieron más altos e intimidatorios y por fin alcancé la calle sorteando bancos. La bolsa ascendió empujada por el viento hacia un cielo cargadísimo de humedad, colándose por la ajustada ranura rojiza que se dibujó en las nubes negras, como si estas fueran la pelambrea pública y gigantesca de una suerte de impresionante vagina celestial.

Es una señal, me dije, tiene que serlo.

Rechazar las supersticiones es fácil para quien tiene la vida resuelta; lo difícil es asumir que no hay salvación cuando las cosas se tuercen. Entonces, aferrarse con fe a cualquier signo, no importa lo caprichoso o absurdo que sea, sirve para no desesperar y seguir respirando. Y, entonces, es comprensible hacerse testigo de Jehová, cientólogo o creer en el horóscopo chino. Yo me aferraba a la idea, nada idiota, de que si me hubiera encomendado a la virgen en Nueva Delhi tal vez sí habría logrado dar el maldito salto por la pura fuerza irracional de la fe. Pero yo era ateo —en eso sí me parecía más a mi padre que a mi madre—, así que me fijaba en otro tipo de supersticiones, nuevas, creativas, o tal vez no tanto: El Corte Inglés.

Después de un buen rato caminando, por fin llegué a mi destino. Subí a la segunda planta, sección de caballeros.

—No veo ninguna armadura.

Se lo dije a una señorita con uniforme de vendedora. «Armadura para caballeros de la edad media», traté de explicarle el chiste, de aclarárselo, de sintonizar con ella. Su mirada desdeñosa me llenó de frustración.

Llegué a la peluquería. Dejé la bufanda en la percha del ropero como si, quitándomela, me despojara de la rabia. Me lavaba el pelo una chica pelirroja con acento del norte, asturiana o leonesa. Tuve miedo de que notara la agradable sensación que me producían sus dedos al acariciarme el cuero cabelludo, así que me crucé de brazos para dificultar la visión de mi carne de gallina.

Me pidió que me acomodara en un butacón color crema.

Los mechones descendían hasta el suelo como plumas negras. Ese pelo nunca más estaría a mi lado. Reflexioné sobre ello y llegué a la conclusión de que no me producía pena.

—Ojalá pudiéramos cortar con los problemas usando tijeras, ¿verdad?

—Tienes el cabello muy fuerte, eso es bueno —dijo ella.

—Te pareces mucho a mi vecina... Ella también es peluquera.

Me miró a través del espejo. ¿Acaso no le había gustado mi comentario?

—Ah —dijo.

—Es guapa, pero medio loca.

Su silencio me dio frío. Reaccioné frotándome las manos, buscando calor debajo del peinador que ella me había anudado al cuello.

—¿Te paso la máquina por detrás?

—Haz lo que quieras conmigo.

Frunció el ceño.

Bajé la cabeza, clavé la mirada en el relieve cambiante que producía la frotación de mis manos bajo el peinador. Respiré hondo, gemí y cerré los ojos para evadirme de la incómoda situación. Cuando los abrí, la peluquera arrimaba la maquinilla a mi nuca, y su ceño fruncido se multiplicaba en los espejos que nos rodeaban como un signo agobiante de malestar.

—No estoy haciendo nada raro bajo la sábana —le quise explicar mostrándole las manos—. Era solo un ademán inocente... Me las frotaba para entrar en calor... Estaba pensando en el significado de una vagina que he visto antes en el cielo...

—Me parece perfecto.

—Yo antes era más normal —repuse—. Te lo prometo... Ahora todo me resulta distinto.

La peluquera me despachó enseguida, con aspereza.

Pagué y me puse la bufanda en recepción, muy desilusionado con mi incapacidad para entablar una conversación normal con aquella chica.

Cuando llegué a casa, estaba tan mal que Gretchen quiso saber qué me pasaba.

—No puedo contártelo.

—Nada te impide hacerlo...

—No puedo, créeme... Igual que no pude saltar aquella vez de la avioneta...

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra, Pir?

—Pues mucho. Estoy igual de atrapado... Lo que para otros es fácil, para mí no lo es... Y no sigas, por favor, que me empieza a doler la cabeza...

—No me gusta verte tan taciturno, Pir... ¿Por qué no me dices algo?

Me fijé en ella. En el último año sus huesos parecían haberse agrandado y le daban un aire cada vez menos atractivo, y, por el contrario, yo había ido adelgazando, casi menguando, encogiéndome de hombros hasta acercar mi aspecto al que recordaba de mi madre, menuda y nerviosa. La sumisión tiene una recompensa evidente —la elusión de muchos conflictos—, pero es dañina para el cuerpo, ninguna otra conducta se refleja tanto en el físico. La arrogancia no nos hace más musculosos, la chulería no nos vuelve más guapos, pero la sumisión nos encoge también por fuera, nos hace más mezquinos, más feos y huidizos en nuestra apariencia física. Y así me había vuelto yo. Hasta que un día me tocó la lotería y recuperé mi prestancia juvenil. Me tocó a mí, que no a Gretchen. De hecho, era un boleto que me empeñé en comprar pese a su resistencia y, a través del ordenador, descubrí que había ganado 24 000 euros sin que el premio supusiera más alegría que la que podía venir de contrariarla a ella, que había provocado una discusión absurda en torno a la compra del boleto delante de nuestra hija una tarde en que estaba irritada por algún problema laboral. Volví a sacar pecho, pero por poco tiempo, porque cada relación marital establece un molde indeleble en el que los cónyuges adoptan un tamaño del que no podrán escapar salvo para romper su pacto de convivencia.

—¿Te he pegado alguna vez? —repose, regresando al presente.

—¿Por qué preguntas eso?

—Me lo ha preguntado el cura...

—¿Qué cura? No te entiendo, Pir.

—Lo sé. Yo tampoco me entiendo... Pero he estado en la iglesia y en El Corte Inglés... ¿Tienes un amante?

Ella se rio.

—Qué cosas tienes.

—Libros sobre viajes en el tiempo y otros misterios, de ciencia ficción también. Los conoces de sobra. Los libros de nuestra juventud turbulenta: el gran Kurt Vonnegut, por ejemplo, o H. G. Wells, pero también Kafka o los poetas surrealistas. Y alguna cosa más. Biografías de grandes y controvertidos líderes políticos. De Gandhi, sobre todo, de Gandhi...

—¿Se puede saber qué te pasa, Andrés? Me tienes preocupada.

—Te lo diré, te diré lo que me pasa —le dije, intentando ignorar el dolor; me incorporé lentamente y busqué una coartada para mi encorvamiento—: El otro día casi atropellan a Anita por mi culpa.

Afortunadamente, Gretchen había entrado en el cuarto de baño.

—¿Qué has dicho? —Cerró el grifo.

—Nada...

—Sí, algo me decías de Anita y un atropello —me perseguía por la casa con la

toalla entre las manos.

—No. Solo que me sentía un poco taciturno, nada más.

Esa noche no pegué ojo: los párpados se me abrían con rebeldía. «Ojalá empezara a llover», me dije y mi mirada quedó fija en la lámpara de bola azul, negra en la oscuridad, que se me antojó un planeta lejano en el universo tembloroso de mi habitación. Tenía ganas de tumbarme boca arriba al lado de la ventana abierta para sentir la caricia del agua y paladear su frescura, como si esta pudiera limpiarme por fuera y por dentro, pero el calor era muy seco, semejaba el del almacén de batidos los días de verano bajo la uralita, aquel horno natural en el que mi jefe alcanzaba sus mayores cotas de histeria. Desperté a Gretchen para apaciguar mi angustia.

—Llamita, escúchame: aquella vez que gané la lotería, hace un par de años, me encontraba muy mal. Pero esto que me pasa ahora es peor: me encuentro fatal, peor que fatal. Peor que el día en que no fui capaz de saltar de la avioneta... Nuestra comunicación es muy difícil, casi imposible, pero no me dejes, por favor, no me dejes...

Tienes que comprenderme.

Ella me abrazó, musitó unas palabras en alemán y volvió a dormirse.



Como era previsible, perdí la empatía con los clientes. Recitaba de memoria las virtudes del producto sin ninguna capacidad para la improvisación, para el regate emocional, ese esfuerzo necesario para seducir al interlocutor cuando el texto publicitario no alcanza el éxito de la venta. Prefería, por tanto, visitar oficinas para extraer el dinero de las máquinas o para limpiarlas por dentro antes que para vender el género.

En ocasiones, salía de las empresas con la impresión de haber favorecido el producto de nuestros competidores, porque mi única fórmula para combatir el aturdimiento era la sinceridad. Aquella habilidad adquirida a fuerza de trabajar, la de vender, había huido de mí, y me parecía que imponer a alguien un producto tan deficiente como el nuestro, aunque fuera mediante la persuasión o la seducción comercial, era un trabajo poco ético cuando no repugnante.

Uno de esos días me acompañaba el gerente de una empresa de informática. A propuesta suya, nos dirigíamos a pie a un bar de la céntrica, peatonal y bulliciosa calle Arenal para continuar la charla en torno a unas cervezas.

—¿Por qué dices que vuestros batidos son un potingue pernicioso? —me preguntó—. No lo entiendo.

Lo miré y su rostro me decepcionó sobremanera, como si encarnara toda la estupidez del mundo.

Me alejé de su lado, casi con indignación, con la intención de mezclarme con la gente de la Puerta del Sol y desaparecer.

—¿Adónde vas, Andrés?

Aceleré y lo perdí de vista.

Había muchos turistas en pantalón bermudas; oleadas de ellos repartían su entusiasmo entre las tiendas de regalos y los restaurantes con mesas al aire libre.

Busqué con la mirada a alguna muchacha guapa, pero encontré pocas. Y más temprano que tarde, la muchedumbre las engullía, igual que un barrizal hace desaparecer las gotas de lluvia.

Me distraje con la visión de una pareja, hombre y mujer, que charlaban con entusiasmo, como si discutieran amorosamente, mientras caminaban hacia la Plaza Mayor. Estuve un rato observándoles con atención y confirmé que eran Gretchen y el ornitorrinco. Al llegar a la plaza, los gestos de ella se hicieron más coquetos, más arbóreos, como si, alentadas por la mirada de él, sus manos dibujaran ramas y flores en el aire, y su esqueleto recuperara aquella gracilidad juvenil. Estaban sentados en una terraza y, oculto detrás de la columna, escuché cómo pedían la cuenta. No me lo podía creer. Salí de mi escondite para preguntarles qué hacían juntos, pero me topé con una pareja de japoneses. Mi confusión fue tal que les aconsejé que se fueran, les comenté que aquel arroz era una estafa precocinada. Les expliqué con mi mejor voluntad y mi mejor inglés, que allí timaban a los turistas, que Madrid no era la

elección adecuada para comer paella valenciana, y mucho menos el turístico distrito Centro. Pero, lejos de atender a mis advertencias, buscaron con la mirada al camarero como pidiendo socorro, así que me alejé de su lado a paso ligero.

Busqué en la plaza a Gretchen o al ornitorrinco. Cada vez me sentía más desconfiado. Cerca de la estatua de Felipe III, en el centro de la plaza, divisé a una mujer pelirroja que me recordó a mi vecina peluquera.

Con menos cautela de la necesaria, la seguí a un metro de distancia por las callejuelas aledañas. Ella se dio la vuelta y me preguntó qué deseaba. Cogí una de sus manos como si el contacto físico pudiera suplir lo que no lograba expresar con palabras. Le dije que yo no tenía la culpa de sus desgracias, que yo también necesitaba ayuda, que alguien me señalara el camino hacia la cordura, que no entendía por qué era malo informar a los clientes sobre los nefastos ingredientes de los batidos de mi empresa o a los turistas japoneses sobre la infame calidad de las paellas de la Plaza Mayor, que yo solo pretendía comportarme con decencia, pero empecé a toser, una tos nerviosa. Casi me atraganto. Me apoyé en los hombros de la vecina, pero ella se despegó de mí con tal violencia que perdí el equilibrio como un cojo al que arrebataran sus muletas. La escuché alejarse corriendo por la callejuela empedrada y sombría mientras llamaba a la policía. ¿Aquella mujer era mi vecina o una turista? Cada vez más preocupado por mi incapacidad para entender el mundo, lloré en la acera destartalada hasta que me vi rodeado de un gentío que no sé de dónde apareció, tal vez de las tiendas o de los bares.

—¿Qué le pasa?

—Creo que estoy alucinando —les dije incorporándome y abriéndome paso—. Se me pasará. Dejadme, por favor, dejadme.

Así que decidí abandonar mi puesto de trabajo para que la cosa no fuera a mayores. Me quedaba en casa todas las mañanas con la coartada, inventada claro, de que el proyecto en el que estaba trabajando no requería mi presencia en la oficina. Me sentaba a leer el periódico y me concentraba en el presente, dado que el mañana solo existía para mis vecinos laboriosos.

Leía la sección internacional, pero nunca encontraba asuntos de mi interés, lo que me hacía pasar las páginas con disgusto. La nacional no me interesaba nada, porque era predecible, demasiado teatral, pero de un teatro malo, de pueblo pequeño. Hojeaba los deportes, y tampoco me distraían tanto como yo hubiera deseado, tanto como antes de mi problema, y eso que la celebración del Mundial de fútbol de Sudáfrica era inminente. La sección de cultura era lo mismo que nada, nunca entendía la oportunidad de las informaciones, todas ya conocidas y publicitarias, ajenas siempre a lo que a mí me interesaba. Muy decepcionado, me ponía de pie y me estiraba cuan largo era. Miraba por la ventana para ver si iba a llover, y en ocasiones, ya estaba lloviendo. Me sentaba delante del ordenador y navegaba por Internet. Llegaba a youtube para ver algún vídeo sobre el funcionamiento de la sociedad, pero lo que encontraba me resultaba menos provechoso aún que las informaciones del periódico, más sensacionalista incluso.

Una noche, harto de leer y releer tres periódicos de papel, me pareció asistir a una terrible transformación de Gretchen, una especie de masculinización de su cuerpo. Siempre había pensado que lo malo de las nórdicas era su vejez, que esa belleza y esa esbeltez juveniles tenían un contrapeso cruel en la caída de párpados y el deterioro de la piel, tan blanca, cuando los años hacían su tarea de demolición de la carne. Así le había sucedido a mi suegra, una mujer muy guapa en su juventud que con la edad se había vuelto decrepita. Pero lo de Gretchen fue peor. Su transformación no estaba relacionada con la vejez, tenía treinta y seis años, una edad en la que la mayoría de mujeres consolida su atractivo, sino que aquella noche me pareció que le había nacido un bigote. No un bigote cosaco como el que ostentaba mi padre con orgullo, sino una suerte de bozo adolescente que podría con el tiempo devenir en un adorno capilar del mismo grosor y magnitud que el de mi propio progenitor. Me pregunté, en aquella noche insomne, si la transformación no sería otra trampa de mi cerebro. Si yo, que con el tiempo parecía estar interpretando el papel de mi madre menuda y sumisa, podría estar sufriendo alucinaciones cada vez más frecuentes o, aún peor, si efectivamente me estaba transformando en una mujer y Gretchen en un hombre.

Las ideas angustiosas de la noche suelen manifestar su entidad disparatada cuando el día llega con su luz clarificadora no solo de las cosas sino también de los pensamientos, pero en aquel momento la noche era tan cerrada como mi temor. Acudí al cuarto de baño para palparme el pecho, los pechos en realidad, pero no me tranquilizó encontrarme plano y velludo como de costumbre, porque descubrí en el

espejo un rostro extrañamente lampiño, nada áspero para llevar dos días sin afeitarme. Muy nervioso, regresé a la cama matrimonial. Sumergí mi mano en el pantalón del esquiama amarillo de Gretchen cada vez más despacio y medroso, con pánico a encontrarme al final del recorrido con una protuberancia que indicara la presencia más o menos incipiente de un pene en crecimiento. Mi mano dejaba atrás el ombligo, ya acariciaba los primeros ramos del vello púbico con temblor en las yemas de los dedos cuando escuché con un estremecimiento la voz ronca, varonil, de Gretchen.

—Así, así...

—Pero antes carraspea —le pedí, bañado en sudor—. Carraspea, por favor.

Carraspeó y, menos mal, su voz y sus atributos volvieron a ser femeninos. Llevábamos mucho tiempo sin hacer el amor, así que mis caricias pronto nos encendieron. Comenzamos a hacerlo con pasión natural, casi como una pelea en la que los cuerpos botaron sobre el colchón y se enredaron con las sábanas hasta que, rodando, caímos en la alfombra entre jadeos, una alfombra tan cubierta de periódicos que, al contacto con nuestra piel, crepitó como una hoguera a punto de extinguirse. Parecíamos otra vez veinteañeros. Nos besábamos, nos mordíamos y nos chupábamos. Entonces, la fuerza de Gretchen fue tal que quedé debajo de su cuerpo y tuve que interrumpir el baile porque me sentí invadido por ella y no al revés, un poco como si la frustración de la India, cuando no pude dar el salto en paracaídas, regresara para romper el encanto del momento, multiplicando mi malestar en una suerte de percepción lúcida y agobiante de mi propia insignificancia y fracaso.

—¿Qué ha pasado? —se extrañó Gretchen con su voz, de nuevo, masculina.

Me encerré en el cuarto de baño y mis órganos sexuales desaparecieron en el espejo convirtiéndome en una mujer, hasta que me di dos bofetadas y volví a ser un hombre con pene y testículos, pero un hombre aturdido.

—Lo siento —respondí—. Estoy agobiado.

Este suceso enrareció aún más nuestra convivencia, porque no me atrevía a comentarle el motivo por el que necesitaba en tantas ocasiones, y con tanta vehemencia, que por favor carraspeará, que carraspeará de una vez por todas.

Regresé al trabajo, pero me resultaba muy difícil comprender por qué tenía que acompañar a mi jefe a comprar cinturones, zapatos o calzoncillos en las mejores tiendas de Serrano y Velázquez, y casi más difícil aceptarlo. Me irritaba que él me lo pidiera sin inmutarse. No me parecía una encomienda propia de mi contrato laboral. Y, peor aún, tampoco comprendía quiénes eran las personas con las que departía en aquellas comidas de negocios, y apenas me interesaban sus conversaciones, que si la industria de las bebidas energéticas no iba tan mal en relación con otros campos de la

economía, que si había un nuevo batido en polvo con sabor a menta que estaba triunfando en Estados Unidos o en Japón, que si los clientes se decantaban últimamente por la mezcla de zumo con leche...

A la vez que se producía esa conversión de Gretchen en un varón, percibí en el ornitorrinco una feminización creciente. Su amaneramiento era muy ostentoso y, así, mientras yo me transformaba contra mi voluntad en una mujer más bien menuda y afligida, similar a mi madre, o sea, consciente de su escasa importancia, mi jefe se convertía en una diosa apabullante que usaba pulseras y cremas faciales y que se comportaba con suma frivolidad cuando estaba delante de Gretchen. Nos visitó por sorpresa un sábado muy soleado y agradable. Entró en casa como una peonza de carne, jacarandoso y ebrio de coquetería. Lo vi moverse por el salón mientras Gretchen lo contemplaba con ojos que me parecieron libidinosos y me puse celoso o celosa, no lo sé, porque rememoré una escena muy similar que viví siendo niño, escena en la que mi padre miraba callado pero con ojos elocuentes a una secretaria borracha que acudía al mismo bar que él, donde a veces yo lo acompañaba los sábados o los domingos a la hora del aperitivo.

Curiosamente, lo que me tomaba como una afrenta personal, ese coqueteo evidente entre el femenino ornitorrinco y la varonil Gretchen, a ellos les parecía normal. La situación incómoda que propiciaron me pedía intervenir en su conversación para romperla e incluso afearles su flirteo, y así lo hice, pero me miraron con asombro cuando les dije:

—Por favor, dejadlo ya.

Estaban sentados al lado de la ventana, con el sol iluminando las grimosas y finísimas manos del ornitorrinco, que las movía con desenvoltura ante la mirada irónica y perversa de Gretchen. Ambos, entonces, volvieron sus rostros en mi dirección y Gretchen me reprendió, esta vez sin virilidad, como una madre comprensiva pero harta de su hijo.

—Ni hablar, Andrés. ¿Tú te das cuenta de lo que me está contando Iñaki?... Estás fallando en cuestiones fundamentales de tu trabajo y eso es gravísimo, Andrés, gravísimo... ¿Nos quieres explicar, por favor, qué es lo que te sucede?

—No puedo. Solo pido que me dejéis un tiempo para reflexionar.

—Cada día más marciano —respondió el ornitorrinco—. ¿No has tenido suficiente reflexión después de tres días de vacaciones sin permiso?

—Tienes razón.

Me sumé a su conversación, pero como un espectador pasivo. Poco a poco me fui tranquilizando y centrándome en las palabras que salían de sus bocas, carnosa y roja la de ella, pálida y fina la de él, conseguí verlos de nuevo como una mujer y un hombre sin el intercambio de papeles al que antes había asistido. Hasta logré reírme con un par de chistes misóginos del ornitorrinco. Por la noche, sin embargo, desperté

y un ronquido tremendo de Gretchen hizo que volvieran a atacarme las dudas. Esta vez no necesité comprobar con la mano que todo estaba en su sitio. Me bastó un vistazo a la piel muy blanca que mostraba el amplio escote de su camisón naranja. Me bastó mirar esa mejilla de aspecto terso para saber que era yo quien veía las cosas distintas, que Gretchen seguía siendo la misma mujer que conocí durante mi primera juventud y que pese al trascurso del tiempo y al último corte de pelo, pese a su voz a veces ronca cuando no carraspeaba, conservaba su atractivo y su feminidad. Aún así no pude dormir. Me levanté de la cama para acercarme a la cuna y contemplar el sueño de Anita. En ocasiones, era la mejor fórmula para apaciguar mi nerviosismo, un ansiolítico natural que me hacía recuperar el sosiego necesario para regresar a la cama y dormir. Pero creí ver en su pequeño rostro un bigote, una pelusa de chico adolescente que toqué con la mano para descubrir con alivio solo piel, piel suave de bebé y no de hombre. La niña arrugó la naricita como si fuera a llorar, pero conseguí introducir entre sus labios el chupete. La arropé y regresé a la cama lleno de sudor y con la convicción de que no lograría dormir en toda la noche.

Para bien o para mal, empezó el Mundial de fútbol. No se hablaba de otra cosa en radios y televisiones, en bares y oficinas. Y yo percibía aquellas conversaciones sobre la selección española como un síntoma de enfermedad colectiva.

Cuesta abajo, siempre cuesta abajo en aquellos días tan duros, tardé media hora en llegar al bar donde me había citado con mis amigos. No me apetecía demasiado ir, pero Gretchen, más viril que nunca, amparada por una envergadura que me amedrentó, insistió en que debía hacerlo con una autoridad incontestable, la que le proporcionó mi temor a que su desasosegante transformación fuese a más.

Mis amigos eran dos y comían unos pinchos morunos apretados en la barra. Me preguntaron que por qué había dejado el trabajo, que no estaba tan mal pagado.

No dije nada.

Que era muy poco listo, insistieron.

Pedimos un gran número de cañas y cuando la selección metió el segundo gol, el bar, borroso por el humo de tantos cigarrillos —aún no había entrado en vigor la ley antitabaco—, se transformó en un bosque de brazos en alto, todos moviéndose como débiles árboles sometidos a una tormenta. Me fui hacia la salida, agobiado por el vocerío.

—¿Adónde vas, Andrés?

—¡Al baño! —mentí.

La noche me recibió con un rumor agradable y con una sonrisa, la que trazaba la luna menguante. El móvil vibraba en mi pantalón y allí lo dejé, vibrando inútilmente.

Ahora bien, por mucho que escapara del bar, por mucho que frunciera el ceño y agachara la cabeza para huir del resplandor lunar, esa luna seguiría allí, igual que mis problemas. Lo cual no dejaba de asombrarme. Entré en otro bar. Había muchas patas de jamón ibérico colgadas sobre la barra —así serán los úteros del futuro, pensé con súbita intuición—, y un partido de fútbol en lo alto, en una esquina muy principal y atractiva para las miradas. Me di cuenta de que era el mismo partido que había estado viendo con mis sedicentes amigos: el de la selección española, claro. Temblé poco después de que me sirvieran el brandy de Jerez, porque con el tercer sorbo el teléfono del bar sonó como una chicharra a la espalda del camarero, y me pareció que aquella llamada era portadora de dolor y se dirigía a mí desde un insistente y catastrófico porvenir que se empeñaba en hacerse presente.

—No descuelgue, por favor.

—¿Tiene algo contra mi proveedor?

—¡No es su proveedor, se lo aseguro!

—Pues entonces será mi suegra... —sonrió el camarero—. Sí, mejor no responder.

Varios clientes le rieron la gracia.

Quise huir antes de que él descolgara el teléfono, pero tropecé con una de las

muchas piernas que entorpecían el camino hacia la salida. Mi desplome debió de llamar a la solidaridad, dado que el camarero salió de la barra para levantarme de aquel suelo barnizado de porquería. Algunos clientes dejaron de ver el partido para preguntarme si me encontraba bien y sacudir mis ropas.

—Perdón, no pretendía irme —musité a duras penas, aturdido, sin saber qué decir.

El camarero me miraba muy serio, como si mi caída estuviera relacionada con el brandy que acababa de servirme.

—Voy a un cajero —le expliqué sin querer, y fui consciente de que estaba muy nervioso, porque debería haber inventado una excusa mejor para justificar mi reacción.

Pero la confusión general me benefició. Y me fui dejando la copa mediada sin que nadie me exigiera su precio.

—¿Usted ha sentido alguna vez que podría acabar en una cárcel sin merecérselo? —le pregunté al taxista que me llevaba a casa.

Me escrutó desde el espejo retrovisor con unos ojos inquietantes, negros y pequeños, y su rostro me recordó al de un murciélago con mucha vista, qué contradicción y qué gran verdad.

—No le entiendo, caballero.

La cárcel me pareció la mejor metáfora para explicar la misteriosa crisis que estaba atravesando.

—Qué duro es estar preso, amigo —insistí muy despacio, emitiendo las palabras con cuidado para que no se me escapara ningún mensaje inconveniente.

—¿Por dónde vamos a su casa?

—Usted es el profesional. ¿Acaso me lo pregunta para ver si me conozco el camino?

—Hay clientes que si no los llevo por donde ellos quieren, protestan.

—¿Ha timado a muchos?

No respondió. El silencio se estiraba como una goma frágil. Lo rompí acompañando mi voz con un gesto de las manos, como si ayudara así a quebrar esa goma simbólica.

—Los taxis —repetí con mejor o peor acierto palabras de mi jefe, cambiando de tema y en busca, de nuevo, de una charla intrascendente con la que distraerme de mi problema— siempre tienen la radio puesta.

—¿Lo dice por el fútbol? A mí no me gusta, soy más de toros, pero si quiere...

—No, no hace falta que la encienda... En realidad, a mí tampoco me interesa... Antes de la cárcel, para entendernos, sí. Pero podría poner música, por ejemplo... Siempre que no sea música carcelaria, claro... Bastante tengo ya con lo mío.

Tardó en responder:



—Mi sobrino también ha pasado por eso... —Alardeó.

No dije nada.

—Se peleó con un rumano de esos de los semáforos y le mandaron a la cárcel... Cuando cumplió condena me pidió que le diera una vuelta por Madrid a toda velocidad... Dijo que había echado mucho de menos el sonido de la ciudad, los coches, conducir con la ventana abierta, el aire del asfalto, vaya... Todo eso... Estuvimos casi dos horas en la M40... Eso sí, respetando los límites... Ja, ja... Bueno, más o menos...

—¡Cuánto habla ahora! —dije—. ¿Por qué?

—¿Perdón?

—Que si a su sobrino no le molestaba la polución.

—No, señor.

—Yo prefiero el brandy a la polución —le dije, pensando que por fin se iniciaría la charla banal.

—No entiendo, caballero.

—Sí, claro, ya supongo que no tiene mucho que ver una cosa con la otra. Pero tampoco la anécdota de su sobrino tiene relación con mi problema. Es como si yo ahora voy y le digo que el alcoholismo se hereda... ¿Qué más le dará a usted? Y, sin embargo, todo se hereda... El abuelo de mi mujer, por ejemplo, fue miembro de las Juventudes Hitlerianas con quince años. Una vez se lo afeé a ella y se molestó mucho, porque es izquierdista, pero tal vez lleve una nazi dentro y aún no lo sepa...

—A lo mejor, lo sabe demasiado bien... Ja, ja.

—¿Y ha sufrido muchas agresiones en el taxi?

Carraspeó.

—Espero que esta pregunta no le moleste —añadí, rápidamente—. Yo no soy violento. Es simple curiosidad.

—¿Por qué lo encerraron?

—¿A quién?

—A usted.

—No me han encerrado... La cárcel es una metáfora de mi problema... Intentaba desahogarme con usted... Por eso le he dicho que lo de su sobrino no tiene nada que ver con lo mío...

—No le entiendo... ¿Cometió o no cometió usted el asesinato?

—No he cometido ningún asesinato, no me insulte.

—Cuanto peor es el delito, más inocentes se anuncian, ya me lo dijo mi sobrino.

—Yo no he asesinado a nadie, no sé cómo demonios se lo tengo que decir.

—Le creo, señor, cálmese, por favor.

Él permaneció en silencio. Por la ventana, los edificios de la Gran Vía pasaban de largo como movidos por una cinta transportadora.

—Esta noche, como gane la selección, no me extrañaría que hubiera algún muerto... —comenté—. Una pena.

—¡Ya está bien! —gritó el taxista—, ¡voy a llamar a la policía!

Tras un frenazo repentino y ruidoso, mi nariz se aplastó contra el asiento delantero.

Todavía no me había repuesto del susto, cuando descubrí que el tipo había abierto mi portezuela y enarbolaba una barra de acero inoxidable muy cerca de mi rostro. La noche enmarcó su figura con un fondo tan negro que hizo más amenazante el brillo del metal.

—¿Por qué ha parado? ¿Qué he hecho? —le pregunté—. ¿Quiere usted acabar como su sobrino? ¿Es eso? ¡Yo solo quería distraerme, desahogar un poco mi angustia!

—¡Salga o tendrá su merecido!

—No, escúcheme...

No recuerdo mucho más. Solo que caminé cuesta abajo y que la sangre caía con mansedumbre sobre mi pecho, gota a gota, desde mi frente contusa.

El Templo de Debod fue alzándose ante mis ojos como un espejismo de la noche urbanita. Me dolía la cabeza y tenía las ropas ensangrentadas. Sin embargo, sentándome de tanto en tanto en los bancos, acariciando con la palma de mi mano buena —la zurda— la aspereza de los árboles, no me sentía tan mal. Ese era yo en aquel momento. Un individuo que amaba antes a los árboles que a los incomprensibles y crueles hombres (uno de ellos acababa de abrirme una brecha en la frente); alguien que, ante la extraña visión de un templo egipcio situado en plena urbe madrileña —estrambótico regalo del gobierno de El Cairo a Franco—, rompía la unanimidad de la noche con su silbido.

Basta ya de vecinas paranoicas, me decía, basta ya de taxistas violentos, basta ya de mujeres viriles, basta ya de alucinaciones, basta ya de cervezas aguadas en cafés de falsa elegancia o brandys en bares con vocación de pocilga. Basta ya de no entender nada. Acabemos de una vez por todas. El problema no es tuyo, sino de lo que te causa tanto malestar; lo que quiera que sea.

Tiré una china contra el agua que rodea el Templo de Debod. Y fue como si la explosión de ondas destruyera mi pesadumbre. ¿Cuántos círculos concéntricos convoqué con distintas piedras? Incontables, pero no mejoré mucho de ánimo.

Regresé andando a casa, una caminata de más de una hora durante la que tuve que esquivar a grupos de vociferantes individuos vestidos de rojo. La excusa del Mundial no fue suficiente para justificar mi herida ante Gretchen y, sin saber cómo, me vi de pronto en la parte trasera de nuestro Fiat Multipla, cada vez más aturdido, más grogui, respondiendo a una llamada telefónica que para colmo me dejó un mensaje tan extraño como doloroso, como si de repente mi cerebro se llenara de datos confusos que no pude recordar.

«Tose, tose», esta brevísima parte del largo mensaje es la única que logré recordar al abrir los ojos. «Te hará bien, tose».

El mensaje me llegó como una sensación de frío muy dolorosa, pero lo traduzco a un lenguaje comprensible, es decir, lo transformo en palabras españolas. Según el reloj de mi móvil debí de estar dos horas inconsciente. Y me sentía muy débil, asombrado por aquella voz gélida y penetrante que, como las réplicas de los peores terremotos, aún palpitaba en mis sienes mientras me incorporaba y descubría que Gretchen me había abandonado en el hospital, tal y como indicaban los baldosines verdes de la pared, la incómoda camilla negra sobre la que yacía mi cuerpo y las batas blancas colgadas en la percha de la puerta entornada.

—No sabe lo que ha sido mi vida en los últimos tiempos —le dije al tipo que selló la brecha con tres puntos, una especie de médico o enfermero—. He pensado hasta en el suicidio.

—Todos tenemos problemas. No se crea especial por eso.

Me examinó los ojos, los oídos y los dientes como si yo fuera un burro, y quiso saber cómo me había hecho la herida, pero en vez de hablarle del taxista y su agresión intenté narrarle el mensaje telefónico: «Tose, tose, te hará bien, tose». Antes de que mi boca pudiera intuir la llegada de la voz, me desplomé. El dolor fue de nuevo insoportable, como una inyección de frío en las sienes. Esta vez el golpe afectó a la barbilla, donde me pusieron Betadine y un apósito. En el parte de lesiones, el médico escribió que su paciente, o sea yo, había tropezado «en un exceso de entusiasmo», literal. Esa actitud de superioridad de los médicos promueve, como toda relación de superioridad, la humillación del enfermo, más aún cuando el médico se empeña en negar información, en sonreír con condescendencia ante los temores que manifiesta el paciente, como era el caso.

—¿Por qué estoy así? —Le agarraba de las solapas de la bata—. ¿Por qué demonios estoy así? ¿Qué me está pasando?

Y no me decía nada. Apartaba mis manos con desdén y sonreía como si le resultara divertido mi nerviosismo.

Otro médico —algunos días después— me contemplaba con la seriedad propia de los asnos de mi Zamora natal; se creía muy importante, como todos los médicos, pero parecía más bien un asno de la meseta. Mi experiencia con ellos, con los asnos y con los médicos, nunca había sido satisfactoria. Cuando era niño mis padres me llevaban a uno que tenía expresión de intelectual convencido de su importancia y que, cansado de ver niños, me trataba con desprecio.

—No soy menor de edad, maldita sea. Soy un adulto.

Se lo dije al médico del hospital para impedir que me humillara más, pero él me pidió que me colocara el termómetro en una axila y así comprobar la temperatura de mi cuerpo. Le narraba mi experiencia infantil con aquel pediatra, mitad hombre, mitad asno, y me daba cuenta de que tenía delante a otro de la misma clase. Temblé un poco, porque también se abría ante mí una sorprendente expectativa sensorial: la de la simultaneidad con vivencias del pasado, como si me pudiera relacionar con ellas, más que recreándolas, reviviéndolas, y por eso mezclara, según me hizo ver el médico, mis lejanos recuerdos del verano en la comarca de Sayago, de la que eran oriundos mis padres, con mi experiencia más cercana en Zamora capital, donde residía con ellos casi todo el año; por eso ponía un asno donde debía haber un pediatra, y viceversa. O sea, que me costaba separar algunos recuerdos, y desconocía cuáles pertenecían al pasado remoto y cuáles a un pasado más próximo, cuáles tenían que ver con mi época universitaria y cuáles con mi bachillerato.

—Mi cerebro se ha ido al garete —le dije al médico—. Está todo revuelto. Pasado, presente, futuro. Imaginación con memoria. ¡He ido a peor con la agresión del maldito taxista!

—Eso lo diremos nosotros —me respondió él con una sonrisa, como si también le hiciera gracia mi testimonio—. Espere aquí, por favor. Ahora vuelvo.

Pese a que aquel traje negro de Armani me venía grande y no era mío, sino de alguno de aquellos médicos tan atildados, nadie reparó en mí al salir de la habitación. El personal sanitario embarullaba el pasillo de baldosas verdes con una agitación que no parecía de origen laboral, sino más bien atolondrada, adolescente, rara para un hospital. Algunos gritaron gol, pero ni aun así entendí lo que estaba pasando. Mi principal preocupación era escapar, y para aparentar normalidad imitaba al ornitorrinco. Me crucé con una enfermera sonriente y la saludé con la suficiencia de un paciente seguro de sí mismo.

—Hola, buenas noches.

Lo dije muy rápido, muy seguido, sin separar las palabras, igual que habría hecho él en una situación parecida.

Repetí la fórmula dentro del ascensor, cuando paró en el segundo piso y me topé con dos médicos o enfermeros, no supe muy bien lo que eran, en patente estado de embriaguez.

—Holabuenasnochesquétal.

—Qué fuerte, tío —ni me miraron—. Qué grande.

Se abrazaron con fuerza.

Seguí andando, esquivé camillas, muebles con placas de rayos X, ancianos en silla de ruedas, pértigas para colgar el suero fisiológico, me sentía astuto en aquel laberinto que olía mucho más a fiesta cervecera que a medicina. De alguna manera pensaba que el personal sanitario se burlaba de mí, así de alterado estaba. Y si no era eso, no comprendía muy bien qué querían con esas sonrisas, esos abrazos y tantas carantoñas como se prodigaban. Me pareció una viva muestra de un peligroso paroxismo corporativo. Saludé a una enfermera guapísima. Hablaba de un criminal holandés con su amiga y ambas parecían achispadas.

—Qué mal lo he pasado —dijo, pero no me dio la impresión de que estuviera realmente descontenta.

Ellos sí que estaban enfermos.

Por fin, salí del hospital. Me deslumbró el espectáculo: varias cordilleras de luces movedizas invadían los lejanos puentes y la circunvalación de la M40. Los coches pitaban. Las banderas rojigualdas eran como antorchas en movimiento portadas por individuos con furiosas ganas de quemar la ciudad. El estruendo era tan enorme que me invadió la euforia, en primer lugar, y luego el miedo, o más bien un encogimiento del ánimo ante la apabullante aventura que, intuí, tenía por delante.

Me movía pegado a las fachadas de los edificios, cerca de los portales, donde las sombras parecían refugiarse del ruido y de los fantasmas que me perseguían: a saber, los médicos y un individuo muy peculiar, como proveniente del futuro, que me había

telefoneado para transmitirme un mensaje difícil de recordar y de entender —«tose, tose, te hará bien»—, y también los remordimientos, porque sabía que al alejarme del hospital estaba traicionando la voluntad de la hombruna Gretchen.

Las sombras eran mis únicas amigas, estaba convencido de ello, así que las buscaba como los recién nacidos la leche materna, con ansiedad. «Las paredes y las sombras, esas son mis compañeras», me repetía dejándome llevar por la brisa caliente de la noche, casi tan surrealista como mis palabras.

Y descansaba en el peldaño de un portal para ordenar las ideas, pero qué ideas, tan pocas que enseguida me incorporaba.

Llegué a la conclusión de que el golpe del taxista había trastocado mi materia gris, igual que un ordenador se estropea si le cae agua. Esta conclusión fue todo un alivio, casi un milagro, pero no me llevó a una reflexión provechosa, sino que de repente, sin venir a cuento, rememoré un episodio de mi juventud que se me antojó equiparable al que estaba viviendo, porque reconocí en él una situación de desamparo semejante: Gretchen, a la que había conquistado un par de meses antes, bailaba desnuda y con el cuerpo pintado de rojo en imitación del cadáver de una virgen recién mordida por un vampiro, y yo estaba drogado o bebido, o ambas cosas. Me adentré en el salón de su casa y, dejándome llevar por la euforia de la fiesta, también me desnudé en medio de aquella discoteca improvisada donde las luces giratorias y de colores transformaban los libros de las paredes en ojos y bocas sonrientes. Entonces me di cuenta de que no era Gretchen sino su hermana mayor, Martina, quien danzaba con esos movimientos espasmódicos y que no estaba desnuda sino vestida con una malla de gimnasia que se le pegaba al cuerpo hasta confundirse con su piel.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó el hostil hermano de Gretchen, a mi espalda, agarrándome del cuello como si yo fuera un violador—. Os dije que en esta habitación no se podía entrar.

Y se terminó la música y quitaron las luces y me cubrí los genitales como pude, huyendo hacia el cuarto de baño, pero sin encontrarlo, palpando las paredes rugosas y las puertas frías del pasillo interminable a la búsqueda infructuosa de un refugio para mi vergüenza. Recuerdo, sobre todo, la irritante risa de Gretchen luego, cuando se lo conté, y aquella anécdota se desplegó ante mí con sorprendente viveza, como una película en la que yo me sentía tan solo y desamparado como en aquel momento.

En fin. Pese a todo, qué bien se veía la vida desde aquel peldaño. En aquel portal acogedor como un útero materno. Ah, el run run de la noche. Esa cosa agradable del viento que me llegaba al rostro ceñudo, esa sensación de que su caricia no cicatrizaba las heridas de mis peores recuerdos, pero sí las aliviaba. Qué descanso, en medio de una tormenta que estaba pronta para su agravamiento.

Tras haberme levantado del enésimo portal, me percaté de una carga inusual y de una música peculiar. Me detuve. En los bolsillos de mi chaqueta habían tintineado

algunos objetos que se me antojaron el timbre de una alarma escondida en el interior de mi corazón. Extraje del bolsillo derecho de la chaqueta a cuadros una argolla dorada con el escudo del Atlético de Madrid de la que colgaba un buen manojito de llaves, un mechero de la marca Zippo con el logotipo de Camel y un teléfono móvil marca Samsung, plateado y de pantalla reluciente. ¿Dónde había dejado mi teléfono? En el hospital, claro, con toda mi ropa. Saqué también una billetera negra, tan vistosa como todo lo demás. En su interior había un carné de identidad que tampoco era el mío, como es lógico, pero entonces me sorprendió mucho, y al desplegar la cartera en toda su longitud descubrí la bandera de España con el aguilucho pegada en el plástico protector de las tarjetas de crédito. Había tarjetas de todos los colores. Una platino, American Express, fue la que más me gustó. Muchas gracias, Gandhi, dije mirando hacia las estrellas. Sabía que en ese momento estaba haciendo el idiota, hasta ahí llegaba, que Gandhi no me podía escuchar, pero era una farsa que me salvaba del dolor. ¿Podrá quien quiera que lea esto comprenderlo? ¡Delhi, Delhi!, parecían cantar las sirenas policiales por la noche urbanita, alimentando mi superstición, y las ventanas de las casas, al iluminarse, eran como cuadros amarillos que mostraran ora los salones, ora las cocinas, como si la ciudad se hubiera transformado en una discoteca tan animada como mi corazón repentinamente ufano.

Telefoneé a Gretchen. Pero no fue ella quien contestó.

—Claro —me dije—, qué obtuso.

No estaba llamando desde mi teléfono móvil, sino desde un Samsung plateado que pertenecía a algún médico del hospital. La tal Gretchen tenía que ser una amiga del propietario del *smartphone*, qué casualidad que compartiera nombre con mi mujer, no tan habitual ni siquiera en Alemania. Me dio igual. Necesitaba serenarme y, para lograrlo, fingir que estaba hablando con mi Gretchen, incluso creérmelo.

—No me dejes ahora, Llamita, por favor. Compréndeme... Te amo demasiado.

—*Wer sind Sie? Wer sind Sie?* —me interpeló la otra Gretchen—. *Wo ist Salvador?*

Colgué.

Tuve que sortear a una muchedumbre que desahogaba su alegría con una parafernalia de cánticos y gestos tan envolvente como agresiva. La selección española de fútbol había ganado el Mundial, por eso tanto alboroto y tanta bandera. Dos o tres sujetos me abrazaron y me di cuenta de que era imposible escapar de la euforia general sin pagar un tributo en brincos, gritos y tragos a un litro de calimocho caldoso que pasó de mano en mano hasta llegar a mi boca. De pronto me vi saltando en un corro de cinco o seis personas.

En otro momento habría disfrutado mucho con aquella situación de fraternidad

sudorosa, pero esta vez yo solo era un espectador molesto, incluso timorato ante la evidencia de que aquellos rostros desencajados tenían escasa o nula correspondencia con mi estado de ánimo. Había en el aire una suerte de belicosidad hacia el diferente, latente y oculta si participabas de la celebración, pero palmaria si la veías desde fuera, como el extraño que yo era en aquel momento.

—¡Cabrón! —me gritó uno, o eso me pareció.

Por tanto, aunque el hotel Miguel Ángel se encontraba cerca y se podía caminar hasta él cuesta abajo, la multitudinaria y pegajosa celebración demoró mucho mi llegada. Pedí alojamiento a un recepcionista muy joven y con aspecto de novato, tan nervioso como los individuos del exterior. El chico me dio sin problemas la habitación. Fue un gran alivio. El rostro que me devolvió el espejo del vestíbulo me había hecho temer lo peor, porque la tensión era visible en mi mandíbula apretada y en mis ojos tan abiertos como ventanas cuyos cristales rotos dejaran ver un temor desnudo. Le entregué al chico la tarjeta platino y el DNI de la cartera negra de Calvin Klein casi temblando, pero él no se inmutó. Estaba más pendiente de las celebraciones de la calle que de mi comportamiento. Contemplé la foto del DNI cuando el mozo me lo devolvió: una cara en la que nunca me habría reconocido, mucho más ancha que la mía, muchísimo más. Vi que el chico apuntaba el nombre del documento sin ningún titubeo: Salvador Albo Pezuela.

«*Wo ist Salvador?*», recordé y comprendí.

—¿Perdón? —preguntó el botones.

—Nada, nada. Un suspiro.

La habitación era muy amplia y estaba muy bien, clásica, sin ambiciones posmodernas. Tenía un escritorio en cuero y madera, un cuarto de baño en mármol y, lo más importante, un mueble bar abastecido con todo lo necesario para mi bienestar. Me tomé, a puñados, los cacahuets y los anacardos, como si sufriera un ataque de bulimia. Me bebí dos cervezas y una botellita de brandy y las rellené con agua caliente, casi hirviendo, del grifo, y me sentí mejor, más tranquilo, después de lanzarme boca arriba sobre la cama y comprobar la solvencia del colchón.

En la ventana, tras abrir los visillos blancos, apareció la Castellana como un río alborotado de hombres rojos y abanderados.

Cerré el cristal doble y terminé con el ruido.

Mi ánimo hasta ese momento había estado más o menos a salvo del abatimiento, gracias seguramente a la aparente euforia de todo el mundo, pero entonces me fijé en el teléfono blanco de la habitación.

—Horror.

Intuí que alguien podía llamarme y hacerme sufrir otra vez con un mensaje confuso y doloroso, así que me arrojé sobre el aparato y marqué el número de recepción:

—Disculpe —jadeé desde el suelo—. Estoy en la habitación 34.

—Dígame, señor.



—¿Por qué me ha llamado así?

—Nosotros le llamamos como usted desee, caballero.

—En realidad, señor está bien.

Se hizo el silencio.

—¿Desea algo el señor?

—Que me ponga en contacto con la embajada de la India en Madrid.

—Ahora mismo, señor, permanezca a la espera.

—Eso haré, vasallo, pero no tarde.

El hilo musical estaba compuesto por una sucesión de toscas melodías que contenían narraciones muy pobres, cantadas por mujeres que desafinaban y hablaban de amor como si escupieran cubitos de hielo.

Al cabo de cuatro o cinco canciones, escuché la voz del recepcionista.

—Señor —me dijo—, ¿tiene bolígrafo?

—¿Debería?

—Bueno, es para que apunte el teléfono de la embajada.

—Ah, vale... Lo que no tengo es papel...

—Si puedo ayudarle en algo...

—Quite el hilo musical.

Me resultaba difícil escuchar mi propia voz, porque el ruido proveniente del pasillo aumentó tanto de volumen que tuve la sensación de tenerlo sobre la misma nuca.

—¿Señor?

—Perdone, usted no tiene la culpa —reconocí—. Voy a ver qué pasa...

Abrí la puerta. Tres hombres y una mujer, altos, guapos y rubicundos, corrían casi desnudos de una habitación a otra. Recordé varios libros sobre experiencias con extraterrestres en los que todos los entrevistados describían a esbeltos y atractivos humanoides.

—¿Qué quieres? —le dije a uno de ellos—. ¿Qué ocurre?

Mientras los tres varones risueños se perdían al final del pasillo, la fémina me hizo el gesto de que la siguiera.

—¿Eres tú la causante de mis problemas? ¿Qué quieres de mí?

Me adentré con ella en una habitación humosa, que olía a cannabis. Sin saber cómo, me vi con un porro gigantesco entre los dedos y fumé de él. Empecé a aceptar lo evidente: que la joven no era una alienígena, sino una humana de carne y hueso como yo. La chica se quitó el sujetador, la única prenda que le quedaba para estar completamente desnuda. Tiró de mi brazo y caí con ella sobre la cama matrimonial sin saber qué hacer, como si no pudiera comprender dónde me hallaba, si en el paraíso o en el infierno. Palpaba el cuerpo de la joven, sus pechos pequeños, sus pezones duros, su sexo depilado, y escuchaba su risa sin ver su rostro, enredado en la

blancura de las sábanas, extraviado en el desbarajuste de carne y olores.

No sabía si huir o besar aquella boca que se insinuaba con tanta sensualidad, no sabía si aceptar aquellas manos hábiles que me despojaban del pantalón.

Nos magreamos mucho, pero por poco tiempo.

Alguien tiró de mi tobillo sacándome a rastras del colchón y de mi placentero extravío. Ante mí, los tres hombres musculosos y desnudos me señalaban y se carcajaban de mi erección menguante. Recogí la ropa a toda prisa y me refugié en mi habitación con el corazón bombeando miedo.

El alboroto del pasillo continuó durante una hora, pero no volví a abrir la puerta, pese a lo bien que me había sentido con aquella mujer.

Escuché voces que se expresaban en español. Perteneían a media docena de malhumorados agentes de la policía nacional. Aporrearon las puertas de las habitaciones como médicos crueles en busca de niños enfermos, pero no tocaron la mía. Desde la ventana vi cómo los jóvenes, vestidos con el color naranja de la selección holandesa de fútbol, eran metidos en dos coches patrulla con las manos esposadas a la espalda.

Abrí el mueble bar y me serví un brandy.

Por la mañana, desperté en el hotel, pero no en la cama blanca y matrimonial, sino sobre la suave alfombra *beige*, muy agradable al tacto de las mejillas, más que algunas camas en las que descansamos Gretchen y yo durante nuestro viaje a la India. *Beige* también, la luz del día entró y se arrastró muy lentamente hasta tocarme la frente en primer lugar y luego, cuando volví a abrir los ojos, las narices: yo quería seguir durmiendo y así era imposible. Menuda resaca: me dolía mucho la cabeza.

Miré a mi alrededor: la habitación parecía haber sufrido el paso de un terremoto. La lámpara de la mesilla de noche, una bola de cristal reluciente, estaba hecha añicos en el suelo y muchos trozos cubiertos por espuma de afeitar.

Bajé a desayunar, pero evité el comedor del hotel, no desayunaría en aquel refectorio de lujo y tan poco acogedor, sino en la calle, en el primer bar que se pusiera en mi camino. Si en el hotel querían pedir cuentas a alguien, que se las pidieran al médico Salvador Albo Pezuela.

A mí no me volverían a ver.

Pedí unos churros en el bar, pero no tenían. Pedí unas porras y me dijeron que eran del día anterior. Pedí una palmera de chocolate y me la entregaron envuelta en un plástico, crujiente y pringosa. Pedí un café con leche y me lo sirvieron frío, como hacía mi abuela cuando se quedó ciega. Me sentí, lo juro, un niño, el niño que fui.

Encendí un cigarrillo para reprimir las ganas de protestar y me echaron cortésmente del bar —y eso que aún no había entrado en vigor la ley antitabaco—, lo que hizo que regresara al calor de la mañana con estupor. A lo lejos, el trasero apretado de una mujer se hundía en la boca del metro.

Compré un pasaje para la India en una agencia de viajes que se hallaba en un semisótano penumbroso y húmedo. Los pósteres de lejanos paraísos accesibles a cualquier bolsillo, con paisajes de playas que parecían diseñadas por Walt Disney, eran más un acicate para la vista de los tristes empleados que un reclamo comercial para los clientes, y apenas ocultaban la psoriasis de las paredes.

—Aquí tiene, don Salvador —me dijo la vendedora.

Simplemente me había propuesto una meta y la seguía para orillar mis verdaderos problemas, como si la India no fuera la luz al final del túnel, sino el túnel mismo que yo necesitaba para orientarme en el campo abierto e incomprensible. Y aunque una especie de eco lejano de la inteligencia me advertía de que mi plan de llegar a aquel país remoto no era la solución adecuada, que las huidas hacia delante pocas veces salen bien y, casi siempre, empeoran las situaciones de quienes, obtusos e infelices, las llevan a cabo, también algo me decía que viajar hacia atrás en el tiempo, y regresar a mi luna de miel, era una posibilidad no del todo vedada para mí.

Era consciente, y mucho, de que la tarjeta platino con que había pagado todo no era mía y que muy pronto su dueño, Salvador Albo Pezuela, la anularía y me quedaría sin fondos para moverme libremente por la ciudad. Tal vez, me dije, debería volver a casa y disimular, no solo no mencionar a Gretchen mis planes de viaje sino mostrarme casi invisible, lo más convencional que mi carácter prisionero pero decidido a emprender la gran aventura de una fuga carcelaria me permita. Pero también me aterraba la idea de regresar a casa y encontrarme a mi mujer convertida en un gigante de dos metros con espesa barba pelirroja y traje regional bávaro o, casi peor, camisa a cuadros de leñador.

Caminé sin tomar una decisión, tan cuesta abajo como pude, hasta que me encontré en el parque del Oeste cuando ya había anochecido y casi sin enterarme. Detrás de los árboles estaban las prostitutas, todas negras, esbeltas y deseables, exponiendo sus largas piernas brillantes y sus gruesos labios rojos como señuelos. Algunos coches paraban para recogerlas y luego se iban. Me tumbé en el césped húmedo, derrotado por un cansancio deprimente. Sobre los ojos tenía el ramaje de un cedro (¿lo era?) que me impedía ver la luna y cuya forma, para colmo, me recordó vagamente a un teléfono amenazante.

Moriré congelado sin recuperar la lucidez, pensé, moriré por no comprender bien mi situación, moriré con los dedos de los pies y de las manos amoratados sin que nadie sepa que quise e intenté redimir a mi verdadera personalidad de una cárcel del pensamiento. Moriré para no perjudicar a mi hija. Pobre, qué será de ella. Pero me aferré a la esperanza de que cuando amaneciera, los jardineros del parque se toparán

con mi cadáver sonriente (porque pensaba despedirme de la vida con una sonrisa ejemplar en los labios escarchados), y al hurgar en los bolsillos de mi chaqueta, encontrarían el pasaje a Nueva Delhi con un corazón dibujado con el tizne de un palo quemado que encontré a mi lado (solo tuve que alargar el brazo para cogerlo). De manera que cuando le mostraran a Gretchen aquel dibujo con su nombre y el de Anita en su interior, mi mujer, tan perspicaz, podría colegir que si yo me había dejado morir de frío en esa ladera era por la imposibilidad de recuperar la felicidad que un día nos unió y que siempre —al menos, simbólicamente— estaría con ella y con nuestra hija, que a esa hora ya debía de estar durmiendo, pobrecita.

Sobreviví, claro que sobreviví, era verano y aquello era un parque de Madrid, no la estepa siberiana. Muchos individuos, a medida que clareaba el alba, se fueron incorporando del césped húmedo y aparecían entre los árboles como zombis en busca de un hogar. Éramos casi un centenar. Nos levantábamos, qué remedio, al ser tocados por las porras con que la policía municipal nos animaba a despejar el parque. Aquellos tipos no eran amables.

—Esbirros —mascullé.

Por fortuna, no me oyeron.

Me tomaban por un borracho que había alargado demasiado tiempo la juerga tras la victoria española en el Mundial de fútbol. Ascendí el paseo Moret apremiado por los gritos de los policías, con miedo a ser golpeado por ellos, porque no desconocía que en aquel barrio, una mala imitación de París, vivían altos mandos del ejército y dirigentes de la banca española, lo que parecía alimentar el mal humor de los agentes. Entré en el metro como si lo hiciera en un refugio antiaéreo, o sería mejor decir un refugio antigolpes, y al salir, más de media hora después, me encontré en el aeropuerto de Barajas, en la Terminal 4, ese cobertizo amplio y luminoso lleno de vigas amarillas cuyo techo ondulante me provocó algo así como el vértigo de estar bajo un mar de astillas. Las pantallas anunciaban viajes a mil sitios, pero ningún vuelo con dirección a Nueva Delhi. Todos esos destinos representaban las múltiples oportunidades de una lucidez que jamás recuperaría por no viajar a la capital india ni a ningún otro lugar remoto.

Me dejé caer en uno de los asientos de plástico y comencé a imaginar un futuro aterrador en el que yo andaba solo por Madrid, lleno de remordimientos imposibles de digerir, más o menos alcoholizado y sin saber de mi hija ni de Gretchen.

Dios Santo, me dije, tengo que viajar muy lejos y saltar de la avioneta, hacer que el miedo o la adrenalina retoquen mi cerebro y así recuperar el sentido común. Sin embargo, pese a insistir mucho en ello, en todos los mostradores me dijeron que era imposible adelantar mi viaje a aquel día.

—Vaya desastre.

Volví a sentarme.

Vinieron a distraerme un gran número de adolescentes incapaces de formar una fila ordenada delante del mostrador de facturación. Los estuve observando un buen rato hasta que la curiosidad me hizo levantar del asiento. Me acerqué a la chica más guapa de todas, y le pregunté si por casualidad no se dirigirían a la India. A Roma, en viaje de fin de curso, respondió con una mueca que pretendió ser sonrisa.

Si no hubiera sido porque entonces padecía una incompetencia ambiciosa, que había multiplicado por dos mi natural timidez, habría intentado profundizar en la conversación. «Vais a la cuna de la civilización occidental», habría añadido, algún lugar común así, para que la chica pensara que yo era tan interesante como todos los adultos que alguna vez había respetado, pero mi inseguridad era tal, que me retiré cabizbajo hacia la primera cafetería que vi en la distancia con intención de tomarme algún bebedizo alcohólico que me levantara el ánimo. Uno se tira media vida peleando para aceptarse con todos sus defectos y limitaciones, y de repente un accidente le obliga a empezar de nuevo cuando con tanto esfuerzo había logrado mirarse en el espejo sin detestarse. Cuando por fin asimilas que nunca serás el jugador de fútbol que fuiste en el patio de recreo, aquel jugador admirado por todo el colegio, zas, una enfermedad te deja ciego en dos semanas. Cuando por fin asumes que no serás filólogo ni profesor de universidad ni rico ni siquiera un hombre medianamente conforme con su trabajo, zas, te hundes en no sabes qué confuso miedo que te impide comprender nada.

Pedí una copa.

Me complacía mucho ver mi rostro deformado por el relieve de los hielos. Los orientales meditan concentrándose en la respiración; yo me aseguraba de que el brandy se mantuviera quieto y me contagiara su calma.

Me terminé de dos tragos el primer brandy y el segundo y, como si tuviera virtudes analgésicas, pedí un tercero.

La camarera me lo dio de peor calidad, o tal vez muy aguado, porque al asomarme al vaso no encontré el reflejo de mi rostro como las veces precedentes. No solo no protesté, sino que hice lo imposible por demorar la consumición de la bebida. Me pareció que era la única manera de apaciguar la hostilidad de la camarera. Cuando reparé en mi teléfono móvil, tenía tres llamadas perdidas de Gretchen, pero no de mi Gretchen, sino de la otra, la amiga alemana del médico Salvador Albo Pezuela.

Una anciana se sentó a mi lado. Era una borracha que bebía pacharán, y se quejó con tremenda y contagiosa ira de la ingratitud de sus cinco hijos varones.

—Nada como los aeropuertos para beber —comentó—. Antes, los noctívagos de Madrid, la única gente decente del foro, terminábamos aquí a las mil. Tiempos mejores. El diablo es madrugador y ama las oficinas. Dios es un borracho. No te

engañen.

—¿Por qué dice eso?

—Porque Dios ama la vida y a los hombres. Más pacharán.

Mirando el vaso de la anciana, recordé mi primera curda seria, también con pacharán. O más que recordarla la reviví mientras la anciana me lanzaba su aliento y sus palabras disparatadas o amargas para decir que sus nietos eran todos bobos, salvo la menor, ninfómana y manirrota. Reviví aquella borrachera como si a veces pudiera relacionarme con quien una vez fui de tú a tú, en un alucinante viaje en el tiempo. Yo tenía catorce años y un amigo muy conflictivo que de vez en cuando sacaba por la ventana de su casa la escopeta de perdigones de su padre y disparaba a los gorriones y las palomas. Me dijo que un día le dio a un chaval en la mano. Y la vieja también me estaba dando en la mano, pero con sus uñas puntiagudas y azules:

—¿Me escuchas, nene? Todo nuevo día supone la muerte de los anteriores... Por eso el dolor de vivir... Toda experiencia nueva supone un cambio de perspectiva. Por eso la gente ama la rutina... Tienen miedo de cambiar de perspectiva. Piensan que consumiendo ya lo hacen, pero qué va, comprar no supone ningún riesgo... Es como esos escritores que ya solo releen... ¿Me entiendes? Sí, claro que entiendes. En la vida la relectura es siempre un fracaso... Tú estás cambiando de perspectiva, así que olvida los remordimientos y sé valiente... Eso es vivir como Dios manda... Afronta lo que has hecho y deja de huir. ¿Me estás escuchando? Disfruta de los conflictos, que son la salsa con la que Dios riega la vida.

—Vale, gracias por el consejo.

—Un recuerdo entrañable, dámelo.

—¿Un recuerdo?

—Sí, rápido: un recuerdo de la infancia. No me cuentes rollos de los tres reyes magos ni de Papá Noel. Nárrame un momento inolvidable con tus padres. Uno verdadero.

—Pues una vez estuve jugando con ellos a los perros... —dije, sacudido por la emoción—. Recuerdo que lo pasé muy bien... Ladrábamos. Mi padre hacía las veces de perro. Mi madre, de dueña... Yo también ladraba... Levanté la pierna derecha como si estuviera orinando junto a la cama. Les hizo mucha gracia.

—¿Jugabais con correa?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Teníais perro?

—No.

—Entonces, ¿por qué tenían la correa?

—Ni idea. Entré en su dormitorio, era por la mañana, muy temprano... No sé de dónde la sacaron. Mi padre estaba a cuatro patas haciendo el perro —me interrumpí. De pronto el recuerdo se tornó extraño. No lo comprendía bien.

—Y tu madre estaba vestida de cuero y con tacones de aguja, como si lo viera — se carcajeó la vieja—. ¡Ellos estaban a punto de echar un polvo y tu padre hacía de perrito y tu madre sostenía un látigo con la otra mano! ¿A que sí? Jajaja. El conocimiento cambia la perspectiva, te lo advertí... Eh, contéstame. ¿A que sí? Y entonces entró su niño y tuvieron que improvisar un juego llenos de vergüenza, jajaja... Cambio de perspectiva. ¿A que ahora ves las cosas de otra forma? ¡Eso es vivir! Ser consciente de los cambios de perspectiva, asumirlos, y tirar para adelante... ¿O te crees que una vieja como yo no se da cuenta de muchas cosas?

—Me da igual.

No estaba dispuesto a seguir alimentando su monserga atrabiliaria y burlesca, así que miré para otro lado con el gesto ostensible del desinterés.

La anciana, por fin, se fue a abrumar con su discurso a otro cliente de aquel mostrador circular, y lo celebré con el sexto brandy.

Cuando pedí el séptimo, tuve ganas de estrellar mi frente contra alguna pared o algún guardia civil, uno de esos que de tanto en tanto asomaba desde la oficina cercana para vigilar nuestro comportamiento, el de los borrachos de aquella barra. Pero no hay nada más frustrante que desear de adulto lo que ni siquiera está permitido a los niños. En cuanto vislumbré la pechera verde, cambié de trayectoria y me desvié hacia unos hombres que llevaban turbantes rojizos, debían de ser sijs o algo similar. Debían de venir de la India. Recordé, con la misma viveza con que había rememorado aquel episodio de mi adolescencia, mi luna de miel. La India era un lugar idílico impregnado de una luz naranja, pero solo en las fotos de los catálogos turísticos, porque en realidad allí todo era miseria y mugre y molesto deslumbre del sol, un país abarrotado de tullidos que para colmo eran mendigos como la anciana borracha; había gente bañándose en el Ganges, un río ancho y cenagoso por el que —nos dijo un australiano encantador y yonqui— en ocasiones bajaban cadáveres de vacas medio calcinados.

—Pero qué buen recuerdo tengo de aquella época —balbuceé, consciente de que mi ebriedad era escandalosa—. Faltó el salto, el maldito salto fastidió los dos últimos días...

—Me parece muy bien, amigo, pero es hora de regresar a casa y dormir la mona —repuso un guardia civil.

—Estábamos tan unidos, Gretchen y yo... No como ahora... Siento envidia de mí mismo... —le dije al agente que con amable autoritarismo me acompañó hacia el suburbano—. Envidia, sí, lo que mueve el mundo... Los celos... El motor de la historia... La lucha de clases, que diría un rojo...

—Porque ha ganado España, que si no ya estabas en el calabozo —me dijo dándome una colleja—. Venga, anda, a dormir.

Llegué a casa con una media resaca después de un viaje en metro muy largo, durante el que me confundí en varias ocasiones de línea y dirección, como si hubiera recorrido físicamente el laberinto de mi propio cerebro. Gretchen me dijo que había estado muy inquieta, preocupadísima por mí, que había llamado a la policía para que averiguara mi paradero, pero esta le había dicho que yo era un adulto y tenía derecho a hacer lo que me viniera en gana, más aún después de «lo del Mundial».

Toqué su rostro: suave.

Apartándola de mi camino, me adentré en la habitación de la niña para contemplar su sueño. Comprobar que tampoco tenía bigote me alivió muchísimo. Debían de ser las once de la noche. Me serví un brandy en la cocina para ahuyentar la resaca renovando la ebriedad y, así, fingir mejor ánimo delante de mi mujer.

—¿Qué haces? —me preguntó ella, arrebatándome la copa—, ya estás suficientemente borracho.

Gretchen me perseguía por la casa como una sombra llena de reproches. Tampoco sé muy bien qué pretendía yo, solo que actuaba como si fuera a la caza de un individuo escondido en algún rincón. Fui al cuarto de baño y, después de expulsar sobre el váter el alcohol de mi estómago con estrepitosas convulsiones guturales, me limpié la boca con papel higiénico y agua del grifo y, lo más importante, agarré la escobilla del inodoro para enarbolarla como si fuera una espada bien afilada.

—Si el imbécil ese sigue aquí, no respondo de mis actos. Esto pasa de castaño oscuro.

Gretchen marcó varias teclas de su teléfono móvil.

—Tienes que ver a Leonardo urgentemente, por favor, Andrés... Tienes que hacerle una visita.

—No tengo que ver a nadie —le arrebaté el aparato—. Solo quiero descansar.

—Pero ¿qué has estado haciendo estos días, Pir?, ¿dónde has ido?, ¿qué haces con la escobilla? Por favor, me estás dando miedo.

La devolví a su sitio, la escobilla, y fui a por un cuchillo dentado que extraje de su soporte de madera.

—Cosas que tú nunca entenderías —saqué de la chaqueta el billete de avión y me lo volví a guardar.

—¿Qué es eso? ¿Por qué has cogido ahora ese cuchillo? ¿De dónde has sacado ese traje? Andrés...

—Es de un tal Salvador no sé qué... Y ahora, si no te importa, voy a acostarme.

Guardé el cuchillo y el billete en la mesilla de noche. Pasaron dos o tres minutos y el teléfono fijo sonó. Quise levantarme para desenchufarlo, pero no me atreví. No quería vomitar ni tropezar y tanto mi estómago como mis piernas parecían dispuestos a traicionarme.

Escuché cómo Gretchen contestaba.

Colgó y suspiré.

Haciéndome el dormido, percibí cómo se tumbaba a mi lado: su presencia me



proporcionó calor y cierta serenidad.

—¿Dónde has estado? —me susurró—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué estás así, Pir?

—¿Quién ha llamado, Llamita?

—La vecina... Está peor que nunca... Tu problema no tendrá que ver con ella, ¿verdad, Andrés?

—Mi problema es muy complejo.

—¿Qué te ocurre? ¿Me lo vas a contar?

—He recordado nuestra luna de miel en la India... Fue un viaje hermoso, ¿verdad?

—Sí, pero ¿dónde has ido?

—No sé, no sé y no sé. ¡No sé!

—¿Por qué gritas?

—Es lo único que puedo hacer, amor mío. ¡No sé por qué!

Por la mañana, tomé los ansiolíticos que me dio Gretchen, pero rehusé obedecerla: por favor, baja la taza del váter. No lo hacía. Aunque sabía que ella estaba sufriendo mucho, me dominaba un rencor invencible, como si le recriminara su impericia para hacerme compañía en el trance durísimo por el que estaba pasando.

—Por favor, apaga la tele.

No lo hice.

Hacía lo que me daba la gana, no lo que ella me ordenaba. No usaba la violencia física o verbal en mi defensa, pero tampoco me mostraba obediente. Era como si hubiera estado un tiempo trabajando en la inicua Sudáfrica de la segregación racial, igual que mi admirado Gandhi, y también luchado a favor de los indios discriminados. Era como si de esa experiencia hubiera aprendido a manejarme con diligencia por la vida, a resistir las agresiones de las que cotidianamente era víctima solo por el color de mi humor, negro, negrísimo, y la mirada torcida de mi intelecto. Así que Gretchen, germánica de corazón, no tenía nada que hacer contra mí, hindú de cabeza. El domingo, en la comida, me preguntó qué tal estaba el puré.

—Bah.

Me preguntó si quería más agua.

—Vino, como tú.

Me dijo que no podía, que estaba tomando medicación.

—No porque yo lo desee.

Me dijo que era porque lo necesitaba, que la necesidad casi nunca concordaba con el deseo. Le dije que durante la época del Bapu Gandhi las mujeres no mandaban tanto.

—Calla y come.

Entonces me quedé quieto. El teléfono estaba sonando.

—¿Qué te pasa?

Sin violencia, sin armas, sin insultos, sin transgredir ninguna de las enseñanzas pacifistas del Bapu dejé caer suavemente mi rostro sobre el plato de puré de patata y, bien sumergido allí, soplé todo lo que pude, de manera que la sustancia salpicó mi cuello y mis orejas, incluso mis hombros, en sucesivas ráfagas de calor. Nunca había realizado una acción de resistencia más eficaz en toda mi vida, porque Gretchen me gritó que por favor lo dejara, que ya era suficiente. Alcé el rostro, pero el teléfono seguía sonando.

Ella descolgó.

Y acto seguido agarré el vaso de agua y lo puse bocabajo sobre mi cabeza, de modo que el líquido más o menos frío contrarrestó el calor del puré. Gretchen me miraba con la boca tan abierta que se le veían las muelas, pero no depositó el auricular en su sitio como yo quería. Cogí los dos filetes empanados de la fuente plateada y, lejos de meterlos entre los labios alerta de Gretchen (los cerró a tiempo), me los encajé en los sobacos.

—Qué calentitos están, madre mía —constaté con cierto dolor—, bastante más que el puré.

—Se acabó —dijo Gretchen y empezó a recoger la vajilla de la mesa—. Ya está bien de tanta estupidez.

Le temblaba todo, los párpados, las aletas de la nariz y las manos, pero cómo explicarle que aquella protesta no iba dirigida contra ella sino contra quien quiera que me estuviera telefoneando. Como colofón sorpresivo, mi rostro perplejo recibió una bofetada fuerte, sonora, casi placentera para un individuo propenso a la culpa como yo.

—¡Otra, por favor! —le grité—, ¡te lo estoy diciendo en serio! ¡Otra!

Pero se encerró en el dormitorio con un portazo que para colmo despertó a la niña, y el llanto de la pequeña me hizo comprender que ella era la víctima principal de aquel desbarajuste.

Los ojos se me abrieron solos y encontré una oscuridad que me hablaba de una noche silenciosa que podría ser perturbada por el teléfono al acecho y que me dejaba poca capacidad de acción, salvo la ya consabida de navegar por Internet en busca de vídeos sobre mundos estrambóticos y lejanos, como la India. Una oscuridad que me informaba, en definitiva, de que debía permanecer en la cama y dormir hasta que mi piel descubriera otra cosa: la caricia del sol. Y, entonces, me sobresaltó una ausencia, un hueco en la cama. Me asomé al salón y sorprendí a Gretchen ovillada en una esquina del sofá. Estaba llorando como Anita por la tarde, igual que una niña, con su cuerpo tembloroso aferrado al cojín bordado.

El doctor me llamaba por mi nombre de pila, como si me conociera de toda la vida, cuánta teatralidad, qué inmerecida amabilidad la que recibía de aquel narciso que se contempló en el reflejo de la ventana entornada antes de tomar asiento tras su escritorio. Su enfermera era menos guapa, pero mucho más atractiva que él y hablaba como si deseara realizar un *striptease* en el despacho decorado con dos estanterías funcionales que sostenían enciclopedias de psiquiatría y psicoanálisis, con diplomas profesionales y una fotografía enorme, supuestamente artística, de un cerebro asqueroso. El doctor le pidió a Gretchen con una complicidad sospechosa que, por favor, esperara en el vestíbulo, que «esto» teníamos que resolverlo entre él y yo.

En cuanto escuchamos el cierre de la puerta, señal de que Gretchen acababa de abandonar la habitación, el tipo se inclinó sobre su macizo escritorio de caoba y sonrió demostrando que sus dientes eran menos brillantes que el barniz de la madera. Todo él, de hecho, resultaba bastante menos perfecto con aquel segundo vistazo y detrás de la barbilla le colgaba una papada que me recordó a una bolsa arrugada.

—Vamos a ver, Andrés —me dijo—, ¿qué te pasa?

—No sé, ¿qué es lo que me pasa?

—¿De verdad necesitas que te lo diga?

—No me vendría mal.

—Estás muy estresado últimamente, ¿o no?

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Eso digo yo, Andrés, eso digo yo... —repuso con un tono pausado pero extrañamente agresivo—. No está bien lo que le estás haciendo a Gretchen. Y conmigo, tonterías las justas, ya lo sabes.

—¿Es usted psiquiatra o instructor de la Legión?

Mi comentario le hizo retroceder en el asiento. Probablemente estaba acostumbrado a pagar la sumisión y el respeto de sus pacientes con la displicencia propia de quien se cree por encima de los demás. Eso pensé en aquel momento.

Recuperó el tono más educado, aunque sin dejar de tutearme.

—Tu conducta no tendría nada de malo si te permitiera llevar una vida normal y corriente, si te permitiera trabajar, ganar dinero para contribuir al presupuesto familiar... Ser decente, vamos.

—Ser decente para la sociedad, para los bancos...

—¿Y esa retórica pueril?

—¿Qué retórica? —Miré a mi alrededor como buscando un fantasma.

—Si te permitiera comer con normalidad sin encajarte filetes empanados en las axilas...

—Y no tiene usted ni la menor idea de lo calientes que estaban.

—... Ir al hospital y no desaparecer durante horas con la excusa de que te quieres exiliar a la India... Etcétera, etcétera, etcétera.

—Qué informado está usted de mi vida, doctor, es increíble.

—Si te permitiera reprimir ese comportamiento anómalo que tiene tan jodidas a Gretchen y a tu hija...

—Eso es un golpe bajo. No se lo tolero... No sé de qué me habla y su tono me parece insultante... Me encajé los filetes para vivir una experiencia nueva que me diera un cambio de perspectiva...

—¿De qué estás hablando?

—Meter la nariz en el puré cambia la perspectiva, abre campo... Añade a tu experiencia un dato nuevo de la realidad, extravagante tal vez, pero conocimiento al fin y al cabo... Esa vieja, a la que traté con tanto desprecio en el aeropuerto, es la única persona en todo este tiempo que me ha dado una clave de lo que me podría estar pasando: un cambio de perspectiva radical provocado por unos acontecimientos que no sé cuáles son...

—¿Qué te impide saberlo?

—Ojalá lo supiera.

—No me tomes el pelo, Andrés; a mí, no.

—Deme un recuerdo al lado de sus progenitores —le pedí al doctor—, un recuerdo entrañable, auténtico. El pájaro solo toma conciencia de la importancia de sus alas cuando se las cortan.

—¿Quién corta las alas a los pájaros, Andrés?

—En fin, es una forma de hablar: el pez solo sabe lo que es el agua cuando lo sacan de ella, quiero decir. O lo que es lo mismo, un niño piensa que la primera comunión es algo natural en la vida, una etapa tan obligatoria como cumplir años, pero luego llega a adulto y se da cuenta de que es un rito de iniciación en la Iglesia católica, entonces, cambia de perspectiva... ¿Me explico? Entonces decide que sus padres fueron imbéciles o no, que estuvo bien haber hecho la primera comunión o no... Por eso, déjeme un recuerdo, por favor, doctor. Un recuerdo de su infancia. Y no me cuente rollos de los tres reyes magos o de Papá Noel.

—Está bien, Andrés. Veamos. De niño me gustaba mucho comer un plato que preparaba mi madre... Igual que ahora... Pero recuerdo especialmente un día... Cumplí diez años y ella me preparó este plato después de decirme que íbamos a comer acelgas.

—¿Qué plato?

—Un *Schweinshaxe*, codillo de cerdo típico de Baviera.

—Ya... Seguro que la cosa esa, el codillo, a usted le gustaba de manera más o menos inocente, porque usted era un niño. Pero, tal vez, sus padres lo preparaban en honor de algún antepasado que estuvo enrolado en las SS... O que trabajó en Auschwitz exterminando a los judíos y demás razas «inferiores»... —Hice el gesto de las comillas con los dedos—. De manera que ahora, cuando eche usted la vista atrás, se dará cuenta del repulsivo acto de comer codillo, cosa en la que antes no había reparado, y su recuerdo se verá enturbiado por el conocimiento de saber que

está usted contribuyendo a la memoria de los nazis.

—Si lo que quieres es irritarme, no lo vas a conseguir, Andrés. Se lo he prometido a Gretchen.

—No pretendo irritarle... A lo mejor no es muy acertado el ejemplo, pero no se me ha ocurrido otro. Es una pura hipótesis... Tiene usted que abstraerse del caso concreto. Solo pretendo ilustrar la teoría que me apuntó la vieja del aeropuerto... Hacerle ver que probablemente a mí me está pasando eso... Algo me ha hecho cambiar de perspectiva, tal vez una experiencia nueva, distinta, estrambótica, que no recuerdo...

El psiquiatra se retrepó en la butaca por toda respuesta. Parecía impaciente.

El escritorio había dejado una marca horizontal en su corbata negra de flores blancas, marca Ermenegildo Zegna, según pude ver.

—¿Una experiencia con mujeres? —preguntó.

—Una experiencia rara, más bien, incomprendible, no sé, futuriza.

El doctor frunció ligeramente el ceño —ese lenguaje óptimo— como si estuviera en la playa y quisiera columbrar en el horizonte un barquito de vela. Eso es: me miraba como si por mi frente navegara un minúsculo velero. Soplé para que el barquito avanzara más rápido y mi flequillo bailó hasta que el doctor volvió a hablar:

—Tú eras un tipo peculiar, pero más o menos sensato, con inquietudes culturales, interesado en Gandhi, lector de ciencia ficción, pero no me hables de una experiencia rara ni de rollos futuristas o futurizos, por favor, Andrés.

—¿Por qué no?

—Porque nos conocemos muy bien y puedes expresarte con más concreción.

—Yo a usted no le conozco de nada.

—Mira, tu comportamiento insólito puede ser el disfraz más o menos histriónico que te pones para eludir una situación de intenso dolor... Tal vez el cambio de perspectiva del que me hablas... Ahora hay que averiguar qué situación es esa. Pero para eso tienes que colaborar y ser sincero, ¿de acuerdo?

Me sorprendió aquella demostración de perspicacia del doctor y creo que él lo notó, porque acarició el nudo de su corbata con aparente satisfacción.

—Veamos —prosiguió—, quiero que te concentres en las dos figuras de papel que tengo sobre la mesa.

El doctor alzó dos recortables de cartón y yo asentí.

—Mira —dijo—, la de la izquierda, como puedes ver, representa a una mujer; tiene pecho, caderas y pelo largo. El recortable de mi mano derecha, sin embargo, es un varón: pelo corto y un apéndice entre las piernas.

—Qué pareja más bien avenida. ¿Son de raza aria?

—¿Has comprendido lo que te he dicho?

—Sí, claro. Dos recortables. Un hombre y una mujer de raza aria.

—Déjalo ya, Andrés. No tiene gracia.

Parecía que el médico, en contra de lo que había presumido, iba a indagar en el

motivo de mi perdición sin usar más tiempo su característica agresividad, así que suspiré con alivio.

—Supongamos que la figura que representa a la hembra fuera Gretchen —me dijo— y la del varón, un extraño.

—Supongamos.

—Los voy acercando poco a poco, ¿cómo te sientes?

—Perfectamente.

—Supongamos que se besan. ¿Cómo lo ves?

—Mal.

De pronto imaginé que el recortable femenino era el ornitorrinco y el otro, Gretchen. Lo imaginé con una intensidad tan verosímil que tuve que palpar el cartón para regresar de aquella alucinación.

—Ya —asintió el doctor—. Pues no se están dando un beso en la mejilla, sino en la boca... Y con pasión, con lengua, todo eso. Con morbo, con afán lúbrico...

—¿Adónde quiere llegar?

—Al origen de tu estrés... ¿No será tu comportamiento el reflejo de una protesta que deseas hacer efectiva y no sabes cómo, Andrés?

Me levanté de la silla y todos los diplomas de las paredes bailaron ante mis ojos de arriba abajo. El cerebro del cuadro pareció salirse del marco. Fui directo al cuarto de baño con el doctor gritando no sé qué a mi espalda. Al cruzar la sala de espera, Gretchen alzó la mirada de la revista del corazón, pero apenas vislumbré el esbozo facial de su asombro antes de encerrarme en el aseo con un portazo.

Me mojé el rostro y la nuca con el agua fría del grifo. Maldito médico, pensé, hasta en el cuarto de baño tiene diplomas. A ver si va a ser verdad lo que dice y por eso estoy perdiendo el juicio. Las lágrimas tiraron de mi frente hacia el lavabo, como si tuvieran un peso tan simbólico como real, y me apoyé en la porcelana dejando correr el agua.

Tocaron a la puerta, y se abrió: era el doctor.

—¿Has terminado ya?

—¿Cuánto le cobra a mi mujer por esta tortura?

—Nada. El dinero debería cobrártelo a ti. No le des importancia a lo que te acabo de decir. Solo buscaba una respuesta emocional —su gesto era de desgana, aunque se le notaba satisfecho—. ¿Puedes regresar al despacho, por favor?

—Sus métodos son nazis.

Me agarró del cuello y me empujó contra la pared con incomprensible violencia.

—Ni una broma con eso, ¿entendido? Ni una puta broma más con eso.

Gretchen me pidió que, por favor, no hablara de India ni de «nada raro» delante de sus padres, y obedecí, claro, pero lo hice como un vampiro rencoroso con ganas de saltar a la mínima oportunidad sobre el cuello de la realidad, morderla y sorber todo su aire como si fuera deliciosa sangre que dejara al descubierto la aventura amorosa de mi mujer con otro hombre.

Nada como la soledad, es decir, la imposibilidad de compartir los problemas con alguien, para descubrir cabalmente que la realidad no es más que una convención vacía y más o menos feliz o sórdida, dependiendo del éxito material de quien la disfrute o sufra, pero también de lo dispuesto que uno esté a mirar para otro lado cuando las cosas se tuercen.

Mi hija jugaba con sus primos. Mi hija imitaba lo que veía en la televisión, tan sedante, y poco a poco yo me olvidaba de mi desgracia y lograba superar las dudas personales sobre mi capacidad para disimular mi malestar y comportarme como Gretchen quería delante de mis suegros.

Así que, mientras mis familiares políticos tomaban asiento en torno a la mesa ovalada y caoba, mientras ellos reían y se llenaban la boca con todas las grasas animales y vegetales del mercado, desde las del codillo hasta las del turrón blando de Jijona que —no sin sufrir burlas— yo había comprado en pleno verano, sonó el teléfono. Intuí que era para mí. Respondió mi suegra con su intimidante deje alemán.

—No nos interesa, gracias.

Colgó con un golpe de autoridad. Un mosquito rojo pareció atravesar el salón de un extremo a otro, pero me froté los ojos y desapareció.

Por si acaso, me tomé dos ansiolíticos en la cocina.

Y me dije: tengo que obedecer a mi instinto, y pensar con libertad verdadera, sin restricciones, es decir, sin palabras con significados inmutables. Me parecía intuir que esa era la encomienda del extraño mensaje que alguien me había transmitido por teléfono tras la agresión del taxista —«tose, tose, te hará bien»— y, por tanto, por ahí debía de estar mi curación y no en seguir las reconvenciones odiosas del aborrecible psiquiatra. El ansiolítico me había proporcionado una serenidad muy agradable, pero parcial o solo emocional, porque mi cerebro era una caldera en la que aún borbotaban demasiadas ocurrencias. De modo que, frente al sinsentido de encorsetar el pensamiento con palabras dictadas por diccionarios que nunca habían sufrido una revolución digna de tal nombre, y por tanto digna de perder hasta su nombre, o sea, verdadera, yo opté por pensar de una manera que se me antojó necesaria en tanto subversiva. Tosí, como si cada tos fuera una palabra nueva. Cof, cof. Sabía perfectamente que mi actitud podría provocar la incomodidad de mis familiares políticos y así fue, en aquel momento la mayoría de ellos me miró con expresión de contrariedad.

—¿Estás bien, Andrés?

—Sí, no os preocupéis.

Mi situación personal había abierto un abismo ya infranqueable entre nosotros.

Mientras ellos se llenaban los dedos del pringue que desprendía el codillo bávaro Schweinshaxe —el mismo, curiosamente, que añoraba el violento psiquiatra—, mientras hablaban del presidente del gobierno y del líder de la oposición con irreprochable indignación, yo intenté dar satisfacción a mi instinto: cof, cof. Pero lo hacía en voz baja para no molestarles demasiado, como recitando una letanía subrepticia que tampoco interrumpí cuando mi suegra sopló las velas de la tarta y sobre la mesa flotó el cumpleaños feliz en desafinada comunión de voces.

—Anita se ha hecho caca, ¿puedes cambiarla, por favor? —me dijo Gretchen.

Seguramente no desconocía que en mi fuero interno estaba empleando palabras que se salían de la dictadura de los significantes y los significados convencionales, pues su petición vino a romper mi concentración.

—Joder.

Tuve la sensación de que todos me escrutaban en exceso mientras me levantaba de la mesa. De pronto, les interesaba yo más que el presidente del gobierno o, cosa rarísima, la triunfante selección española de fútbol. Aupé a la niña y me la llevé a la habitación contigua. La tumbé sobre la colcha de flores, pero la intuición de una presencia vigilante me hizo volver la cara. Allí, en el umbral de la puerta, estaba el aborrecible psiquiatra, risueño y altanero, con semblante y aspecto de brigada de las SS, similares, muy similares a los del abuelo de Gretchen, a quien descubrí un día vestido con uniforme nacionalsocialista en un álbum familiar escondido en la parte baja de la estantería del dormitorio de mis suegros.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté, tragando saliva, asustado como si de pronto me diera cuenta de que el codillo bávaro era una ominosa coincidencia que no presagiaba nada bueno.

—Lo mismo que tú...

Era notorio que Gretchen no se fiaba de mí. (Tampoco yo de ella, la verdad). Disimulé mi decepción. Y confirmé que el hedor nunca engaña: al abrirlo como una flor, el pañal de mi hija mostró un polen de excrementos, similar en colorido y textura a la deliciosa tarta nórdica, de chocolate y dulce de leche, que acabábamos de deglutir en honor a mi suegra. Víctima de tamaña paradoja, aproveché el momento para caer en la tentación revolucionaria y volví a forzar la tos, pero me salió un gallo bastante cómico.

La niña trató de repetir el sonido y pataleó con alegría.

Gretchen apareció y, al ver que Anita se estaba riendo, ella también lo hizo.

Ambas reían.

Fue un alivio para mi soledad, como si un carcelero me dejara recibir una visita muy querida y emocionante cuando menos la esperaba.



Tras aquella cena, Gretchen se empeñó en que debía recuperar mi puesto de trabajo. Ella quería creer que con pastillas podría reintegrarme en la empresa, que poco a poco volvería a ser quien una vez fui: un hombre algo peculiar, pero sensato y cordial, decía. Según el testimonio del psiquiatra nacionalsocialista, mi comportamiento durante la velada no había sido del todo reprochable.

Pero el ornotorrinco era un tipo detestable. A mí me molestaba mucho que sus dedos escuálidos de uñas tan cuidadas se hundieran en los bucles rubios de mi hija, que Gretchen le sirviera un gin tonic delante de mí y que me pidiera que tomara asiento a su lado, a mí me molestaba mucho todo eso pero la contención verbal recobrada con las pastillas, tan poco transparente, me impedía manifestar mi disconformidad en voz alta. Y me tragaba mis sospechas de una relación amorosa entre ellos rezando mi mantra personal y revolucionario mediante una suerte de tos impostada: cof, cof.

Las voces del ornotorrinco y Gretchen se mezclaban en el salón como lenguas, pero intercambiando papeles, como si ella fuera el hombre y él la mujer, y yo tosía delante de mi hija dormida para darme ánimos y aparecer ante ellos con el mejor talante.

La respiración de la pequeña, tan suave, casaba bien con aquel momento, la hora de la siesta, la mejor y más amable del día si no fuera por la presencia del ornotorrinco en casa. Suave también, pero ronca como una máquina de batidos recién esquilada, así debió de sonar mi tos cuando me despedí de la niña con otra oleada de palabras subversivas:

—Cof, cof, cof.

—Voy a bajar la basura —le dije a Gretchen al salir del dormitorio. Y ella no respondió. Llevaba un elegante vestido negro. Y se estaba riendo con el individuo narizotas en cuya presencia parecía recuperar, como por ensalmo, su sonrisa, su curiosidad y su esbeltez juveniles. Como si mudara de aspecto y volviera a ser la bella y discreta Gretchen que me enamoró.

—Ni hablar —me dije—. Mi sitio está en casa. No se lo voy a poner tan fácil a ese tipo...

Regresé antes de que llegara el ascensor y dejé la bolsa con desperdicios orgánicos en su cubo negro, bajo el fregadero, en el hueco abierto desde que se descolgó la puerta que nunca repuse. Me estaba lavando las manos en el lavabo y apareció él.

—No, querido, no —me dijo.

—¿No qué? —Cerré el grifo.

—No te la mereces...

Y soltó una carcajada larga y femenina en celebración de mi desconcierto.

Por la noche, Gretchen me reprochó no haber hecho nada por agradar al

ornitorrinco, quien, según ella, había tenido la deferencia de visitarnos. Su voz era de mujer.

—Le odio, Gretchen —mascullé—. Es un imbécil. Y tú también deberías saberlo.

—Lo que me insinuó el otro día es demasiado doloroso... Quiero confirmar si es verdad o mentira. Si es verdad, tengo que poner las cartas boca arriba delante de mi mujer... Por duro que sea.

El doctor asintió mirándome con su particular altanería.

—Pero ¿es verdad? —insistí.

Tardó en responder. Me pareció, de nuevo, un individuo turbio, antipático y muy competitivo; seguro que hasta competía con su hijo en algún juego de guerra de la *play station*.

—Era solo una forma de hacerte comprender hacia dónde caminas si no rectificas... —dijo con una media sonrisa, como si disfrutara de mi preocupación—. Hablemos de otra cosa, si quieres, de tu trabajo, por ejemplo. Una empresa de *vending*, ¿verdad?

—Eso es, *vending*. ¿Qué quiere usted saber de ella?

Nos interrumpió un timbre. El doctor se palpó la bata, pero era mi móvil el que estaba sonando.

—¿Lo cojo?

—Adelante.

No era Gretchen, ni mi madre, ni nadie de mi familia quien deseaba hablar conmigo. Lo supe al abrir los ojos. Me había desmayado.

«Te mueves en el espacio», recordé aquella voz inefable, que parecía estar hecha de frío. «Pero también en el tiempo... No puedes huir de los mosquitos».

—¿Estás bien? —me preguntó el psiquiatra, mientras me ayudaba a regresar a la butaca con la colaboración de su sensual enfermera—. ¿Estás bien, Andrés?

Respiré hondo. Por primera vez parecía preocupado por mi situación.

—¿Qué te ha sucedido?

Me llevé las manos a la nuca.

—No me haga preguntas, por favor, doctor... ¡Ni yo mismo lo sé!

Mantuve los dientes y las muelas apretadas para que los mosquitos de colores que volaban a mi alrededor no tocaran mi boca, los muy impertinentes. Los seguía con la mirada, y ellos revoloteaban enloquecidos como una maraña de puntos, chocando a veces para reanudar una trayectoria imprevisible.

—¿Qué narices estás haciendo?

—¿Usted no los ve? —respondí sin abrir demasiado la boca.

Veía macetas, el cuadro del cerebro, libros, el escote jugoso de la enfermera o los brazos cruzados del psiquiatra girar a mi alrededor como las piezas desordenadas de un puzzle.

El doctor me dijo que solo hablaría conmigo cuando cesara el movimiento de mi cabeza. Tuve que cerrar los ojos, porque muchos mosquitos se posaron en mi rostro atraídos por la quietud con la que obedecí la orden implícita del psiquiatra.

Escuché su voz de barítono con los ojos y la boca cerrados.

—Andrés, por favor, cálmate... Respira hondo.

—No puedo —me llevé las manos a las sienes.

—Está bien... Tranquilo... No pasa nada... Háblame de la empresa de *vending*...

—Vendía máquinas de batidos de varios sabores a empresas de la capital y del noroeste de la provincia... Mi puesto: subdirector comercial, pero éramos cuatro gatos, así que me encargaba un poco de todo. A veces traducía los folletos que nos enviaban desde Londres, donde está la empresa franquiciadora...

—Ah, interesante y bastante coherente. Sigue, por favor. Lo estás haciendo muy bien.

—Lo siento, doctor, yo ya no puedo más —le dije, bajando el rostro hasta ocultarlo entre las rodillas—, estos mosquitos son insoportables.

Agachado, salí del despacho y me refugié en el cuarto de baño, echando el pestillo. Me despojé de la ropa como si estuviera en llamas, con mucha brusquedad para que los mosquitos de colores se alejaran de mi cuerpo. Eran insectos que se empeñaban en aterrizar en mi boca. Intenté cubrirme con el papel higiénico para parecerme a Mahatma Gandhi, y organizar un teatrillo frente al médico, Mahatma Gandhi, sí, que vivió con enorme dignidad en un país repleto de mosquitos, qué casualidad. Mahatma Gandhi para distraerme de mí mismo, como si una locura voluntaria, provocada por mi histrionismo, pudiera solapar la otra, intrusa, verdadera y preocupante, y así derrotarla.

¿Podrá alguien comprenderlo?

Madre mía, cómo aporreaba el doctor la puerta, él que parecía tan seguro de sí mismo, él que impresionaba por su autoconfianza. No, el papel higiénico no era adecuado para disfrazarse del Bapu. Se rompía con facilidad y carecía de la anchura suficiente para esconder algunas partes de mi cuerpo. Lo arrojé al suelo. Era mejor utilizar las cortinas blancas de la bañera. Tiré de ellas provocando su caída, la mía y también la de los rieles, cuya colisión contra el bidé fue escandalosa.

—¿Qué ha sido eso? —gritó el doctor—. ¡Abre inmediatamente, por favor!

Sentí la aspereza de aquella tela sobre mi cuerpo mientras fuera los gritos del doctor alcanzaban su máximo esplendor.

—Ya está —le dije nada más abrir la puerta disfrazado de Gandhi—, ya se han ido los dichosos mosquitos.

El psiquiatra tenía los ojos muy abiertos y su frente parecía un muestrario de perlas de sudor. Las había de distintos tamaños y algunas descendían velozmente, otras pertenecían al género perezoso y lo hacían sin mucha prisa, demorándose en las cejas y las sienes del angustiado psiquiatra.

—Porque estás casado con Gretchen, que si no... —musitó con el puño en alto, como si deseara propinarme un puñetazo.

Le seguí.

—Mira, dejémonos de bobadas y olvidémonos de que soy psiquiatra —me dijo en

su despacho, golpeando la mesa nada más tomar asiento—. Te diré lo que pienso: todo este rollo, todo este paripé, toda esta burla tiene que ver con un deseo tuyo de huida... Siempre has sido un cobarde y estás huyendo de algo muy serio que has hecho... Espero que no tenga que ver con tu vecina peluquera, porque he comprobado personalmente, y sin que Gretchen lo sepa, que ella es quien más veces te ha telefoneado en el último mes, así que algo tendrá que ver con tu problema... ¿O no? ¡Contéstame, Andrés! ¿Qué te dice en esas llamadas? En definitiva, confiesa y dime: ¿por qué te llama?

—Me duele la cabeza —respondí con sinceridad—. Me duele muchísimo la cabeza. No puedo hablar de lo que me pasa sin sufrir... ¿Por qué me odia?

—Deja de llamarme de usted, Andrés. Deja de hacer el payaso.

—¿Qué clase de psiquiatra es usted?

—Puede que mi comportamiento no esté siendo todo lo ortodoxo que debiera, pero tú tampoco eres un paciente cualquiera, lo sabes muy bien.

—No, no lo sé.

—Y una cosa es que tengas problemas maritales con Gretchen, en los que yo ni entro ni salgo, y otra que le amargues la vida a tu familia...

—¡Pues entonces ayúdeme y trátame con respeto!

—¡Es lo que intento hacer!

—No se nota.

—Vamos a ver, Andrés, eso que me contaste sobre el concierto de los Rolling Stones, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—El escenario... Aquella plataforma que parecía una verga penetrando una vagina, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Y esa otra vagina que divisaste a la salida de la iglesia de tu barrio, una vagina en el cielo por donde se coló aquella bolsa de plástico como un diminuto espermatozoide sin cola, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Dos vaginas simbólicas que bien podrían indicar tu deseo de regresar al útero materno... A la ausencia de responsabilidades, de culpa... ¿Lo comprendes?

—No sé.

—Pero, escúchame bien, Andrés, eso no lo puedes hacer... No se puede regresar al útero... La realidad hay que afrontarla como viene... ¿Me entiendes, narices?

—Sí —dije, al borde del desmayo.

—Pues si lo has entendido me gustaría que regresaras a tu ser, a la persona más o menos adulta y conforme con la vida que eras... Sé que lo harás, Andrés... Aunque solo sea por tu hija... En el fondo, comprendes muy bien la imposibilidad del regreso al útero, pero huyes hacia delante en un viaje delirante que te infantiliza hasta extremos casi delictivos, o sea, catastróficos para ti y, lo peor, para tu familia... ¿Me

entiendes?

—¿Está diciendo que lo que quiero es volver a estar en mi madre?

—Estoy diciendo que debes poner de tu parte para curarte.

—Nada me gustaría más que volver a ser el adulto que fui, pero ¿cómo se consigue eso?

—Muy sencillo. Observando a los demás, mirando cómo se comportan e imitándolos, narices... ¿Tan difícil es? Y enfrentándote con la realidad... Respondiendo a las llamadas telefónicas sin evitar a quien quiera que te esté reclamando. ¿Me has entendido?

—Amén, amén.

Gretchen me pidió que, por favor, me afeitara y me pusiera otra camisa, una más elegante, que mi madre estaba viniendo desde Zamora solo para visitarnos.

—¿Qué le has contado?

—Casi nada —dijo—, pero, por favor, disimula, compórtate, no vaya a ser que la pobre se lleve un susto mayor. Tómate la medicina y reprímete, no sueltes lo primero que te venga a la cabeza...

Pasaron los minutos y nadie llegaba. Yo intentaba recordar a mi madre y lo hacía vagamente, ayudado de un álbum de fotos en el que se plasmaba mi infancia durante un veraneo en la comarca de Sayago. Imágenes curiosas: el cancel de una finca donde me hice un corte en una mano. Yo, sobre una camilla, con esa mano vendada y mi rostro entre orgulloso y compungido, junto a mi madre compasiva. Ese mismo niño enfurruñado en el resol de una acera destartalada. El niño sonriente en un camino de lascas y al fondo mi madre guapísima, a la entrada de una casona de pueblo de aspecto noble, la vieja casona de mi familia paterna con su gran lucera en el centro de un tejado a dos aguas. El niño sentado a horcajadas sobre un asno de mirada triste.

Deposité el álbum en la estantería en cuanto sonó el timbre de la puerta.

Entró una extraña señora muy obesa que se empeñó en darme un beso en la mejilla.

La mujer se movía en silla de ruedas.

—Fuera de mi casa —mascullé, asombrado por su desfachatez.

Ella rompió a llorar.

—No llores —le pedí—, que la vecina podría denunciarnos.

—Pero, hijo...

—Mi madre no va en una silla de ruedas, no, me niego a admitir que esta señora sea mi madre. Y usted perdone —le dije a la recién llegada—, usted perdone mi ausencia de pelos en la lengua, pero a veces no puedo evitar ser brusco. Bueno, qué demonios, no tengo por qué disculparme con una farsante. Mi nueva naturaleza pelea de manera incomprensible, pero pertinaz, contra la hipocresía general por mucho que sea la madre, ella sí, de la educación y el decoro adultos. Lárguese.

—No puedes ser tú quien dice eso, hijo.

—¡Usted no es mi madre, maldita sea!

No se iba. Se desplazaba por el parqué con su silla de ruedas mecánica e insistía en hablar conmigo, como una intrusa. Me dolía ver lo bien que se llevaba con mi hija. No se puede engañar de esta manera a la pobre niña, me decía, no es su abuela, por mucho que le regale un osito de peluche rosa y una chocolatina Kit Kat. No, maldita sea, no.

Así que, cuando la extraña intentaba hablar con la pequeña, yo me colocaba entre ambas.

—¿Se puede saber qué haces? —me preguntó Gretchen.

—Sois unas impostoras.

—Soy yo, hijo mío.

—Mi madre no es gorda como usted y no me vuelva a contar que padece diabetes, porque me importa un comino lo que diga su boca mentirosa, señora. Recuerdo perfectamente a mi madre. Ella se parece a las modelos de los anuncios de margarina de la tele; tiene las piernas bonitas, no como usted, que las tiene gruesas y encogidas. Y tú también eres una falsaria, Gretchen... Lo he descubierto todo. Me estás poniendo los cuernos con quien pasa por ser mi psiquiatra, porque el ornitorrinco, tonto de mí, no podía ser: gasta su tiempo de ocio haciendo *jogging* por la zona de travestis del Parque del Oeste... Blanco y en botella...

—Bueno, basta ya de disparates... —dijo Gretchen, muy pálida.

—¿Qué disparates?

—Mira, Pir... Ese psiquiatra del que hablas es Leonardo, ¡Leonardo!, y te va a servir de mucha ayuda, y ese tal «ornitorrinco» te ha dado una segunda oportunidad y mañana vas a regresar con él para ver si eso te ayuda a recuperar tu ser. Si no, tendremos que ingresarte, lo siento mucho.

—Blanco y en botella, claro que sí: tú me has puesto los cuernos con el psiquiatra. ¿Se lo has contado ya a mi presunta madre?

Me temblaban los labios.

—¿Me comprendes? —le dijo Gretchen a la extraña mientras yo me adentraba en el cuarto de baño para mojarme la cara—. Ahora resulta que estoy liada con mi propio hermano...

—¡Está demente! —comentó la señora—. Dios santo...

—Sí, ya, demente, ¿verdad? —Salí del aseo.

Acababan de demostrarme sin ambigüedades que me tomaban por un loco cualquiera.

—Saca de inmediato a esta señora de mi casa si no quieres que me ponga a gritar hasta que llegue aquí nuestra vehemente y peligrosa vecina o su exnovio.

—Hijo, por favor, ya basta —gimió la extraña, y parecía capaz de levantarse de la silla para golpearme con su mano pequeña y regordeta.

Por fortuna, no lo hizo.

El timbre de la puerta zanjó nuestro alboroto. Se hizo el silencio.

—Ahí está —dije, muy nervioso, intentando recobrar la compostura—. Debe de ser la vecina o el bobo de su exnovio. Ahora también nos culparán de su ruptura... ¡Si no hubierais gritado tanto!

Estaba fuera de mí.

Nada más abrir la puerta, disparé un puñetazo que acertó en plena nariz del exnovio de la vecina, pero su voz al gritar me desconcertó. En realidad se trataba del cartero, que llevaba no sé qué correo certificado para Gretchen. Se desparramó por el suelo cuan largo era, como si quisiera transformarse en líquido; luego gimió, me insultó y cuando se incorporó para golpearme —yo no me habría defendido—



Gretchen se interpuso arrastrándome hacia el fondo del salón.

—Lo siento —dije, tropezando con el puf—. Lo siento mucho.

Él se tapaba la nariz con las manos. Le sangraba.

—Lo siento, chaval, lo siento —repetí, pero Gretchen no dejó que me acercara a él.

No quería hacer nada más que resistir boca arriba hasta recibir otra llamada telefónica y responder sin miedo, tal y como me había aconsejado el psiquiatra en un arrebato muy poco profesional. Me sentía tan culpable del malentendido con el cartero que prefería estar tumbado como si fuera un cerebro dentro de un cuerpo de trapo. Me quedé en la cama meditando, haciendo caso omiso de las dos impostoras (eso me parecían) que me gritaban cosas al oído, que a veces me acariciaban el cabello como el contrapunto a tanta histeria. Lo mío tiene que ser una resistencia pasiva, me dije, nada de conceder importancia a las palabras de mis taimadas enemigas.

En un momento dado, después de que primero vocearan y luego me acariciaran y emplearan conmigo una ternura que no me creí, tosí dos veces.

—¿Qué te pasa, hijo mío?

Repetí las toses como un autómatas hasta que, por fin, comprendieron y me dejaron solo.

Sin querer me tragué un mosquito que, si mal no recuerdo, era de color rojo —casi punzó—, pero reprimí la arcada. El resto se posó sobre mi cuerpo inerte y allí se quedaron. Algunos alzaban el vuelo y se volvían a posar, y yo estaba cansado como un enfermo. En espera de acontecimientos, no me movía. Sabía que la meditación es mejor practicarla sentado, en la postura de la flor de loto, la espalda recta y las piernas cruzadas, pero de esa guisa estaba convencido de que mis enemigas no me habrían dejado tranquilo y además me sentía viejo, muy viejo. Así que concentré la mirada en un punto imaginario de la lámpara azul del techo, esa bola que parecía el planeta de una galaxia remota. Intenté que los pensamientos desfilaran ante mis ojos como si fueran coches de carreras que iban hacia una meta distante y que a veces regresaban con todo su ruido y humos para volver a pasar de largo. Entonces, por fin, sonó el teléfono. Supe que era para mí. Me levanté de la cama y salí de la habitación, pero mi presunta madre y Gretchen me interceptaron.

—¿Me permitís responder, por favor? Es muy importante. Quiero terminar de una vez por todas con esto.

—Mi hermano está en camino —me dijo Gretchen.

—¡Y a mí qué me importa!

Sorteé su cuerpo y agarré el auricular.

—No huyo de los mosquitos: incluso me he tragado uno —le dije a mi misterioso

interlocutor—: ¿satisfecho?

Tardé en escuchar la voz de la vecina.

—Vergüenza te debería dar —voceó—. ¡Vergüenza de vivir!

Colgué.

El médico irrumpió en mi casa como una *vedette*, o sea, con sonrisa y perfumados aires de grandeza.

—Es raro —le escuché decir—: la medicación de estos días ya tendría que haberle hecho efecto. Pero le voy a cantar las cuarenta...

—No te pongas agresivo, por favor, Leonardo. Está aquí su madre y él es tu paciente. No lo olvides.

—Buenas tardes, señora. Despreocúpate, Gretchen. Despreocupaos. Ninguna agresividad. Simplemente le voy a tratar como a un adulto. Lo contrario sería asumir que está completamente loco y, llamadme iluso, pero yo prefiero rechazar esa hipótesis catastrófica.

De pronto, su cara apareció ante mí para obstaculizar mi concentración. La papada le colgaba como una gelatina con pelitos que pudiera desprenderse y caer sobre mis ojos, o como una bola de helado derritiéndose sobre el cucurucho de la corbata granate.

—¿Por qué estás comportándote de esta manera? —me dijo con un tono menos agresivo que de costumbre, tal vez porque me protegía la presencia en el salón de mi supuesta madre—. ¿Por qué estás echando tu vida por la borda? ¿Por qué de pronto has preferido ser un payaso sin gracia a un tío con brillante porvenir, subdirector comercial de una empresa mediana que no funcionaba nada mal? ¿Qué te ha pasado, Andrés? —Bajó el tono de voz y me habló casi en susurros—. ¿Me lo vas a decir tú o te lo tengo que decir yo delante de tu madre? ¿Quieres que le cuente lo de la vecinita? ¿Quieres que le diga la clase de tipo que eres, amigo?

—Los teléfonos me atacan.

El psiquiatra abrió la boca, pero enseguida la cerró, como si no supiera qué decir. Había logrado silenciarle con mi inesperada respuesta, rotunda como un ancla que fijara mi posición de naufrago en el océano tormentoso de la realidad. Era mayor aún mi asombro, porque por primera vez podía mencionar mi problema sin sentir un frío hiriente en las sienes ni desmayarme, y como si una sangre nueva irrigara con recuerdos mi cerebro, me incorporé y me senté en la cama. Estiré los brazos y las piernas, reconocí en el psiquiatra a mi cuñado Leonardo con su buena planta y su papada sonrosada y movediza. Parpadeé incrédulo ante la sorpresiva llegada de la normalidad a mi vida. A mi alrededor no había mosquitos de colores ni nada raro, y yo estaba en mi casa y con mi familia, rodeado de las paredes que reconocía como las de mi hogar querido. Me palpé el rostro. Mi personalidad poco a poco se recomponía y volvía a entender de qué estaba hecha la cordura, esa gran convención social. Al ver mi sonrisa en el espejo del cuarto de baño, me reconocí con alegría y supe que mi confusión mental había terminado.

—Dios santo. Vuelvo a ser quien era. ¡Qué alegría!

Para mi cuñado, sin embargo, nada parecía haber cambiado, a tenor de la rigidez con que recibió mi abrazo.

—¿Podrías explicarte mejor, por favor, Andrés? —Me apartó con un empujón lento pero efectivo.

—Es como si hubiera recibido varias visiones del futuro a través de llamadas telefónicas, Leonardo —le dije, recordando poco a poco, pero con claridad, todo lo que el dolor me había obligado a olvidar—. Algo extraño, como contactos telepáticos con alguien o algo que me han provocado un grave trastorno, una especie de trauma que me ha sacado de mis casillas...

—Espera, espera... ¿De qué estás hablando?

—Haz un ejercicio de apertura mental y escúchame, por favor, Leonardo: lo que te voy a contar no es materia psiquiátrica, pero es una verdad como un templo. Tengo el vago recuerdo de haber visualizado un cuerpo enorme, el de un hombre obeso y postrado, de piel blanquecina, que recordaba en ocasiones a un gran feto humano, como un hombre del futuro que viviría dentro de una atmósfera muy agresiva, llena de mosquitos de colores, bebiendo brandy y fumando hachís...

—Vaya.

—Puede parecer mentira, Leonardo, pero juraría que así es. Si mi memoria recobrada no me engaña, yo he tenido comunicación con un ser único, que posee la habilidad de moverse en el tiempo como nosotros lo hacemos en el espacio, es capaz de regresar a momentos felices de su vida y permanecer allí regodeándose en esa felicidad *ad infinitum* y, por las mismas, de evitar lo que hizo mal y le causó dolor. Es un ser libre, completamente libre, porque ha domesticado el tiempo con el simple dominio de su cerebro, sin máquinas del tiempo ni nada parecido. No en vano, nosotros usamos solo un diez por ciento de nuestra capacidad cerebral, como tú bien debes saber.

Mi cuñado me pidió con un gesto que volviera a recostarme. Dobló una almohada y la colocó bajo mi nuca.

—Continúa, por favor.

—Este enigmático individuo se ha comunicado conmigo en varias ocasiones al precio de producirme una enorme confusión, algunas alucinaciones muy molestas y dolor en las sienes. En apenas un segundo metía en mi cerebro el equivalente a una información de horas y era como si mis neuronas sufrieran un estrangulamiento feroz. Me ha dicho cómo será el porvenir inmediato de la Tierra —recordé enlazando las manos a la altura del pecho—, porque lo ha vivido, si es que se puede hablar del futuro en pasado. Me habló, por ejemplo, sobre grandes úteros de vaca colgados del techo con fetos humanos... Las mujeres ya no parirán... Me habló de híbridos de humanos y robots, muy pronto, gracias al carbono, y de una esperanza de vida en Nueva Zelanda de 146 años y de 7 años en Nigeria en pocos lustros... Que la supervivencia humana pasa por imitarle a él: que intenta amarse a sí mismo tanto

como a los demás. Pero, según él, esto no se conseguirá pronto, sino dentro de siglos. Sucederá cuando un solo hombre termine con el resto de la humanidad mediante una revolución violenta. Ese hombre viajará eternamente por su propia biografía, eligiendo los momentos en los que le apetezca parar y sin la injerencia de los demás... Por tanto, los demás también serán él...

—Hum —dijo mi cuñado, que con la mano les pidió a Gretchen y mi madre que entraran en el dormitorio—. Inquietante.

—¿Verdad que sí? Lo mismo le dije yo, Leonardo. De hecho, discutimos. ¿Una revolución promovida por un solo sujeto que termine con toda la población mundial? ¡Qué disparate! «De disparate, nada», me dijo él, «¿cuándo ha importado el número de cadáveres en un proceso subversivo?... La última y mejor revolución será aquella que provoque que un solo ser humano, el más explotado de todos, el único trabajador digno de tal nombre, mate a todos los demás... A partir de entonces, la especie vivirá feliz. No más explotadores y explotados...».

—Hum —dijo mi cuñado.

—Dijo también que las palabras son un lastre para el pensamiento y que hay que desterrarlas pronto de la comunicación, lo que en Occidente ocurrirá bastante antes de lo que creemos... Las palabras serán expulsadas de la educación y de la vida social gracias a la telepatía que promoverá la nanotecnología aplicada al cerebro... Esto me lo dijo la misma noche en que me atacó el taxista, mientras me llevabas al hospital, Gretchen... Aseguró que los videojuegos son un avance indudable para la raza humana. Muy superiores a las novelas y no solo como entretenimiento sino como forma de transmitir conocimiento. La realidad virtual nos hará un poco más libres. Nos ayudará a intuir que las palabras construyen un relato de los hechos artificioso y, lo peor, nocivo: ellas son las causantes de tanto dolor. No solo transmiten malas noticias, como cuernos o embarazos no deseados, sino que son el vehículo de insultos, amenazas y provocaciones y promueven empujones, puñetazos, peleas, odios, guerras; violencia, vaya... Si la gente no hablara o escribiera tanto, nos ahorraríamos un montón de conflictos...

—Hum.

—Así es, Leonardo, hum... Palabra sabia, cargada de sentido, precisamente por carecer de él... Hum, sí, hum... Según los mensajes que he recibido, las palabras de nuestros diccionarios son un obstáculo para el discernimiento del mundo, una trampa que nos tendemos a nosotros mismos... Lograremos viajar en el tiempo cuando nuestro pensamiento deje de construirse con palabras... Yo le dije que, por favor, me dejara en paz. Que soy licenciado en filología inglesa, o sea, que no pienso renunciar a la semántica. A lo cual él respondió con una risotada estrepitosa.

Gretchen y mi madre (pobrecilla, sí, mi madre) me contemplaban con una atención claramente recelosa. Mi descrédito era enorme.

—Por ejemplo, estas toses: cof, cof, cof... —les dije, cada vez menos contento con sus miradas— serían palabras que, como no significan nada, definen mejor la

realidad que rojo o negro o grueso o flaco. Igual que hum... Tosed, por favor, tosed, ya veréis... Así se promueve la telepatía.

Y en ese momento, al ver las expresiones de enorme disgusto de mis familiares, preferí no seguir narrando mi insólita experiencia.

—Y si alguna vez he dudado de ti, Gretchen, prometo no volver a hacerlo... Quiero creer que no te has liado con el ornitorrinco, pero si me has puesto los cuernos, en fin... Te perdono. Estos sucesos me han vuelto mejor persona.

—Estás fatal.

—No, para nada... Estoy fenomenal, de verdad. Tienes que creerme, Gretchen. No es ningún cuento. Llegué a pensar que tenía que volver a la India y saltar de un avión para recuperar mi identidad y mi autoestima...

—Me gustaría que me dieras una explicación a esto —Gretchen agitó un papel ante mis ojos.

Se la veía triste.

—Estoy hablando de una experiencia con el futuro, Gretchen... A mí me cuesta digerirlo tanto o más que a ti, cariño, pero qué quieres que haga... ¿Prefieres que no te lo cuente? Es como si al contemplar la vida de repente en su totalidad, todo resultara confuso, como le pasaría al ciego que de pronto pudiera ver...

—Quiero creer que esto es una broma muy pesada que, para colmo, se te ha ido de las manos, Andrés. Pero déjalo ya, por favor —repuso Gretchen, tozuda—. El cartero al que has golpeado traía una carta certificada de la vecina en la que te acusa de sucesos gravísimos...

El timbre del teléfono llegó desde el salón para cortar la incómoda conversación.

—¿Me dejáis, por favor?

Mi cuñado, abriendo los brazos, asintió con una sonrisa irónica.

Seguido por el trío, llegué hasta el aparador y, al contestar, escuché una retahíla de toses agudas, preludio de un mensaje telepático del futuro, y tuve que apoyarme en el mueble para no caerme.

Pero soporté el dolor como si así pudiera demostrar a mis familiares que mi testimonio era veraz y me vi, de repente, detrás de unas rejas, en una suerte de pesadilla en la que se me acusaba de cometer un homicidio, y me vi, también, con una niña rubia, que era mi nieta, y solo, muy solo, deambulando por Madrid como un vagabundo alcoholizado y en el patio de la cárcel, andando en círculo, y me vi, asimismo, recibiendo la visita de una desmejorada y envejecida Gretchen en un cubículo extraño, tal vez perteneciente a la propia prisión, y escuché sus críticas con pena, y también me vi sufriendo en la vejez el asalto de dos individuos idénticos, gemelos, que me reprochaban injustamente no sé qué de su madre y me zarandeaban, y jugué con mi nieta, con la convicción de ser mejor abuelo que padre y eso me llenó de felicidad, y supe, sí, supe, que más gente estaba viviendo mi experiencia de aquel momento, que más gente estaba teniendo su propia experiencia futuriza, el presidente del gobierno, entre otros, y pude ver el Teide entrando en erupción en la televisión,

pero del volcán no salió fuego ni lava sino un mosquito de color rojo, muy rojo, casi punzó, y luego otro azul y otro verde, y luego una nube de mosquitos de todos los colores, y supe que todo aquello era sin duda una visión o una advertencia del futuro, pero una advertencia inservible porque el espacio y el tiempo cabían en un atlas con sus coordenadas y sus limitaciones, y ya estaba escrito el porvenir, pero de qué valía saberlo, si para colmo las palabras no servían de nada, si nada de lo que dijera podría comunicar el mensaje que estaba recibiendo, porque las palabras lo transformarían en un relato falso, le quitarían su sentido, un sentido solo comprensible por vía telepática...

Y, entonces, Gretchen me arrebató el auricular y se lo llevó al oído.

Dejé de toser.

Respiré hondo y me tranquilicé, pero por poco tiempo, porque el rostro de mi mujer fue tomando el preocupante color crema de las cortinas.

Pulsó el botón del altavoz para que todos pudiéramos escuchar los alaridos de la vecina paranoica que, no sé cómo, se había colado en la comunicación sustituyendo al sorprendente mensaje del futuro:

—¡El niño es tuyo! —gritaba absurdamente—. ¡Afronta que me has embarazado! ¡Quisiste asesinarme empujándome por las escaleras! ¡No puedo demostrarlo, pero sé que fuiste tú!

Gretchen cortó la comunicación y el dolor desapareció de mis sienes. Tomé aire y me dejé caer sobre el parqué. Fue una reacción natural ante la enorme fatiga que me atacó.

—Ahora quiero retomar mi vida. Volver a ser quien una vez fui, Gretchen... —jadeé—. Olvidemos todo lo demás... La loca de la vecina... Mis alucinaciones...

Gretchen rompió a llorar y mi cuñado la abrazó sin dejar de mirarme.

Suspiré y me estiré cuan largo era en el suelo del salón. Mi ropa y mis cabellos estaban empapados de sudor. Esperé en vano a que alguien dijera algo, palabras de aliento, una bienvenida a la normalidad, pero el silencio me hizo comprobar que todos me contemplaban con expresión inquisitorial, también mi madre, cuyos ojos manifestaban pánico o tal vez solo estupor, pero un estupor extremo. Mi hija, que acababa de levantarse de la siesta, vino corriendo y me amparó con su abrazo.

—Gracias, mi niña —musité, conmovido—. Gracias...

# Y el final

# 1

Este inopinado mensaje del futuro cambió mi vida para siempre, como os podéis imaginar, porque tuve la mala fortuna de padecerlo coincidiendo con la estúpida e inicua acusación de la vecina. Parecía, así, que yo buscaba una coartada disparatada para eludir mi responsabilidad en un embarazo indeseable, y nada más lejos de la realidad. La comunicación con ese individuo del futuro existió, claro que sí, y el mensaje lo he transcrito intentando acercarme al máximo al espíritu de su contenido y en la medida en que me lo ha permitido mi memoria recobrada.

Cualquiera que haya sufrido una experiencia de este tipo, es decir, única —con alienígenas, por ejemplo, si tales existen—, y empleo el verbo sufrir con toda la intención, sabe que está expuesto a la incredulidad de los demás, y si la experiencia la vive en solitario corre el riesgo de ser tomado por loco.

No hay diferencia, de hecho, entre la locura y la originalidad extrema, y mi original experiencia podía ser verdadera, pero, en tanto no verificable por los demás, no resultaba verosímil, así que yo estaba perdido para el relato mayoritario, como esos personajes de novela que deben morir porque ya lo han dado todo de sí y ningún lector se los creería si continuaran con vida en las páginas restantes.

Todo lo que sucede en la realidad es real por el mero hecho de suceder en ella, como es fácilmente comprensible, pero otra cosa es hacer verosímil el relato de algunos acontecimientos particulares de esa realidad. Los sucesos estrambóticos necesitan testigos que den fe de su veracidad o de más de un relator para ser creíbles, dado que si se salen mucho de lo convencional jamás serán tenidos por buenos. Entonces, lo mejor es callar, porque nadie estará dispuesto a escuchar con un mínimo de respeto un testimonio tan extravagante.

Y hablar de mi experiencia delante de Gretchen era como una demostración de demencia, por un lado, y como mentar a la vecina y sus gravísimas acusaciones, por otro. Así que pasaron dos o tres meses durante los que casi no hablamos, pero durante los que ella fue edificando y asumiendo una teoría de cuanto había acontecido que al menos parecía exonerarme de culpas con respecto a las acusaciones de la vecina.

Apenas había tráfico y todo iba sobre ruedas, todo. Las últimas maletas, mi hija y Gretchen iban en el Fiat Multipla que compré un día con el dinero que gané en la lotería de los ciegos. La esperanza de Gretchen me parecía ilusoria, pero no quería contrariarla después de los últimos acontecimientos. De sobra sabía que la esperanza de los seres humanos puede encontrar su mejor asiento en la superstición. El cambio de domicilio (que no fue tal, pero entonces no lo sabía) era para ella como arrojar a un sumidero todo lo malo ocurrido durante nuestra estancia en el piso que abandonábamos.

Estábamos dejando atrás el Madrid que mejor conocía yo desde mi época de



estudiante universitario, las calles del barrio de Ríos Rosas, en el norte de Chamberí, y mi corazón palpitaba con un ritmo irregular, no sé si demasiado rápido o demasiado lento, pero últimamente siempre me encontraba fatigado.

Desde la recuperada cordura, intentaba ignorar las imágenes negativas del mensaje, y las consideraba un probable testimonio de mis miedos inconscientes sacados a la luz cerebral por el trauma de la experiencia, y, sin embargo, evocaba el viaje virtual que había realizado al curioso mundo del futuro. Me fascinaba esa idea de un hombre acostumbrado a una realidad complicada —el mundo lleno de mosquitos de colores, por ejemplo—, pero también completamente domesticada, puesta a su servicio, en la que el tiempo sería una dimensión tan transitable como el espacio, una dimensión solo limitada por una biografía ya trazada desde el mismo día del nacimiento y que actuaría como los raíles de un tren, como una trayectoria insoslayable, claro, pero no fatal, puesto que ese hombre del futuro sería el maquinista que decidiría en qué estación parar y permanecer; en definitiva, qué momento de su biografía revivir una y otra vez o hasta el infinito y, así, gozar para siempre sin miedo a la muerte. Pero esto no podía ser contado y no por miedo al dolor, sino porque nadie me creía. Y desde la lucidez que me permitía comprender todo ello, me sentía peor que cuando todo me aturdí, y miraba a Gretchen con cierta pena, como si algo se hubiera quebrado entre nosotros para los restos.

El ornitorrinco me había readmitido en la empresa. Lo había hecho conminado por las súplicas de Gretchen, era evidente, y eso tampoco me gustaba porque la relación de ambos continuaba resultándome molesta cuando no sospechosa. Él era, en esencia, un hombre cuyo combustible para actuar lo adquiría gratis en el campo de la frivolidad, pero una frivolidad no tan olvidadiza como para vivir sin resentimiento. La coartada de mi «enajenación mental (veremos si) transitoria» le servía para justificar con amabilidad y desprecio que no podía asignarme aún labores de responsabilidad, lo que implicaba que me pasaba las horas sin nada que hacer, ante un pupitre cochambroso y tan pequeño que mi nariz apenas distaba treinta centímetros del afilado gotelé de la oficina que había detrás del almacén del barrio de La Ventilla. Era un acoso laboral ejemplar pero llevadero, agradable incluso, porque el contacto con el mensajero del futuro me hacía pensar mucho, no podía dejar de darle vueltas a nuestra relación recién acabada, y me habría resultado más ingrato cargar cajas, traducir folletos, hacer llamadas y visitar clientes no siempre amables, es más, a menudo maleducados.

Había logrado un alto grado de objetividad, es decir, verme siempre o casi siempre desde arriba. Me elevaba varios metros por encima del suelo para contemplarme chiquito y juzgaba mejor las circunstancias de ese hombre del presente que era yo y

que, visto desde tan alto, no resultaba importante. Resultaba, más bien, una cosa neutra, como un melocotón o una pera; un ser que llamaba sobre todo a la indiferencia, pero también, en ocasiones breves y sorprendentes, al cariño. El peligro de esta actitud o capacidad estaba en que despreciaba el riesgo y hacía cualquier cosa que me apeteciera, sin reprimirme, pero siempre de una manera amorfa, como sin darle trascendencia. Por ejemplo, compré un pedazo de plastilina, confeccioné una pelota y la llené de alfileres con la punta hacia fuera. Deposité el peculiar acerico en un anaquel estratégico. Como había previsto, el ornitorrinco lo agarró con mucha fuerza una tarde de discusiones y beneficios mal apuntados en la que nos había abroncado a casi todos.

Gritó de una manera muy cómica, hacia dentro, y dijo que como se enterara de quién lo había hecho le rebanaría el pescuezo. Todos los que sufríamos sus gritos y el calor bajo la uralita del almacén, aquel día nos miramos con algo de miedo y también con el sofisticado regocijo de los subalternos que abandonan, por fin, su habitual desunión. Y yo me sentía un valiente, como cuando en el colegio una gamberrada contra un profesor odioso despertaba la admiración silenciosa de mis iguales, y el temor de todos ellos a la reprimenda alimentaba mi estatura secreta de héroe.

Al poco tiempo volví a dejar en un rincón del almacén otra bola de plastilina roja y repleta de alfileres y el ornitorrinco tardó en percatarse del desafío, pero cuando lo hizo su reacción fue la que yo esperaba. Cara a la pared de grumos puntiagudos, le escuchaba sin asombrarme de nada, con esa lucidez un poco pesimista que me embargaba, resignado, incapaz de emocionarme tanto como me había propuesto:

—¿Quién es el canalla que ha colocado aquí más plastilina y con qué objeto?

Nadie le respondía y su voz era un dardo tembloroso dirigido contra mi nuca, pero yo estaba viéndome desde arriba, como si lo que allí estaba sucediendo no fuera conmigo, desde por encima de las riostras y la uralita, como si no hubiera techo que pudiera frenar mi ascenso a una visión ecuánime de las cosas pequeñas, todas, de este mundo. Ya no estaba confundido, comprendía bien todo. Pero estaba solo, porque nadie creía en mi roce con el futuro, y era consciente de que el relato de la vida que construían mis contemporáneos era verosímil, seguro, pero no veraz. En ese relato artificioso yo ya no me reconocía, había perdido su vigor para mí, así que una mala amenaza no lograba amedrentarme, más bien al contrario, tenía una relación estrambótica con la vida, como si hubiera perdido la empatía del pensamiento, que no de los sentimientos, con casi todos mis congéneres y solo me interesara y moviera el afán de forzar en ellos reacciones que los sacaran de sus casillas.

Mientras vociferaba, el ornitorrinco se acercó al lugar donde reposaba la llamativa bola de plastilina roja, un anaquel esquinado, oscuro y con trampa, y la agarró con tal

fuerza que su alarido, de existir, fue tan agudo que solo perturbó a los perros del barrio de La Ventilla. En cuanto cesaron los ladridos, volví la cabeza para mirar al ornitorrinco, pero sin levantarme de la silla. Su mueca había tensado tanto los rasgos de su rostro que casi me río: de hecho, me reí de buena gana y el silencio posterior amparó el asombro o la censura de todas las miradas que se posaron en mí.

—Perdón.

Y volví a mirar hacia la pared, ese relieve lunar contra el que proyecté mis carcajadas incommovibles y amorfas, displicentes con cuanto acontecía a mi alrededor.

La risa traicionera fue, sin embargo, mi salvación. Fue tan espontánea que me permitió eludir las sospechas que sí recayeron en otros compañeros de trabajo, que se convirtieron en culpables sin serlo, solo por haber reprimido la risa. El ornitorrinco no había previsto los alfileres, le habría parecido suficiente ultraje la mera bola de plastilina, por eso estaba furioso y fascinado: alguien se oponía a él no solo con el afán de afrentarle simbólicamente sino también físicamente, lo que demostraba su peligrosidad. Por eso, poco a poco, salí de mi ostracismo y de nuevo descargaba con mis brazos fuertes las cajas o los sacos, llamaba por teléfono a los clientes, los visitaba con la corbata de Hermès sobre la camisa blanca y con el traje de la empresa, marcado con el cursi logotipo diseñado por mi propio jefe; recuperaba, en definitiva, lo que había sido mi puesto de trabajo y mi reputación laboral, y la confianza de quien creía ver en mí al único empleado honesto de toda su oficina. Probablemente tenía algo de razón, pero eso no me convertía en su amigo.

Acompañaba al ornitorrinco a las tiendas para que se comprara unos gemelos, unos cordones, una chaqueta y los inevitables cinturones. Poco a poco, él se iba olvidando de mi época de «enajenación mental» y me trataba como si nunca me hubiera tomado manía, como si nunca hubiera existido un desencuentro entre nosotros. Incluso, en sorprendentes ocasiones que se presentaban como un regalo inesperado, yo disfrutaba de mi trabajo, me gustaba, hasta podía ejercitar el inglés:

—Esa corbata es muy *british*.

Y mis compañeros de almacén y oficina eran reprendidos, fastidiados, despedidos también sin que yo protestara, igual que ellos tampoco lo habían hecho cuando yo miraba, obligatoriamente, hacia la pared punzante.

Pero también deseaba insultar al ornitorrinco.

Porque era duro volver a trabajar bajo sus órdenes; podía sentir su desprecio en cómo me miraba, en cómo se dirigía a mí apodándome marciano, en cómo parecía insinuar que Gretchen lo prefería a él. Me senté en un banco una tarde agotadora de compras por el barrio de Argüelles, muy cerca del Parque del Oeste, y contemplé

cómo el ocaso formaba una extensa línea roja más allá de los árboles, una suerte de vagina gigantesca que habría hecho las delicias del desastroso psiquiatra nacionalsocialista, mi cuñado Leonardo. Entonces, rompiendo la línea roja, cruzó por mi mirada el mismísimo ornitorrinco como una ladilla que transitara los labios de la hendidura enorme. Enfundado en su chándal oscuro marca Nike recién comprado delante de mis ojos malhumorados y con sus deportivas New Balance plateadas brillando en la noche aún tímida, se disponía a dar una carrera de *jogging* antes de regresar a su casa. Lo seguí por el Parque del Oeste para ver si efectivamente recalaba en la zona de travestis, como se rumoreaba en la oficina, subí y bajé cuevas de césped, sorteé árboles, ignoré la llamada de las prostitutas africanas, tan altas y bellas. Tropecé con una piedra y casi pierdo el equilibrio. Era muy fatigoso seguir el ritmo de mi jefe, mi aliento se aceleraba y mi rabia crecía. La oscuridad se adueñó de todo en cuestión de minutos, y cuando por fin lo iba a alcanzar por detrás, cuando tenía su tentadora nuca al alcance de mi rencor, dudé y me dije que yo no estaba ahí para eso: yo iba a espiar, no a cazar a nadie. ¿Qué demonios estaba haciendo? La noche era tan densa que estaba persiguiendo a una figura por momentos más desvaída, a un individuo cuyas zapatillas relucían como la única señal de una identidad cada vez más confusa. Esas zapatillas, o unas muy parecidas, las usaba el ornitorrinco para correr después de la jornada laboral, eso lo sabía, pero podía no ser él. Fuera o no quien yo creía, aceleró sintiéndose perseguido por mí en un paisaje cada vez más amenazante. Los árboles con su ramaje en sombra, apenas intuido por el ruido que generaba su baile con la brisa, me daban fuerza, sensación de victoriosa capacidad para atemorizar a una víctima que en realidad no sabía quién era. Pero seguí persiguiendo a aquel individuo hasta que dejé de verlo. Oí el ruido seco de una caída, como si mi perseguido hubiera perdido pie justo en el terraplén que daba acceso a la zona de prostitución de los travestis. Escuché cómo gemía en aquella especie de zanja negra, cómo parecía pedir clemencia, y de pronto, como si despertara de un sueño agotador, del sueño de un verdugo, escapé, dejando atrás los gemidos del ornitorrinco —sí, era él— con mucho más miedo que remordimientos.

—Que alguien me ayude... —Le escuché decir—. Por favor...

Y corriendo, me alejé de su voz implorante.

## 2

Mis sobrinos vinieron de visita desde Múnich y corrían por el piso con una alegría inquietante. Yo tenía miedo de que despertaran a Anita, a la que acabábamos de acostar. Tenía miedo de que mis vecinos del piso de abajo protestaran por tanto trasiego y tanto balonazo. De que los niños rompieran el jarrón italiano o algún cuadro. La terraza comunicaba con el salón y también con la única habitación de la casa, donde estaba la cuna, al lado de la cama de matrimonio. Y los niños corrían y se perseguían y sus voces y risas retumbaban en el aire como una amenaza de estropicio. Aquellas visitas, aunque me irritaban, le daban un aire de normalidad a mi vida, ese barniz necesario para creer que todo funciona correctamente.

Me quedaba en casa con la excusa de confeccionar de nuevo mi *currículum vitae* y distribuirlo por *email*, y escuchaba a Gretchen en el exterior, bajo la galería de las columnas o cerca del garaje vigilando distraídamente a nuestra hija, que jugaba o se peleaba o las dos cosas con los demás críos de la urbanización entre los rosales, los magnolios y los pinos del jardín comunal. Le explicaba a un vecino muy pesado, solterón amanerado pero extrañamente ligón, que el piso en realidad no era nuestro, sino una inversión de sus padres, que nosotros aspirábamos a algo mejor, más grande, y que ambos éramos muy urbanitas, que preferíamos Madrid y su ajetreo al extrarradio residencial. Si pegaba la oreja a la ventana, casi podía escuchar completa la conversación.

—Dicen que la vivienda seguirá bajando.

—Seguramente —respondió el vecino—. La crisis es notable... ¿Y tu marido? ¿Por qué no baja?

—Está buscando trabajo... El que tiene ahora no le satisface demasiado.

—En mi empresa necesito gente... ¿A qué se dedica él?

—Es licenciado en filología inglesa, pero trabaja de comercial...

—Me vendría fenomenal uno que supiera inglés... No digo más.

A la gente de la urbanización no le gustaba ausentarse de allí, preferían estar siempre dentro del jardín, con los niños bajo control. Tenían una suerte de desconfianza ideológica hacia el exterior, hacia todo lo que no sentían como propio. A mí me ocurría lo contrario. Me gustaba salir de aquel gueto privilegiado (así lo llamaba Gretchen con ironía) y deambular por fuera de la cancela, tal vez para no arriesgarme a conocer a más vecinas problemáticas; me gustaba ir a un parque enorme y casi siempre vacío que había al lado de la carretera general, cerca de una rotonda de césped.

En ese parque, uno de mis sobrinos alemanes pegó a mi hija, y lo justificó así:

—Es que Anita me ha pegado cuando era mayor.

¿Cuando era mayor? Mi hija Anita tenía un año y medio, y mi sobrino, cuatro. Mientras mi cuñada Martina se lo llevaba a una esquina para reprenderle por su acción, yo encendí un cigarrillo. Mi hija normalmente escuchaba sonidos que yo bien no percibía, bien me costaba distinguir del tráfago propio de la vida social. Por ejemplo, el canto de algunos pájaros. La realidad, para ella, no carecía de sentido sino que tenía uno diferente al que yo le daba, si no más cercano a la verdad, por lo menos mucho más libre, y por eso no discriminaba ruidos. La lectura de la realidad que hacían los adultos era tan sesgada como un relato inventado. Esta ficción permitía diversas subtramas, varias lecturas, pero nunca que alguien adoptara una alternativa, salvo que fuera un niño. Muchos individuos eran condenados al ostracismo social al no poder comprender o aceptar el relato mayoritario, al vivir con uno diferente y personal que se oponía a aquel y por eso existían los manicomios y también, seguramente, las cárceles. Cogí en brazos a Anita.

—¿Has pegado a tu primo cuando eras mayor?

Con la habilidad de los niños para regatear cualquier conversación lineal —reflejo de su percepción del mundo— no respondió a mi pregunta.

—Mira.

Señaló hacia las banderas que, en el centro de la rotonda, se agitaban con el frenesí propio de la ventisca. En efecto, las palabras eran una estupidez, como los relojes, como todo lo que inventábamos los hombres para conducirnos por la vida. Bastones, braille, ayudas para atravesar el pasillo oscuro del tiempo, para entender medianamente algo no a través de la luz sino imponiendo límites, puertas al campo en el que se movían nuestras vidas pequeñas.

Después de acostar a la cría, después de cenar una tortilla de patatas frente al televisor, salí a la terraza. El día había resultado especialmente fastidioso, muchos clientes displicentes, casi groseros, y estaba convencido de que si me metía en la cama el insomnio se transformaría en un martillo pilón. Así que fumaba en la terraza mirando hacia el jardín comunal, iluminado tenuemente desde el suelo por unos pivotes que le daban un aire de pequeño bosque encantado. Pero no me gustaba aquella urbanización. Prefería estar en Madrid. Unos días antes me había dejado las puertas del coche abiertas y algún vecino me había robado el mando a distancia del garaje. Me entristecían estos percances y este había fortalecido mi deseo de abandonar la urbanización, el pueblo, todo aquello.

Entré en el salón: Gretchen se había quedado dormida en el sofá con la tele encendida. Tenía la blusa abierta más de tres botones, los pantalones vaqueros desabrochados, la mejilla cubierta por varios mechones rubios de la melena suelta.

Iba a acariciar uno de sus pechos, pero ella me lo impidió con un manotazo reflejo.

Casi eché de menos la época en la que todo me resultaba raro y confuso, como si mi aventura futuriza, pese al dolor, hiciera más llevadera y divertida mi vida, le diera un aire estrambótico a cualquier desencuentro con mi mujer. Encendí otro cigarrillo y repasé más despacio aquellos recuerdos. Tenía la impresión de que eran parte de mi memoria, sí, y por eso casi los añoraba, pero no exactamente de mi pasado, como si mi memoria contuviera una amalgama confusa y muy bien barajada de sucesos entre los que también se encontrarían algunos pertenecientes al porvenir.

Mi madre vino unos días de visita. Nos dijo que el piso era muy pequeño, que merecíamos uno mejor, con otra habitación al menos, que ella estaba dispuesta a ayudarnos económicamente.

—¿Con tu pensión de viuda?

—Con lo que sea, hijo.

Yo me conecté a Internet y ella se situó detrás de mí, como si no quisiera perderse nada de lo que yo pudiera contemplar en la pantalla. Pero no parecía guardarme rencor. Era como si hubiera olvidado tantos episodios traumáticos que habían sucedido, y en su mirada no se percibía ningún brillo sospechoso. Me pregunté si su aparente serenidad no sería un fingimiento aconsejado por mi cuñado Leonardo. De ser así, mi madre era una gran actriz.

El motor de su silla era un zumbido que me perseguía por toda la casa, pero ella no iba tras de mí con un afán vigilante, sino que deseaba tenerme cerca, hablar y tocar a su único hijo. Parecía no darse cuenta de que su actitud podía resultar agobiante, y yo solo lograba intimidad cuando me encerraba en el cuarto de baño. Entonces, rastreaba los portales inmobiliarios *online* en busca de una casa mejor, sí, pero no en los alrededores de aquella ciudad dormitorio, sino en el centro de Madrid.

Gretchen, tan templada casi siempre, lanzó un grito desde la cocina. Fui hacia allí todo lo veloz que pude, dejando a mi madre al cuidado de la niña. Gretchen me contó que había encendido la luz y que al levantar una cazuela del fregadero, una decena de cucarachas pequeñas y rojizas huyó en desbandada por ranuras y agujeros, como un ejército de extraterrestres —extraterrestres, dijo— sorprendidos en una misión clandestina.

—Qué horror, ha sido una experiencia repulsiva.

—Tenemos que comprar veneno.

—Tenemos que dejar la casa... Ni tú ni yo estamos a gusto aquí.

—Sobre todo —dijo mi madre—, no debéis dejar comida en la pila.

Llegué al parque con mi hija y se hizo de noche. No percibí que la luz se apagara poco a poco, sino que, de pronto, la oscuridad nos envolvía. La noche como un garrotazo, no como unas tinieblas de espesura progresiva. Con seguridad, cualquiera me habría dicho que la noche había llegado paulatinamente, que nunca cae por sorpresa, pero yo estaba —estoy— convencido de que aquel día llegó así, como un golpe. Subí a mi hija al columpio. Pero ella no quería eso. Prefería empujar el columpio vacío, como si imitara a su madre o —pensé de pronto con súbita lucidez— como si se imitara a sí misma en el futuro. Luego me pidió que fuéramos al balancín, al que tenía forma de búfalo; y más tarde le mostré dónde estaba la luna. En lo alto, le dije, la pelota pequeña y blanca, eso tan reluciente. Y ella la miró como si fuera la primera luna que hubiera visto en su vida, con una alegría contagiosa.

«La pelota pequeña y blanca», pensé. «¿Por qué tengo que limitar su disfrute con esta comparación tan odiosa?».

—La luna es... cof, cof —fingí toser.

Me pidió que le diera el cubo y la pala para jugar con la arena. No vi llegar al niño que, por debajo de mis piernas, le arrebató la pala. En cuanto ella rompió a llorar intenté recuperar el juguete, pero el niño se escabulló con habilidad. Reprimí las ganas de regañarle. No me correspondía a mí hacerlo, sino a mi vecino amanerado, que lejos de donde yo estaba le reía la gracia a su sobrino. Perseguía al crío con una sonrisa que no sé si lograba disimular mi impotencia, y que pretendía ser también un aviso para quien debía responsabilizarse de su buen comportamiento. Pero el vecino no reaccionaba, estaba en un banco mirando hacia otro lado. El niño regresó al arenero y le quitó también el cubo a mi hija, y el rostro de mi vecino se perfiló impasible bajo la luz de la farola: el humo del cigarrillo ponía barrotes surrealistas a sus facciones desgraciadas. Mi hija lloró con más fuerza. Intenté que jugara con otras cosas, que se subiera al tobogán, al balancín, que mirara las banderas oscuras y ondulantes de la rotonda, entre las que la luna parecía flotar como una burbuja de jabón. Pero ella no se olvidaba de sus juguetes. El niño intentó golpearla.

—No. Eso no se hace.

Mi vecino estaba cada vez más lejos, sin hacer nada, mirando hacia la luna llena.

Entonces apareció Gretchen, recién llegada de su trabajo. Nos saludamos con un frío beso en la boca. Ella tenía psicología para los niños, gran habilidad para serenarlos a través del juego, y enseguida se sentó en la arena.

—Ven —le dijo al crío—. Vamos a hacer una tarta de chocolate.

Y la fierecilla obedeció y accedió a darle la pala y el cubo. La trenza rubia de Gretchen resplandecía en la oscuridad como una señal de magia. Jugaban en corro los tres, Gretchen, mi hija y el pequeño energúmeno. Hacían tartas y bizcochos de tierra, se los comían de mentira. A lo lejos, mi vecino, obstinado en su afán de permanecer irresponsable, aspiraba de su cigarrillo y expulsaba el chorro de humo blanco hacia lo



alto. Nos miraba de reojo. Me hubiera gustado decirle un par de cosas, pero estaba a punto de convertirse en mi jefe, lo que me sumió en un estado de confusión repentino, como si de alguna manera ya le conociera de algo. Se lo quise explicar a Gretchen:

—Es raro, pero no sé si estoy en el pasado o en el futuro... Y ese tipo, no sé, no me gusta.

—Hum, qué tarta más rica —dijo ella, sin hacerme caso.

O sea que, pese a haber recuperado la cordura —al menos, la comprensión de lo que era—, la aventura futuriza resultaba perturbadora porque me impedía considerar la realidad tal y como lo hacían los demás, e intuía el tiempo no como una sucesión, sino como un sinnúmero de instantes que acontecían en paralelo, todos a la vez. Me sentía más cerca de los niños, de su percepción desprejuiciada del mundo, que de los adultos. Las novelas, las películas, así, se me antojaban artefactos poco recomendables, porque abundaban en la construcción de un marco no solo tramposo sino, aún peor, muy precario para aprehender la realidad, y ese no era el camino para conocerla sino para tergiversarla. Pensé que probablemente los orientales con su meditación, con esa persecución del puro y evanescente ahora, eran quienes con más inteligencia afrontaban la vida. Era evidente que no había manera de llegar a conocer la realidad, tan cimarrona, porque al fin y al cabo los hombres no éramos más que una masa de carne con ojos, manos, orejas y boca, muy poca cosa en verdad, pero no podía vivir ya como si resultara aceptable el discurso mayoritario que componía la cordura. Ayudándome de algún circunloquio, y de varias ocultaciones, le comenté todo esto a Gretchen, y con tono burlesco ella me recomendó que madurara y dejara de leer aquellos libros «baratos» de nuestra juventud, no tanto las biografías de Gandhi como los libros sobre extraterrestres, fenómenos paranormales o de ciencia ficción y que me pasara a los clásicos griegos, sobre todo a los griegos, y a no sé cuántos filósofos más.

—No, Llamita —le dije—, no puedo hacer eso. A la realidad le sobran discursos. Hay que captarla como viene.

—Entonces calla, por favor, que estoy viendo esta película.

Gretchen me dijo que al día siguiente estábamos citados con el abogado para firmar un contrato de alquiler de vivienda. Me abrazó y fue como una reconciliación. Estaba muy contenta: por fin íbamos a vivir en una casa más grande. Con dos habitaciones en vez de una. Lo celebramos abriendo una buena botella de Rioja. Jugamos con nuestra hija. La hicimos saltar de sus brazos a los míos para disfrutar mejor de su risa. Salimos a cenar una hamburguesa en un bar del centro del pueblo, donde la niña se quedó dormida. Aquellas hamburguesas tenían fama, y eran ciertamente sabrosas. Me

tomé dos. O tal vez tres. No lo recuerdo, porque cuando miré hacia Gretchen, ella ya se había ido con mi hija, y quien tenía delante no era otra que mi madre muchos años más joven, elegante y guapa, como las protagonistas de los anuncios de la televisión en blanco y negro que teníamos en casa.

—Qué barbaridad, cuánto has comido —sonrió y me pasó la mano por el cabello. Bajé del asiento y me abracé a ella.

—¡Huy, qué mimoso estás!

Sí, mamá, pensé, estoy mimoso porque sé hacia dónde vamos, tengo una memoria tan amplia que abarca mucho más que el pasado, y tú aún no lo sabes, pero me temo que terminarás en una silla de ruedas, muy hinchada y con el rostro enrojecido por la cortisona o los calmantes para combatir los dolores, y sé que este momento es único.

Y me apreté más a su cuerpo cálido, mucho más.

Luego regresé a casa andando desde la taberna, solo y algo bebido, y cuando por fin abrí la puerta y me topé con el jarrón italiano sobre la estantería blanca de Ikea y con el cuadro de un paisaje bávaro pintado por mi suegro en la pared, confirmé que estaba otra vez en la periferia de Madrid, y no en Zamora.

El camino de regreso lo había realizado en un constante zigzaguear entre coches y árboles canijos, creyendo divisar en las luces de las casas vidas familiares más entrañables que la mía, más completas y seguras. Zigzagueando como si el espacio se transformara en un sucedáneo material del tiempo y yo fuera y regresara, volviera y apareciera donde había estado antes, junto a un plátano raquítrico, bajo una cornisa blanca, apoyado en el banco de un bulevar recién remozado por el ayuntamiento.

Gretchen me preguntó por qué había tardado tanto.

—Me quedé tomando una copa, pero se me fue la mano. ¿Qué tal la niña?

—Bien. No se ha despertado.

—O sea, que tenemos niña. Eso significa que ya nos hemos casado. Hasta hace un minuto era un niño y estaba con mi madre.

—No me lo puedo creer. ¡Estás completamente borracho!

Aterrorador, terrorífico, miedo, pavor, todas esas palabras las empleaban mis vecinos con un ritmo casi estudiado, como una consigna para no olvidar quiénes eran, dónde estaban, o mejor, dónde creían estar. Estaban en una urbanización del centro del pueblo, donde más inmigrantes había, pero ellos presumían de tener otra categoría, la categoría —me decía— de quienes viven con miedo a perder sus posesiones. Sin embargo, tampoco era tan valioso lo que poseían: diez o doce horas de trabajo asalariado al día, una hipoteca que se comía casi todo su sueldo, un coche enorme pagadero a plazos... Algunos hablaban de Bill Gates como si fueran ellos el prócer, pero Bill Gates vivía muy lejos de allí, no se comunicaba en español, carecía de hipotecas, no pagaba el todoterreno en treinta mensualidades. Rebaño, pensaba yo como colofón al discurso insistente de Gretchen. Tenemos que huir de aquí.

Opinábamos igual, pero era ella la que envenenaba mi cerebro con estas apreciaciones, y me repetía la cantinela de la huida cada vez que nos quedábamos solos en alguna esquina de aquella fiesta de (nuestra) despedida.

—Fíjate —me decía—. Fíjate bien en la cantidad de veces que usan la palabra miedo o algún sinónimo de miedo.

—Lo sé, Gretchen, pero ¿no te puedes relajar un poco?

—Al menos yo intento ser simpática.

—¿Simpática? Hoy no eres una llamita, sino una llamarada. Tómate una copa, anda.

Nos integramos en distintos corros: ella, en uno de mujeres; yo, en otro mixto. Nos entendíamos con la mirada: ese lenguaje infalible de las cejas. Como si emuláramos aquellas discretas burlas juveniles a los funerales de los demás, lográbamos una complicidad desde la distancia para decirnos sin palabras: me gustaría que estuvieras aquí escuchando esto, pues anda que a mí, la barbaridad que acaba de soltar no sé quién.

De la barbacoa salía un humo sucio, con pavesas que a veces iban a parar sobre las blusas de las mujeres más cercanas a las brasas. Así que los grupos se fueron mezclando, intercambiando, y me vi en el mismo corrillo que Gretchen.

—Deberíamos contratar a un guarda jurado para toda la noche —le decía alguien—. A mí me dan mucho miedo los ladrones colombianos.

—¿Solo los colombianos?

—Quien dice colombianos, dice rumanos, bandas del Este, lo que sea. El otro día, en la sierra, no sé si lo leísteis, ataron a una familia entera y golpearon al padre con un martillo delante de sus hijos.

—Fueron albanokosovares.

—Ya he dicho que era una forma de hablar.

—Las generalizaciones las carga el diablo. Yo tengo familia colombiana y te aseguro que ninguno de ellos se dedica al asalto de viviendas.

Se percibía en el aire la tensión, la incomodidad, pero también la curiosidad con que algunos de los que permanecían en silencio se tomaban aquel conato de disputa, una curiosidad que, supongo, alimentaría más tarde chismes en la intimidad de las alcobas conyugales.

—¿Pero tu familia no era alemana?

—Madre alemana y padre colombiano —mintió Gretchen mientras yo me alejaba hacia el cuarto de baño.

No se parecía a mí, pero a veces sus afirmaciones eran tan rotundas que generaban estupor, como bien recordaba yo de cuando la conocí:

«—¿Sabes lo que menos me gusta de ti?

—¿Qué?

—Que te emborrachas con agua».

Entré en el servicio, me senté sobre la taza y esperé unos minutos fumando un

cigarrillo mientras recorría con la mirada los relieves del pan de oro que enmarcaban el espejo. Gretchen, tan discreta casi siempre, tenía algo de actriz en periodos de estrés laboral o si bebía más de la cuenta, como era el caso, y yo era el público que más le provocaba, así que nada como abandonar la platea para que moderara su ocasional afán dramático. Cuando regresé al jardín, mis vecinos ya se estaban sirviendo las salchichas y las chuletas, y lo más importante, la conversación había tomado una pendiente conciliadora.

—Yo creo que tenemos el peor presidente de nuestra historia... —decía una vecina, y muchos se mostraban de acuerdo con ella—. ¡Lo hace todo al revés!

—No es para tanto —sonrió Gretchen—, pero desde luego yo no acabo de comprender algunas de sus decisiones.

—No puede ser más errático.

«¿Errático?», pensé, «¿a qué te refieres con errático?».

—¿A qué te refieres con errático?

—Lo que todo el mundo entiende por errático —respondió aquella vecina.

—Pues no es tan errático. Para nada —repuse—. Lo que ocurre es que tiene una visión distinta de la realidad, una visión futuriza...

—Una visión, ¿qué?

—Una visión futuriza, y por eso su forma de actuar resulta incomprensible para mucha gente... Lo ve todo desde otra perspectiva, ni mejor ni peor, otra, y actúa con una lógica particular...

—¿Te parece poco?

Se acercó el vecino amanerado, mi nuevo jefe, con una chuleta de cordero entre las pinzas.

—Toma, anda, come... —me dijo con algo de impertinencia—. Que mañana hay que cargar muchas cajas.

—Di que sí —aplaudió Gretchen.

Me alejé de ellos y me integré en un corro exclusivamente masculino que se iba moviendo en torno a la barbacoa para huir del humo perseguidor. En aquel corro se bebía cerveza y se hablaba de fútbol con pasión, lo que por fortuna mantenía lejos a mi fatigoso jefe, siempre refractario a los deportes de balón.

—Yo pondría a Raúl —propuso alguien—. Todavía puede dar mucho de sí.

Entonces dije algo que me dio la pista definitiva de mi problema y confirmó mi intuición. No estaba en mis cabales o, mejor dicho, no me hallaba en la ubicación cronológica que había supuesto, como si hubiera perdido por completo la capacidad de orientación en el tiempo. Todo lo que estaba viviendo en aquella urbanización del extrarradio era anterior a la irrupción del mensajero del futuro en mi vida. Por increíble que pareciera, esta aún no se había producido. Estaba, por así decirlo, en el pasado, o sea, en un periodo de tiempo previo a ese episodio traumático de mi vida.

—Pero si la selección ha ganado el Mundial con gol de Iniesta —dije.

Ja, ja, ja. Las carcajadas me hundieron en la mayor perplejidad.

—Dios te oiga.

En casa discutí con Gretchen sobre quién de los dos había estado peor con los vecinos, más torpe o antipático. Ella me afeó haber defendido al presidente del gobierno llamándome rarito y, aunque terminamos descorchando una botella de Rioja, aquella palabra no me gustó. La había visto demasiado tiempo y demasiado cómoda con mi jefe afectado y ligón, que solía emplear términos parecidos para referirse a los demás. Por primera vez le apodé el ornitorrinco —un mamífero de naturaleza confusa, que pone huevos y se desplaza por el agua—, y ya empezaba a intuir que pronto Gretchen y yo íbamos a sufrir un alejamiento peligroso... Sabía que para mí el calendario había dejado de ser lineal, como si mi existencia empezara a transitar por un videojuego estropeado en el que resultara imposible no hacer trampas, pasar de una pantalla a otra cubriendo las etapas convencionales. Como si mi vida se hubiera convertido en uno de esos sueños en los que el tiempo se muestra con su verdadera cara, en aluvi3n, todo a la vez, y por tanto no se puede explicar luego con los límites de la vigilia, sino mal, diciendo que ocurrió tal o cual transformación para encajar lo que, desde la pura linealidad, resulta incomprensible. Pero no es que un personaje se convirtiera en otro durante la aventura onírica, o que un sobrino fuera de pronto el abuelo, es que el sobrino y el abuelo estaban allí a la vez, al mismo tiempo (si se me permite la expresión). Saqué una novela de la estantería: página uno, página dos, página tres, una narración lineal, un orden falso, una mentira en la que toda la humanidad creía.

—¿Qué haces? —me preguntó mi amigo.

Y me di cuenta de que había viajado al pasado, a un episodio más o menos traumático de mi adolescencia.

—Echando un vistazo —deposité la novela erótica en su sitio.

—Mi padre tiene cosas aún más interesantes... —dijo él, guiñándome un ojo—. Mira, ven.

Abrió con un tenedor doblado un arc3n oculto tras una cortina negra, en el despacho de su progenitor, del que sacó una cinta de vídeo y una botella de pacharán. Estuvimos bebiendo a morro y mirando aquella película violenta, llena de sangre y disparos y con algo de sexo sucio. Pero al cabo de un rato, salimos a la terraza y mi amigo avistó a su padre. Aquel bestia acababa de estacionar su Citroën blanco y nos apuntaba con el dedo índice. Era muy mala señal: nos había descubierto disparando a las palomas con la escopeta de perdigones.

Mi amigo estaba pálido cuando me dijo:

—Tú mete las cosas en el arc3n. Rápido. Bajo a la calle, a ver si consigo calmarlo. Allí no se atreverá a golpearme.

Era una locura, la locura de un adolescente borracho. Y yo agarré la escopeta, pero, lejos de ocultarla, la saqué por la ventana y, como si fuera el protagonista

descerebrado y odioso de la película que habíamos estado viendo, disparé contra el padre de mi amigo hasta en tres ocasiones. Contemplé, con la vista más o menos borrosa, cómo el hombre se arrugaba entre los árboles. Cómo caía hasta el suelo abatido por mis perdigones.

Por fortuna, estaba equivocado. La caída de aquel hombre no tenía que ver con mis disparos. Se había tropezado con el bordillo de la acera y se incorporaba ayudado por otro peatón y sacudiéndose la gabardina.

Me gritó algo.

Dejé la escopeta. Me precipité escaleras abajo, y escapé.

Solo mucho tiempo después volví a hablar con mi amigo, en un restaurante italiano. Mencionó aquel episodio. Y yo cambié de conversación. Pero él volvió sobre el asunto, una y otra vez, mientras yo guardaba silencio concentrado en comer los espagueti *a la vongole*, intentando desconocer lo que sin duda había ocurrido. Me pregunté, al recordarlo, si podría volver alguna vez a hacer algo parecido, si por ejemplo, ante la acusación de una hipotética amante (¿una vecina pelirroja y peluquera, tal vez?) sería capaz de negar una paternidad indeseada y, ahora que lo pienso, creo que aquellas dudas fueron más que una premonición, una suerte de fagonazo del futuro que me sumió durante unos segundos en la mayor perplejidad, hasta que Gretchen me hizo regresar al presente.

—¿Estás ahí, Andrés? —Me pellizcó la mejilla.

—Hoy reconozco que sí lo hice. Sí disparé aquellos perdigonazos, quiero decir... —le dije a Gretchen, apartando su mano con suavidad—. Dios mío, no puedo vivir con ellos. Odio los remordimientos.

Gretchen, con el ceño fruncido, se encerró en el cuarto de baño.

Así que yo no estaba en el coche abandonando Chamberí sino adentrándome allí, volviendo al barrio de mi época universitaria, Ríos Rosas, adentrándome en un futuro que ya he narrado. La glorieta de Cuatro Caminos era una frontera muy evidente: a un lado, el castizo y burgués distrito de Chamberí; al otro, el de Tetuán, donde la vivienda era más barata pero había más inmigrantes, muchísimos más, y nosotros éramos izquierdistas, sobre todo Gretchen, pero no tanto como para vivir en ese lado de la ciudad ahora que teníamos una hija. Preferíamos que la niña se educara entre españoles, aunque eso implicara optar por un piso más pequeño, con una habitación menos. Discutíamos sobre esto.

—Colegio público sí, pero con un porcentaje razonable de inmigrantes —decía Gretchen.

—¿Cuánto es un porcentaje razonable?

—No más del veinte por ciento.

—¿Y tú dices que yo soy raro? ¡Menudo argumento!

La casa tenía dos habitaciones, pero también una vecina paranoica que muy pronto evidenció su mal con notitas bajo la puerta e intempestivas advertencias telefónicas. Mis discusiones con ella eran frecuentes, y en el ardor de la pelea a veces intuía en su violencia interior un no sé qué torturado y sensual que la volvía atractiva, tal vez porque físicamente me recordaba a Gretchen joven, aunque carecía de su personalidad. Y yo, desorientado en ese ir y venir por mi biografía con sorprendente e inesperada frecuencia, actuaba como si no supiera lo que iba a ocurrir, como si no barruntara que muy pronto esta vecina pelirroja me acusaría no solo de ser el padre de su futuro hijo, sino de haberla empujado a traición por unas escaleras. Tal vez por eso nunca estaba tranquilo, porque si me esforzaba también podía conocer con más o menos claridad las circunstancias que albergarían mi muerte (me llegaría en compañía de mi nieta rubia, en un mundo invadido por mosquitos de colores), y aunque no le tenía miedo, tampoco me resultaba agradable. Y luego me levantaba muy temprano para trabajar con el ornitorrinco, un tipo cada vez más agobiante y difícil, y en mi interior crecía un odio pequeño hacia él, pero igual de peligroso que una colilla capaz de quemar un bosque si no se apaga pronto. Nunca parecía estar a gusto con nada, el ornitorrinco, nunca lo contentaba el comportamiento de nadie, ponía motes a todo el mundo. A mí, con una mala uva seguramente premonitoria, me llamaba marciano cada vez con más inquina.

Me telefoneaba a cualquier hora, la razón era lo de menos, solo para desahogar sus nervios conmigo. Si habíamos quedado entre diez y diez y cuarto en una empresa o en un almacén del extrarradio, a las diez menos un minuto ya estaba la pantalla de mi teléfono móvil encendiéndose por segunda o tercera vez con el aviso de su llamada. Y eso que yo tenía la mala costumbre de la puntualidad en un país tan informal como España. Y luego me encomendaba tareas que no me incumbían, como traducir folletos o cargar cajas, tareas que invadían mi tiempo de ocio, separándome cada vez más de Gretchen, ella también muy ocupada por su trabajo de procuradora. En demasiadas ocasiones, mi mujer y yo solo nos veíamos a las tantas de la madrugada, cuando nuestra hija se desvelaba por una pesadilla y uno de los dos tenía que ir a consolarla. Entonces me daba cuenta de que estábamos juntos, sin duda, el uno al lado del otro y sobre la misma cama, pero también separados por una desconfianza cada vez mayor. A esas sábanas habíamos llegado demasiado tarde ambos, muy avanzada la noche, ella siempre después que yo.

Así que, una mañana, mientras traducía un folleto de la empresa franquiciadora, sufrí el primer episodio del desbarajuste mental paulatino, inevitable y radical que ya he narrado: intentaba traducir por las noches, pero no lo conseguía. Repasaba las líneas sin ser capaz de leer las palabras como si estas fueran hormigas que huían de mis ojos disparadas por un pisotón. No comprendía nada. Me levantaba de la silla e iba a comer patatas fritas a la cocina, las masticaba con estupor como si se hubieran

transformado en lenguas disecadas de animales muertos, o en algo peor, y hacía crujir la bolsa entre mis manos para mitigar el ruido que generaban mis mandíbulas, no sé por qué, por pura ansiedad, supongo. Gretchen me daba un beso, pero no me lo creía, me parecía falso, una mala imitación de lo que una vez fueron sus besos cuando por fin la conquisté. Y algunas semanas después recuperé la cordura y mi trabajo (en cuya nueva etapa seguí al ornitorrinco por el Parque del Oeste hasta provocarle, sin querer, una caída con traumatismo craneoencefálico), pero ya para siempre mi personalidad había mudado, porque el relato social para explicar el escurridizo tiempo me había sido hurtado por culpa de aquella experiencia sobrecogedora y no lograba ver la realidad como antes, no la encajaba en el molde temporal de la mayoría. Sentía pena de los locos, de algunos de ellos, tan lúcidos y desgraciados, y solo estaba a gusto con los niños: «Anita me ha pegado cuando era mayor».

Tenía que mirar con frecuencia la fecha en los periódicos para ubicarme, dado que mis idas y venidas en el tiempo eran tan habituales como incontrollables, y pasaba de un año a otro sin previa señal. Habría preferido dudar de mí mismo para recuperar el respeto de mis iguales, pero no podía, como si desconocer u olvidar mi original experiencia hubiera sido la mejor solución para terminar con mi ostracismo y con las burlas de las que, a veces, era víctima si cometía el error de narrar mi historia. Aprendí a ocultarla para no ser raro a los ojos de los demás, para disimular mi secreto de la única manera eficaz: a través del silencio, que era el remedio más adecuado también para que Gretchen no se irritara. Sin embargo, un día, durante una conversación nocturna que prefiero no reproducir, me dijo que los meses transcurridos no habían sido suficientes para hacerle olvidar tantos sucesos dolorosos y que, ahora que de nuevo podía ganarme la vida trabajando para Iñaki —que continuaba de baja, hospitalizado—, era mejor una separación, cuando menos, temporal.

Vino mi madre a Madrid en cuanto comenzó a tramitarse nuestro divorcio. Y se quedó a vivir conmigo en un apartamento del centro. Para ella, la ruptura de mi matrimonio era un duro golpe, porque estimaba mucho a Gretchen y, de alguna manera, estaba de su parte. Día a día cocinaba para mí como cuando era niño, pese a que cada vez era más notorio su cansancio senil. En más de una ocasión, confundió el aceite de oliva con el Mistol, y las lentejas, el potaje o la sopa sufrieron una levadura de espuma y un regusto a jabón que yo deglutí para no contrariarla y hacerle más llevadero el trance de su disgusto.

Tomaba puntual las ampollas que me había recetado mi cuñado Leonardo, aunque



estaba convencido de que mi problema no era de depresión ni de ansiedad ni un brote psicótico, sino que tenía que ver con el trauma de los últimos acontecimientos. Y veía mucho la televisión en compañía de mi madre. No podíamos hacer otra cosa, teniendo en cuenta sus dificultades de movilidad. Aunque los viajes temporales habían cesado, o casi, notaba cierto embotamiento mental, como si aquellas ampollas conllevaran también una merma de mis facultades intelectuales o, tal vez, como si la ausencia del ornitorrinco en la oficina y el almacén me dieran tranquilidad pero también me privaran de una situación conflictiva que tenía algo de acicate vital. No en vano, aquella vieja borracha y sabia me había dicho: «Disfruta de los conflictos, que son la salsa con la que Dios riega la vida». Así que, aburrido de que los días fueran cada vez más parecidos, casi idénticos, dejé de administrarme el medicamento sin decírselo a nadie.

Mi madre pareció ganar un vigor juvenil con el paso del tiempo y la consiguiente amortiguación del disgusto, y lograba dejar la silla de ruedas para usar las muletas durante algunas horas al día, especialmente cuando cocinaba para mí. Todo iba muy bien. Hasta que una noche discutimos durante la cena.

—Tu exvecina ha tenido gemelos —me informó.

—¡Y qué más da!

—Ella sigue diciendo que son tuyos... ¿Lo son?

—Mamá, por favor... Esa tía está loca... ¡Olvídate de ella!

—Si son tus hijos, no puedes seguir huyendo... Tienes una responsabilidad, Andrés... ¿Por qué no te haces la prueba de paternidad?

—¡Que te olvides de eso, coño!

Dos días después, llegué a casa y mi madre no respondió a mi llamada. No estaba en el salón ni en su cuarto. Se hallaba en la cocina con la cabeza metida en el puchero de las lentejas y las muletas sostenían su cuerpo por las axilas, de manera que parecía un gigantesco trípode de carne. Su espalda estaba dura y fría como el acero. Por extraño que parezca, pensé en una sórdida obra de «arte» perpetrada por Damien Hirst o como se llame ese estafador inglés. Quise incorporarla de aquella postura tan ridícula y se desplomó hacia atrás, manchando los baldosines amarillos y mis zapatos de lentejas marrones y tropezones de un chorizo sanguinolento. En el suelo se extendió una mancha en la que las lentejas parecían representar a los individuos de aquella muchedumbre que celebró la victoria en el Mundial de fútbol, aquella muchedumbre en la que yo me integré como una lenteja más.

Grité.

Todavía hoy veo a mi madre allí, boca arriba y con el gesto torcido y la piel muy blanca, con la cazuela volcada a su lado, derramando su contenido como una pequeña

hormigonera averiada. Fue una experiencia tan dura que tardé en reaccionar y, varios días después del levantamiento del cadáver, recibí la visita de dos agentes de la policía nacional de paisano, gordos y malhumorados. Les había parecido extraño que hubiera tardado casi tres horas en avisar del fallecimiento de mi madre y así me lo comunicaron con sus impertinentes preguntas.

—Nada peor que ver a tu madre muerta en esas condiciones de indignidad —les expliqué, reprimiendo la ira.

Los dejé inspeccionar la casa sin orden judicial. Todo me daba igual. Se centraron sobre todo en el registro de las habitaciones. Sacaron los crucifijos de mi madre, sus estampitas de la virgen de la Concha, hojearon mis novelas de ciencia ficción, analizaron los calendarios siniestros de los Cure y las cadenas con emblemas esotéricos, aquellos extravagantes recuerdos de mi juventud turbulenta y gótica, hasta que se fueron con una sonrisa de disculpa. Mi madre murió por el matarratas que, por aparente distracción, echó en las lentes. Si no hubiera probado ella antes el mejunje tal vez habríamos fallecido ambos, o ninguno de los dos, pero se fue sin mí, coja y senil, dejándome solo y aturdido, con una extraña, aunque no nueva, sensación de irrealidad.

Su entierro fue tan amargo como es fácil de suponer. Para colmo, la presencia de Gretchen en la iglesia y en el cementerio supuso revivir el día de su conquista, y la constatación de que había mejorado mucho su aspecto me hizo comprender que ella, en efecto, necesitaba separarse de mí, abandonarme como si yo fuera el origen de su mal. De todos aquellos que pretendían ampararme en el dolor, solo ella logró el casi imposible consuelo en las tres veces que me abrazó con una empatía y un cariño verdaderos, pero también con la distancia perceptible de su mirada azul al separarnos.

—¿Dónde has dejado a la niña?

—Con mis padres. Te mandan un abrazo muy fuerte.

—¿Sabe algo?

—Aún no. ¿Quieres decírselo tú?

—Preferiría que lo hicieras tú.

—Bueno, no te preocupes.

El consuelo que me proporcionó, por tanto, fue doloroso, porque a continuación puso entre nosotros una distancia abrupta, y me hizo sentir esa frialdad de mujer que ya no era mía, que había dejado de pertenecerme, y lo peor, de interesarse como antes por mí.

Todas aquellas manos que tocaron la mía, todas aquellas bocas que besaron mis mejillas no me dijeron nada. Pero ella, con sus abrazos y sus palabras, sí logró animarme al menos el tiempo en que lo hizo, dos, tres minutos, tal vez.

—Adiós, Andrés.

Estuve varios días de baja laboral pensando en ella y en mi hija, ajena, menos mal, a

mi desazón. Paseaba por el centro. Me iba a la biblioteca a leer alguna biografía política o novela de ciencia ficción o a algún bar a beber un brandy o unos vinos y regresaba a casa muy tarde, porque era muy difícil acostumbrarse a la ausencia de mi madre en aquel céntrico piso alquilado para que viviéramos juntos, un piso que en pocos días se había convertido en un trastero polvoriento y viejo, como si hasta la humedad de las paredes fuera una señal de tristeza. Retiré las excesivas fotos de mi padre que mi madre había repartido por la casa, casi cincuenta, en paredes, en mesitas de noche, en estantes, en el aparador de la entrada, un exceso que ponía en evidencia cuánto lo echaba de menos, pero acaso también el deseo de que su cónyuge fallecido siguiera contemplando el devenir de su vida desde su imagen enmarcada a varias edades, recién casado, conmigo en brazos durante mi bautizo, con unos amigos en el bar. Dejé solo aquella foto en la que él aparecía con mi madre el mismo día de su boda bajando la escalinata de la iglesia, ambos guapos y jóvenes, ambos sonrientes y sin mirar a la cámara, sin contemplarme, sino mirando hacia los lados, donde se hallarían los invitados. No quería que mi padre se transformara, desde los marcos de las fotos, en el espectador también de mi duelo ahora que ella no estaba.

Estuve registrando cajones y armarios para no dejar que el Seguro se llevara nada que me perteneciera. Sabía de sobra que las indemnizaciones de las pólizas hay que reclamarlas cuanto antes porque nada se puede esperar de esas empresas usureras. Desgraciadamente había poco que rascar, tan solo la indemnización de veinte mil euros que ya conocía, pero fue más que suficiente para que me mortificara la sospecha absurda de que mi madre, lejos de morir por accidente, había precipitado su defunción con el ánimo de dejarme ese dinero ridículo para vivir pero suficiente para que su corazón se marchara de este mundo tranquilo, como si hubiera cumplido así con su hijo, ese hijo que nunca fue todo lo decente que a ella le habría gustado, todo lo bueno y exitoso que ella soñaba.

Deambulaba por Madrid como un zombi sin hogar en busca de distracciones. Y una mañana, la camarera que trabajaba en una cafetería soleada que se encontraba en mi itinerario, agarró el teléfono detrás del mostrador y se cayó al suelo como golpeada por un puñetazo. Lo presencié todo desde la calle, a través del brillo amarillento de la mampara. Aquel suceso rompió mi paseo acelerando mi corazón con un ritmo frenético de esperanza.

Cuando entré en el establecimiento, la chica estaba diciendo que no pasaba nada, que solo se había tropezado con no sé qué cable y varios clientes, todos bastante mayores, le sacudían las ropas a la altura de los muslos y el trasero. Los ojos oscuros de la camarera me resultaron tranquilizadores y quise creer que esta impresión estaba relacionada con el hecho de que ella acababa de pasar por una experiencia telefónica de confusión idéntica a la que yo había vivido unas cuantas veces. Quería solidarizarme con ella, comunicarle que no estaba sola, que nos podíamos ayudar el

uno al otro, que yo sabía muy bien por el trance que estaba pasando. Un alboroto gástrico sacudió mi cuerpo cuando me acerqué a la barra. Pese a los nervios, no fui directo al meollo sino que primero le dije que me gustaba mucho su cafetería: elogíé el repertorio de tartas coloridas y bollos esponjosos, como barnizados, brillantes igual que el cristal protector. Ella respondió que la cafetería no era suya, sino de su patrón.

—¿El patrón oro?

—No —sonrió—, mi jefe.

—Ornitorrinco, apodamos al mío.

Volvió a sonreír.

Me senté a una mesa con una palmera glaseada y un café con leche. Contemplé a los peatones que cruzaban la enorme luna. Gesticulaban mucho, parecían enfadados, sobre todo los que hablaban por el móvil.

Esperanzado con el hallazgo de aquella camarera tan guapa y amable, fantaseé con la idea sedante de que el malestar de quienes hablaban por teléfono también tenía relación con mi problema, que sin saberlo todos estábamos en el mismo barco y solo hacía falta que lo comprendiéramos para ayudarnos los unos a los otros y sentirnos acompañados. Cuando me terminé la palmera glaseada regresé al mostrador.

—¿Acabas de sufrir una experiencia única? —le pregunté a la chica—. Tengo esa intuición. ¿Estoy equivocado?

Ella sonrió por toda respuesta.

—A mí también me pasó... Tómatelo con calma —añadí, guiñándole un ojo.

—¿Qué cosa?

—En fin, ya sabes... El dolor... La sensación de soledad... Los teléfonos... Las imágenes más o menos confusas pero que dicen algo... La incompreensión de la gente... Las alucinaciones futurizas que yo digo...

Alzó las cejas, como si no supiera qué decir.

—Luego llegará la desorientación temporal. Crees que estás en el futuro, pero te encuentras en el pasado. Y, sin embargo, debes conservar la serenidad... El presidente del gobierno ha pasado por nuestra misma experiencia, estoy convencido. Exactamente la misma.

Se encogió de hombros.

—Bueno, da igual, pero si necesitas un amigo en la ciudad, aquí estoy yo para lo que quieras...

Nos reímos mucho, pero la mía fue una risa triste.

Su expresión mostraba a las claras que no sabía de qué le estaba hablando. O sea, que tendría que seguir acarreado en soledad el lastre de mi insólita vivencia. Se puso a atender a otros clientes y me fui.

Caminaba por la ciudad para descubrir lugares insólitos. Me gustaba el norte, donde los edificios se hacían más altos y, por sorpresa, se abrían espacios que conservaban

un Madrid antañón, casi rural. Descubrí en aquellas excursiones el mejor paliativo para mi zozobra. Una tarde, me topé con un pequeño reducto de casas bajas y encaladas, como un pueblecito manchego en medio del adinerado distrito de Chamartín. Había una iglesia recoleta, muy fea, de corte neoclásico, a la que accedí para curiosear y descansar en un banco. Se estaba celebrando un funeral. Me fijé en una chica joven, vestida con vaqueros y blusa blanca, sentada dos bancos por delante de mí. No parecía tener relación con los demás ni por su atuendo ni por la expresión de su rostro, nada grave. La vidriera proyectaba su luz cuarteada y multicolor sobre su perfil casi sonriente. Por un momento, tuve la impresión de que ella se encontraba allí para burlarse del dolor que congregaba a los presentes.

Los días siguientes la busqué en nuevos funerales seleccionados por la misma zona siguiendo las esquelas de los periódicos, pero no volví a verla.

Me había puesto como fecha término de mis excursiones un jueves en el que se celebraba un funeral en la iglesia gris y mamotreto que hay junto al estadio Santiago Bernabéu. Recién terminada la misa, y entre los que allí se encontraban, distinguí de repente a un viejo compañero del grupo gótico, uno al que apodábamos el Poeta. Estaba bastante más grueso, pero conservaba el pelo tieso que le caracterizaba de joven y sin demasiadas canas. Se había dejado crecer la barba y vestía de manera un tanto anodina para lo que era él, unos zapatos de ante, un abrigo tres cuartos y unos pantalones vaqueros. Lo recordé con sus botas militares, su gabardina negra, larga y desmañada y la A roja de anarquía pintada a la espalda, mordiéndose las uñas en una esquina de El Redentor, detrás de una cortina de humo. Avancé por el pasillo para saludarle. Sorteaba con dificultad a los ancianos que abandonaban el templo como un ejército de ciegos. Me pareció que el Poeta estaba mirando a alguien: una veinteañera que departía con un señor mayor en la nave lateral. El Poeta la contemplaba como si buscara en ella lo mismo que yo había querido encontrar en aquella muchacha sonriente de la otra iglesia, una vuelta a la juventud, algo así. Pero nuestros ojos se cruzaron y él desvió la mirada con un rubor de mejillas. Me contagió su vergüenza. Y escapé de la iglesia sin volver la vista, apartando sin miramientos a los lentos feligreses, arrancando sus protestas. Sentía que había asistido a la impotencia patética de un viejo compañero de juergas, a su perdición que era la mía. Me pareció que su presencia en aquel funeral, en el que a tenor de su actitud no tenía ninguna relación con el difunto, ponía en evidencia no solo su fracaso personal, la estúpida e infructuosa búsqueda de una vida que ya no iba a volver, sino el mío propio, como si ambos nos hubiéramos sorprendido persiguiendo el mismo espejismo. Sin embargo, cuando ya me disponía a doblar el estadio Santiago Bernabéu por su cara sur y vislumbraba la Castellana, nocturna y luminosa, oí mi nombre.

—¡Andrés!

Me di la vuelta. El Poeta venía hacia mí a paso ligero y con la mano en alto, como si el rubor de su rostro se hubiera transformado en un brillo de curiosidad y alegría en sus ojos, como si después de habérselo pensado hubiera optado por añorar los días

que nos unían en el pasado antes que avergonzarse del insatisfactorio presente que habitábamos, y todo el bochorno anterior hubiera desaparecido por la pura voluntad de arrumbarlo.

Nos fuimos a tomar una copa en un bar irlandés, con butacones de cuero y tablones de madera barnizada por paredes. Ambos pedimos brandy en vez de cerveza o whisky, lo que nos llevó a bromear sobre los estragos del tiempo, porque aquella bebida jamás la habríamos elegido con veinte años. Eludimos hablar de lo que estábamos haciendo ahí, en esa iglesia, así que nos contamos nuestra vida de los últimos años. Él se había convertido en novelista, y aunque ganaba poco dinero, estaba más o menos conforme con su biografía; al menos, no parecía más infeliz que cuando tenía veinte años y se expresaba de la misma manera, nada engolada, usando muletillas algo molestas, como la palabras «tío» o «tronco» continuamente.

—Algo me dijo Gretchen —recordé con melancolía—. ¿Y cómo firmas tus novelas?

—Con el nombre, Juan, y los dos apellidos, Aparicio Belmonte —respondió haciendo silbar las eses como cuando era joven—. He publicado ya cinco novelas. Búscalas en la biblioteca, si quieres... A lo mejor te gustan.

—Las buscaré... Bien mirado, tampoco me extraña que seas novelista. Por algo te llamábamos el Poeta, supongo, y eras bastante fantasioso.

—¡Mira quién fue a hablar! ¡Pir! ¡El gran Pir! A narrador oral no te ganaba nadie... Siempre he dicho que la vocación de novelista está muy vinculada a esa habilidad. Allí donde hay un tío que sabe contar una boda aburrida y hacerla amena hay un novelista, aunque no lo sepa...

Me dijo que vivía con la misma mujer desde hacía quince años, pero sin casarse, y que había tenido con ella tres hijos, dos niñas y un niño. Me mostró las fotos en la pantalla de su móvil. Yo le enseñé la de Anita, que saqué de la cartera. Hablamos de lo que suponía tener hijos.

—A mí me proporcionan una alegría metafísica —me dijo, más optimista que yo, mientras manipulaba su móvil para dejar un mensaje en una red social—. Pero es muy cansado. El pequeño nos da unas noches toledanas bastante duras... Y, para colmo, el tipejo del vecino protesta con golpes en la pared.

—Una alegría metafísica —me reí—. Eso tiene gracia. Y lo del vecino me suena.

Luego me preguntó por Gretchen, pero enseguida cambié de conversación porque la herida estaba reciente.

—A mí me gustaba la Llamita... —reconoció, pidiendo otro brandy.

—Lo sé.

—Era distinta, misteriosa, le gustaban las emociones fuertes... No en vano, se casó contigo.

—No te pases, Poeta.

—No creo que a su hermano le hiciera mucha gracia ese matrimonio... El nazi, le llamábamos. Un tío muy difícil.

—Cierto.

—Pero ya no me gusta, eh, ya no... Estoy bien con mi mujer... Aunque no me importaría volver a verla...

—Pues ya no te serviré de ayuda, me temo.

Con el tercer brandy estaba tan hablador como yo lo recordaba. Era serio en un primer contacto, tal vez por timidez, pero si cogía confianza podía ser tan cordial que a veces resultaba incómodo escucharle hablar de su vida con una alegría excesiva, como si no fuese capaz de reprimirse en asuntos personales u opiniones poco meditadas.

—El matrimonio es una institución enferma, por eso yo no me he casado... Si me hubieras hecho caso, ahora no estarías como estás, Pir... ¿Nos tomamos otro brandy?

Entonces, no sé cómo, entramos en el relato de sus visitas al hospital para curarse de una grave enfermedad del tiroides y también de algún que otro percance desagradable relacionado con la epilepsia que padecía, lo que me llevó a contarle mi historia traumática, aquella sensación de relacionarme con alguien del futuro. La naturalidad con que él narró cómo un día se desplomó en medio de un paso de cebra echando espuma por la boca, mientras su hija de cinco años pedía socorro a los peatones, me hizo hablar con sosiego y confianza de mi problema. Y por primera vez lo vi desde una perspectiva nada trágica, incluso humorística, porque las risotadas del Poeta primero me escandalizaron, pero luego alimentaron ese punto de vista insólito. Por más que yo le imprimiera dramatismo a la narración, él, lejos de mostrar conmiseración o pena, sonreía o, incluso, se carcajeaba.

Así que al día siguiente volvimos a vernos. Entramos en El Corte Inglés de Nuevos Ministerios para que el Poeta me mostrara alguna de sus novelas. Había dos en un estante bajo. Las estuve hojeando y cuando las iba a devolver a su sitio él me las quitó de las manos y las arrojó a la papelera que teníamos a la altura de nuestras rodillas.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté, mientras él se alejaba del lugar como de un incendio.

—Esas ya no las devuelven a la editorial... —respondió.

—¿Y si alguien quiere comprarlas?

—Que la tienda pida más a la distribuidora... Hay más literatura en una charcutería que en cualquiera de las librerías de este sitio... Aquí los vendedores creen que Don Quijote es un embutido manchego.

Nos fuimos a tomar algo al mismo bar irlandés de la noche anterior. Con él me resultaba fácil narrar mi vivencia sin sentirme ridículo o injustamente tratado, y él alentaba mi confesión con sus preguntas y el evidente interés que irradiaban sus ojos atentos. Supuse que la facilidad con que me desahogaba delante de mi viejo compañero —en puridad, nunca fuimos muy amigos— era la consecuencia de la confianza con que nos habíamos tratado siendo jóvenes, incluso el reflejo de una cierta bonhomía suya, pero pronto la sospecha de que escuchaba mi narración por el

simple interés profesional se vio confirmada por un comentario suyo muy desafortunado cuando referí aquella noche angustiada en que me pareció que Gretchen se convertía en un hombre.

—Joder, qué bueno... ¿Puedo usarlo para una novela? —me preguntó, pidiendo otro brandy—. Es cojonudo, tío.

—Bueno, pero con cuidado.

—Yo cambiaría algunos elementos de tu relato —dijo, mirando hacia su copa, como si pensara en voz alta—. Tal vez, el protagonista se intentaría introducir en la vagina de su madre cuando esta falleciera... Por aquello de regresar al útero, que te dijo el nazi... Le daría una aureola simbólica a toda la historia y tan, tan grotesca... Ja, ja...

—Qué horror —le dije, cortando su risa—. ¡Ni se te ocurra! ¡Estás hablando de mi madre!

—Vaya, perdona, tío, perdona... Es verdad... La bebida... No me lo tengas en cuenta, por favor... Estaba hablando solo... No serías tú el protagonista, en cualquier caso, sino un *alter ego*... Estaba transformando tu experiencia en una ficción...

—Para mí esto ha sido traumático, Poeta. Necesitaba contárselo a alguien, solo eso, pero no quiero que lo uses.

—Solo metería un par de cosas... Nadie sabrá que los hechos te sucedieron a ti, nadie los relacionará... Los transformaré por completo. Y esa ocurrencia desafortunada, olvídala... Era solo una idea, la chispa que enciende otras ideas más sensatas... Por ejemplo, el mensajero del futuro de mi novela no lo sería en un sentido literal, o no del todo. Al final dejaría caer que es una suerte de símbolo que representa el estupor que sobreviene a muchos hombres de nuestra sociedad al llegar a determinada edad... Un estupor, una decepción que, en este caso, sería como una tremenda llamada de dolor que el protagonista no logra aceptar y que está formada por unos miedos e inseguridades que la conciencia del paso del tiempo ha despertado en él, como la mariposa que se libera del capullo y descubre el vértigo de volar, y que, para colmo, se ven apuntalados por sus turbios remordimientos tras empujar a traición a su vecina por unas escaleras cuando ella le comunica de mala manera, con amenazas, que espera un hijo suyo.

—Ni hablar, Poeta, ni hablar. Eso es un disparate.

—El mensaje o el mensajero del futuro sería, entonces, la encarnación simbólica de su miedo al porvenir y también de sus deseos de regresar a un punto de su vida que añora dolorosamente, un paraíso perdido, vaya... Cuando se ligó a su mujer, por ejemplo...

—Vete a la mierda, Poeta, prométeme que no utilizarás mi historia para hacer una novela así...

Pero él me respondió que no podía hacerlo, que un novelista tenía derecho a utilizar cualquier conversación que oyera o escuchara en beneficio de sus ficciones.

—Algunos colegas han usado cosas mías —me dijo—, incluso mis opiniones,



para expresarlas en sus novelas... ¡Y yo no me he enfadado por eso!

—¡Bah! Paranoico.

—De paranoico, nada... Paranoico tú con tu historia, tronco.

Le agarré del cuello y estuve a punto de golpearle con el puño, lo reconozco.

—¿Qué quieres? —respondió con una sonrisa—. ¿Tirarme por una escalera?

—Eres un cretino —le dije, al soltarle.

Ambos estábamos algo bebidos y enfadados. Volvíamos a tener la relación que tuvimos en la juventud, cordial pero tirante, y con la gestualidad agresiva de entonces. Aunque formábamos parte del mismo grupo, compartíamos gustos musicales, estéticos y rituales siniestros, un exceso de trato terminaba siempre en discusión. Él era irascible y fácil de molestar, y a mí me resultaba sencillo provocarlo supongo, muchas veces sin proponérmelo, lo que a su vez terminaba sacándome de quicio cuando él reaccionaba con violencia verbal. Pese a ello, terminamos la velada con un abrazo y disculpas mutuas y quedamos en volver a vernos. Y así lo hicimos un par de días después. No sé quién de los dos propuso asistir a un funeral, pero el caso es que acudimos a uno en la iglesia del tanatorio de la M30. Nos situamos al fondo de la capilla, en el banco más discreto y oscuro, junto a una columna.

—Cuando eres joven la muerte es un chiste, pero nosotros debíamos de estar muy mal de la cabeza para disfrutar con esto... —me dijo.

—Y que lo digas.

El sacerdote alzó la mirada y las manos hacia el techo con expresión solemne y algo idiota y comenzó a loar con voz meliflua las virtudes del fallecido, de nombre Manolito, «un ángel, un verdadero ángel». Nos entró la risa floja. Estaba a punto de arrugarme de tanta carcajada silenciosa cuando sentí un codazo en la cadera.

—Vámonos —me dijo el Poeta y su expresión era seria, alarmante—. Vámonos, me cago en diez.

Salí detrás de él, asustado. Lo seguí por los pasillos escasamente iluminados. Era como si estuviéramos huyendo de una catástrofe. Él casi corría. Entró en la sala del velatorio y al otro lado del cristal descubrimos un ataúd minúsculo. El Poeta me lo señaló. El muerto, por el tamaño de la caja, podía ser un niño.

—Espero que no —mascullé—. Qué horror... Pobre gente.

El espejismo de un regreso a nuestra juventud se rompió definitivamente en aquel momento.

Fueron días en los que el Poeta y yo quedamos a menudo. Tampoco yo tenía a nadie fiable que me pudiera hacer compañía, la verdad. Y él escuchaba mis lamentos con una atención consoladora. Además, solía estar dispuesto a ayudar. Necesité realizar una gestión relacionada con el seguro de vida de mi madre y él se ofreció a acompañarme a las oficinas del ministerio de Hacienda. Una cola de inmigrantes salía del edificio y lo rodeaba. Resultaba asombroso que se mantuviera a aquellas personas

bajo el frío o el calor en tales condiciones de espera.

—Bah, no te pongas nervioso —me aconsejó el Poeta.

Junto al detector de metales, un guarda jurado bigotudo, de esos que parecen aburridos de su vida y de su barriga, nos preguntó qué deseábamos con el mismo tono áspero que empleaba con todo el mundo.

—Información.

El guarda jurado me proporcionó un papelito con el número 343 y nos ordenó que esperáramos el turno. Las diez hileras de asientos de plástico estaban ya ocupadas por un gran número de individuos resignados. El Poeta me dijo que lo mejor era esperar en algún bar cercano, que él ya tenía experiencia con la burocracia y no convenía impacientarse. Contemplé la pantalla: durante más de dos minutos permaneció el número 256 con un parpadeo irritante.

Entonces me llamaron al teléfono.

—Disculpe —le dije al guarda jurado, dándole el móvil al Poeta—. Ya casi nada me sorprende, pero me parece muy raro que la gente tenga que esperar tanto tiempo para hacer una pregunta... ¿Esto es adrede?

—No sé de qué me habla.

—Por favor, Andrés, vámonos fuera —dijo el Poeta—. Hay que esperar y punto.

—No debe de ser muy listo, entonces —le dije al guarda jurado—. Queremos hacer una pregunta ya.

Seguí discutiendo con el guarda jurado hasta que el Poeta me puso el teléfono móvil delante de los ojos con un anuncio inquietante:

—Te reclama un hombre del futuro.

—¿Cómo? —Agarré el aparato.

Era una broma pesada, lo supe en cuanto me guiñó el ojo.

Pero la realidad me deparaba algo peor.

Al otro lado de la línea estaba Gretchen, que me llamaba para comunicarme entre sollozos que el ornitorrinco había fallecido en el hospital.

Colgué.

—¿Pasa algo? —me preguntó el Poeta.

Me acerqué al expendedor de números bastante impresionado por la noticia, golpeado por el remordimiento, y también molesto y rabioso ante la sospechosa llantina telefónica de mi exmujer.

—¿Pasa algo, Andrés?

Tiré de la ristra de papelitos para encontrar uno mejor, pero seguían una secuencia lineal que me enfadó muchísimo: 344, 345, 346...

—Maldita sea, ahora sí que quiero ir hacia atrás... ¡Lo necesito! ¡Hacia atrás, coño, hacia atrás! ¡Ya no soporto esta vida!

—¿Hacia atrás? ¿Cómo que hacia atrás? —preguntó el Poeta—. ¡Estás peor de lo que pensaba!

—Viajo en el tiempo, ya te lo dije.

Varios tipos protestaron por mi acción, y me pareció llamativo que no les resultara más indignante la enorme cola que tenían que formar para realizar una mera consulta.

—¡Sois unos cobardes! —les grité—. ¡Y tú también, Poeta! ¡No has cambiado nada! ¡Hay que protestar!

El Poeta se alejó de mí haciéndome un corte de mangas.

El guarda jurado me zarandeó y me expulsó del edificio con un empujón muy violento que provocó el aplauso de quienes lo presenciaron. Perdí el equilibrio en el escalón de la entrada.

Al tocar el suelo, me golpeé la cabeza contra el asfalto, con un ruido que me asustó mucho. Grité, tosí, gemí, balbucí imprecaciones y volví a toser, tosí muchísimo mientras era golpeado, hasta que me abracé a un cuerpo muy deseable, fibroso y ágil.

Era el de Gretchen.

—Llamita... —suspiré.

Estábamos en el cementerio, ella y yo, haciendo el amor sobre la tierra húmeda el mismo día del entierro de mi padre, entre lápidas que se alzaban con su blancura imponente bajo una luna grande y cómplice. Lo había conseguido. La sorpresa me hizo recuperar el aliento, y volví a la carga con mis movimientos pélvicos.

—Es todo tan increíble...

—Deja de hablar, anda —respondió ella antes de besarme.

Ambos nos quedamos dormidos sobre la tierra, cubiertos por nuestros abrigos negros, mal vestidos, medio desnudos. Entre risas, cuando nos pareció que se acercaba un vigilante, escapamos sorteando tumbas, mientras el sol, como un globo aerostático en llamas, avanzaba hacia lo alto en un horizonte roto por las cruces y los árboles. Saltamos el muro y nos alejamos del cementerio hasta encontrar un refugio cerca de un «riachuelo cantarín» (así llamó ella al río que yo tan bien conocía, el Esla). Volvimos a hacer el amor, otra vez bajo los abrigos, sin reparar en la maleza de la ribera, que nos pinchó muslos, brazos y glúteos. De tanto en tanto, oíamos el paso de algún coche por la carretera general y sonreíamos.

—¿Aquí es donde te criaste? —me preguntó ella, cuando nos incorporamos.

—Más o menos.

—¡Me encanta!

Caminando de la mano, llegamos a una cafetería de camioneros en las afueras de Zamora capital. Estuvimos desayunando unas tostadas con mantequilla y café con leche rodeados de tipos gordos que miraban a Gretchen sin disimular su interés y yo hinchaba el pecho orgulloso de mi conquista. La acompañé hasta su hotel, donde nuestros amigos de Madrid —también estaba el Poeta, con su larga melena lacia y pajiza y la desconfianza en su mirada torva— nos recibieron con gestos de contrariedad. Nos dijeron que habían estado preocupados por ella, que dónde se había metido durante toda la noche, que su madre había telefoneado al menos cinco veces

muy angustiada y que, probablemente, hasta la policía estaba avisada de su desaparición.

Subimos a la habitación para ducharnos. Nos tumbamos en la cama, boca arriba, desnudos y alegres, sin conceder ninguna importancia a las advertencias del grupo.

—¿Tú crees en los viajes en el tiempo? —le pregunté a Gretchen.

—No.

—Pues te voy a contar una cosa... Soy un hombre del futuro... Ahora lo veo claro.

—Has fumado demasiado, me parece a mí...

—¡Te lo digo en serio!

—¿Y cómo es el futuro?

—Bastante desastroso...

—¿Por qué?

—Porque nos casaremos.

—Eso habrá que verlo —se rio.

—Y a mediados del siglo XXI la erupción del Teide llenará el mundo de mosquitos. El cráter no expulsará lava sino mosquitos de colores que colonizarán la Tierra en apenas una semana. Los hombres, aunque parezca mentira, nos acostumbraremos a vivir con ellos y saldremos a la calle cubiertos con escafandras... Somos una especie capaz de habituarse a vivir mucho peor que ahora...

—¿Todavía peor, Pir?

—¿Por qué me llamas así?

—Pir. Así te llaman todos en el grupo. ¿No lo sabías? De pirado. ¿Cómo quieres que te llame después de lo que me has contado?

—¡Tú sí que has fumado!

Nos reímos.

—¿Y no hay nada positivo en ese futuro, Pir?

—Bueno, digamos que en el año dos mil algo seremos campeones del mundo de fútbol, si te sirve de consuelo, Llamita.

—¿La selección española ganando un Mundial? Lo de los mosquitos, vale, Pir; lo de nuestra boda, en fin, más complicado; pero esto sí que no me lo creo...

Y nos reímos como jamás volvimos a hacerlo.